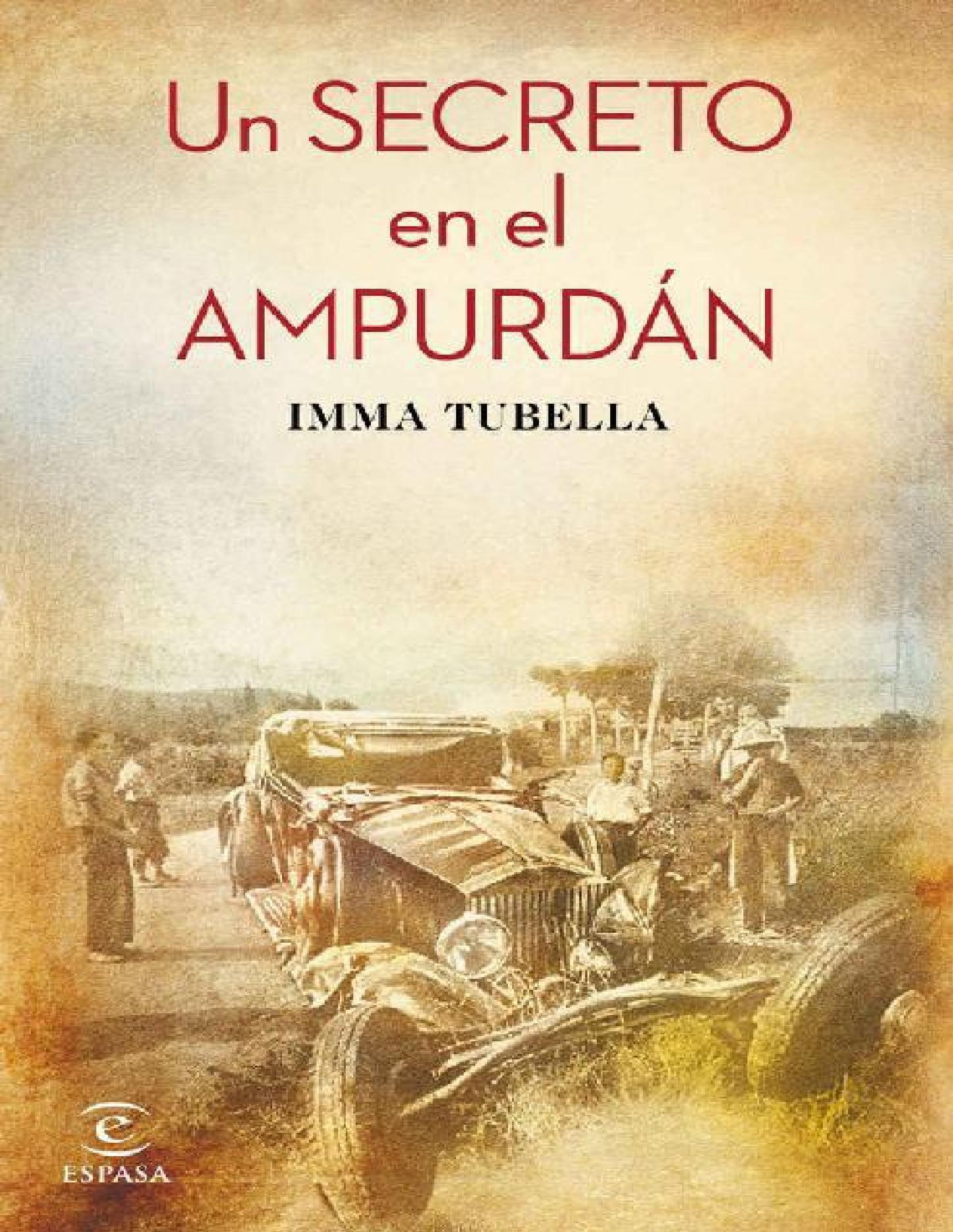


Un SECRETO en el AMPURDÁN

IMMA TUBELLA



Índice

Portada

Citas

1. Lluvia de diamantes
 2. El choque de dos mundos
 3. ¿Quién era él?
 4. ¿Quién era ella?
 5. El triángulo Misia, Sert, Roussy
 6. ¡La vida es una mierda!
 7. La desaparición de unas joyas
 8. El declive de Maud Thyssen
 9. El paréntesis de las guerras
 10. El último viaje
 11. La Gestapo en Albons
 12. Himmler en Cataluña
 13. La ilusión de la apariencia
- Algunas explicaciones a modo de epílogo
- Agradecimientos
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

«Somos lo que aparentamos ser, así que más vale que tengamos cuidado con lo que aparentamos ser».

Madre Noche, KURT VONNEGUT

«Probaba el oficio de escritor comenzando por las cosas sencillas, y una de las cosas más sencillas y fundamentales de todas es la muerte violenta».

Muerte en la tarde, ERNEST HEMINGWAY

1

LLUVIA DE DIAMANTES

«Piensa que cada día puede ser el último».

Epístolas, HORACIO

Ampurdán, primero de agosto de 1935. Son las cinco pasadas. El sol, todavía alto, tiñe de dorado los campos cubiertos de rastrojos a un lado y a otro de la carretera. Hace calor, mucho calor, pero cuatro nubes en el horizonte, a ras de mar, podrían anunciar lluvia. Un coche avanza a toda velocidad en dirección a Figueres. Una pareja está viviendo un cataclismo de amor y sus últimos momentos antes de la separación. Dentro de poco, ella subirá al tren, y si llega tarde, lo hará en Portbou o en Perpiñán. El tiempo se agota. Él tiene necesidad de hablar, ella de escuchar.

Temblores, palpitaciones, imposibilidad de concentrarme... Me parece que acumulo todos los síntomas de la enfermedad del amor. ¿Que soy perro viejo en cuestión de amores? Tú también. Pero hasta ahora yo dominaba la situación; en cambio, hay algo en ti que fluye por mis venas que no me deja en paz, una sensación de quemazón que penetra en los recovecos de mis pensamientos. Ocupas todo mi tiempo, con tu presencia y con tu ausencia, y el sentimiento de ti nunca me abandona, especialmente cuando no estás. Y pronto no estarás. Ahora mismo ya me muero por reencontrarme contigo, por

acariciarte, por sumergirme en tu mirada, por olvidar el mundo en tus brazos, sin defensas. Solo puedo pensar en ti. Solo quiero pensar en ti. Sí, tienes razón, aprovechemos estos últimos momentos y no los empañemos de tristeza por un futuro que no sabemos si podremos controlar. ¡Qué maravilla! ¡No hay nada como el Ampurdán! Este es el lugar donde me gustaría vivir. ¡Me siento tan bien aquí...! Su olor y sus colores me producen una serenidad difícil de explicar. Y ahora contigo...

No me acaricies la espalda de esa manera, no llegaremos nunca a Figueres. Ya hemos llegado tarde a Flaçà. ¿Que por qué me he quitado la camisa? Porque estamos en plena canícula, pero también porque necesito compartir cada centímetro de nuestra piel, hasta el último momento. Yo también debería preguntarte por qué te vas a París en pantalones cortos de playa. Sí, ya lo veo, llevas la falda sobre el maletín. Y sí, puedo conducir con una sola mano, ¿no lo ves?

Amor mío, has despertado en mí la evidencia de que ha nacido algo muy fuerte entre nosotros, algo que tiene unas tremendas ganas de vivir y que llena de emoción nuestros corazones. Tienes razón, también trastorna nuestras vidas, sobre todo la tuya. Yo soy libre. Pero no debemos tener miedo de este amor, pese a que yo lo tengo porque siento que no tiene nada que ver con los otros. Un amor que me produce un estado de agitación inverosímil. ¿Como todos? Sabes, porque no me he cansado de decírtelo, que valoro esta complicidad que compartimos como nunca la había compartido antes con nadie, esta intimidad que alimentará hasta el fin de nuestros días el sentimiento de que hemos sido capaces de ofrecer el uno al otro lo más esencial que tenemos: nuestros corazones. Pase lo que pase, dime, por favor, que siempre estaremos juntos, que este es tu último viaje. Nadie que me conozca creería que te he dicho lo que acaba de salir del fondo de mi corazón. Y si te lo digo es porque lo pienso.

¿Cómo podría explicártelo? ¿No hace falta? Sí que hace falta, porque yo necesito comprenderlo y hacértelo comprender. De muy joven me arrojé a todos los brazos que se abrían ante mí para aprender, para experimentar, como la mayoría de hombres que conozco. Luego me comprometí por interés. No quiero ser desconsiderado. Yo creía que la quería, que el amor era aquello que

vivía. Pero el sentimiento de vacío era infinito, y el vacío se transformó, más pronto de lo que pensaba, en desinterés y frustración. Pensé que de lo que se trataba era de encadenar relaciones, una detrás de otra o todas al mismo tiempo. Hasta que, sin buscarte, te encontré y descubrí un sentimiento desconocido, un sentimiento que me da fuerzas, me impulsa a vivir, pero también me causa un gran dolor. Dolor o miedo, o todo a la vez. Miedo a la pérdida, miedo al espejismo, miedo a no ser correspondido.

Quiero vivir con todos mis sentidos la felicidad loca que me ofreces... Estas manos tuyas, tan dulces, tan oportunas, dejaría al volante... Ven, acércate, así. ¿Lo ves? ¿No ves nada? Yo tampoco. Tu mano tiene vida propia.

¿No encuentras las palabras para expresar tus emociones y tus sentimientos? Quizá te falta el lenguaje, pero tus ojos, tu piel, tus brazos y tus manos hablan por ti. ¿Qué importancia tiene la precisión de las palabras? En el amor que me ofreces lo que cuenta es esta fuerza interior que ni tú ni yo sabemos describir con palabras y que al final no nos deja más que una certeza: que queremos hacerla vivir, y que este deseo enloquecido es, precisamente, nuestra libertad. Pase lo que pase, sabemos que, a pesar de nuestra larga historia de trofeos sentimentales, finalmente hemos encontrado el amor. ¿Te cuesta creerlo? A mí también. Pero, fíjate, es un amor maravilloso porque nos hemos sumergido en él, y es un amor también difícil porque de momento solamente puede inscribirse en los espacios que te deja tu otra vida. Esta es la complejidad de unas vidas que tienen mucha historia vivida, pero también es el gozo de unas vidas que saben reconocer la violencia de las emociones. Sería tan fácil si tan solo fuese una atracción pasajera o interesada, como tantas ha habido en nuestra vida... No, no quiero presionarte, a ti nunca te haría eso. Pero es doloroso. El amor necesita libertad.

No llores, amor mío, nos despediremos, sí, pero con la serenidad de los amantes que saben que habitan el corazón y el cuerpo del ser que aman. Ya te añoro, ya te echo de menos. Estos días de pasión amorosa, sí, digo amorosa, vividos con una intensidad desbocada, me crean dudas sobre cómo podré vivir tu ausencia frustrante y dolorosa. Lo ves, habitas un corazón agitado después de años de amores convencionales, interesados, frívolos, vacíos, frustrantes. Pero habitas mi corazón, lo habitas para siempre y de algún modo compartes

esta conmoción que milagrosamente nos ha hecho cómplices. ¿Por qué es distinto? Porque este amor lo estamos construyendo sencillamente sobre la verdad de nuestras emociones y sentimientos. Tú me quieres como soy y asumes mi historia, y yo también asumo la tuya y te quiero como eres. ¡Soy inmensamente feliz!

¿Cómo vamos a hacerlo? De momento mi único deseo es vivir este amor contigo, plena y libremente, incluso si esta libertad tiene hoy por hoy unos límites de los cuales hemos decidido no hablar. ¿Qué es este viaje tuyo sino un límite? ¿Que no te acompañe al tren porque tu marido reclama tu presencia? Sí, tienes razón, no podemos malgastar nuestras vidas a golpe de separaciones y esperas. ¿Nos acostumbraremos? No, al menos yo no, pero improvisaré, pese a que, como ya te he dicho, espero que pronto nos liberemos, que te liberes de límites y obligaciones.

Tengo un dolor agudo en la boca del estómago, mareo, sensación de que se me va la cabeza. Ya es la falta de ti. Es la necesidad que has creado, que se traduce en un deseo permanente de entrelazar nuestros cuerpos desnudos, de fusionarlos, de respirarlos, de perderlos uno dentro del otro, de sonreírnos y decirnos que nunca más nada ni nadie podrá separarlos. No, no podemos parar, no llegaremos al tren, pero ves, puedo acariciarte y conducir. ¿Si hemos bebido demasiado...? ¡Estate quieta...! No voy a poder continuar, y no precisamente a causa del alcohol... Para... No pares... Acerca la pierna...

¡Cuidado! Agarra el volante y no corras tanto, ¡nos vamos a matar!

Confía en mí, sé lo que hago. Soy un buen conductor. Siempre lo he sido. Es una recta espléndida, ¿la ves? Se intuye el mar a la derecha, allí, en el horizonte, justo en el lugar donde aquella procesión de nubes camina hacia el norte, como si nos acompañase. Y las montañas, ¿ves las montañas a la izquierda? Sí, aquí las llaman montañas, la montaña, y no son más que un ensayo de loma. Mar a la derecha, bosques a la izquierda, el Montgrí detrás y delante de nosotros, la estación, el adiós, la vida, el futuro. La ausencia, mi amada, será insoportable. Ven...

Volantazo. El coche se desvía hacia la izquierda, vuela, da tres vueltas sobre

sí mismo, se estremece una última vez y, luego, cae lentamente hacia un lado. Es como si se encontrase en un punto de equilibrio entre el aire y el pavimento, entre la suciedad y el paraíso, en el duermevela, cuando todo es bello e irreal, cuando nada es corpóreo. Unas manos se contraen sobre el volante. Luchan por mantener el control. Derecha, izquierda, ¿no acierta con la carretera? Aterriza, se desplaza hacia la izquierda, un árbol, crujido de metal producido por los golpes del acero, que se arruga como un trozo de papel, suavemente, lentamente, como si el tiempo, de repente, transcurriese a cámara lenta. El estrépito, el golpe. Un gusto aceitoso impregnado de vapores oscuros abrasa la garganta y escuece los ojos. Gasolina. Todo es como un remolino a través de una nube de luz. El tiempo se ralentiza, se vuelve suave, volátil; se paraliza por unos instantes y todo es silencio. ¿Un accidente? Los accidentes tienden emboscadas a los incautos, a menudo con violencia, como solo lo hace el amor. De repente, la niebla. ¿Niebla? La tarde es clara y serena. Lluvia mortal de fragmentos de vidrio, lluvia de diamantes. Noche en plena tarde de agosto. Aullido profundo y ancestral. El silencio llena el aire y es aún peor que el estallido y el grito definitivo, el último grito. Todo es silencio. El volante y el cuadro de mandos aplastan un cuerpo en una maraña mutilante. Un trozo del parabrisas siega un cuello inerte sobre el volante. Las dos ruedas delanteras, todavía unidas al eje, siguen su propio camino, y dos faros rotos agonizan tristemente en la cuneta.

2

EL CHOQUE DE DOS MUNDOS

«Sexo y muerte, la puerta principal
y la puerta trasera del mundo».

La paga de los soldados, WILLIAM FAULKNER

El accidente sucedió el primero de agosto de 1935, viernes, a las cinco y media de la tarde. Lo recuerdo tan bien porque era el día de la fiesta mayor de Viladamat. Yo tenía once años, a punto de cumplir los doce. Iba en bicicleta. Acababa de salir de casa para ir a Viladamat y, al llegar al cruce con la carretera que va de La Bisbal a Figueres, en la Creu d'Albons —en la Creu, decimos nosotros—, hacía pocos minutos que acababa de pasar.

Hay quien dice que ocurrió el dos de agosto. ¡Pero los periódicos me dan la razón! Lo cierto es que era la fiesta mayor de Viladamat, a lo mejor el primer día, puede que el segundo. ¿Que por qué todas las fiestas mayores de Cataluña son en verano? Hombre, no todas, pero una explicación verosímil es que las fechas de las fiestas mayores de los pueblos las marcaban los ritmos de las tareas del campo, generalmente después de la siega y la trilla.

A principios de agosto el pueblo estaba terminando las labores de siega. Hacia mayo se empezaba a segar. En cada casa había una máquina, y conducirla era la tarea más disputada porque era la más cómoda. Normalmente se reservaba a los parientes de fuera que venían a ayudar. Por San Juan se acababa de segar y se iban apilando las gavillas en el campo. Por San Jaime, justo después de la fiesta mayor de Albons, se comenzaban a trasladar las

gavillas a la era. Allí donde ahora hay un bar, estaba la era de Can Tell. El hijo de la baronesa de Maldà cedió el terreno al pueblo, y cada vecino contribuyó con tres mil pesetas para poder tener un local social, que gestiona el Ayuntamiento. Pero eso fue muchos años después.

Cuando el juez de Palamós realizó la inspección ocular del vehículo siniestrado, vio que la aguja del cuentakilómetros marcaba ciento cuarenta, aunque es posible que esa posición la hubiese adoptado de resultas del choque. De todas maneras, los testigos presenciales hablaban de una velocidad nunca vista. Si el coche hubiese llegado a Viladamat, tan solo a tres kilómetros y medio del accidente, a ciento cuarenta kilómetros por hora, la desgracia se habría multiplicado, porque había mucha gente bailando sardanas junto a la carretera y no habrían tenido tiempo de apartarse. Los caminos de aquella época no eran como los de hoy. La carretera del antiguo camino viejo de Girona, que se pavimentó y adquirió la categoría de carretera a principios del siglo XX, al menos en el tramo de Albons, estaba flanqueada de plátanos jóvenes que talaron cuando alguien decidió que eran demasiado peligrosos para los coches. El alcalde de un pueblo vecino los mandó eliminar porque decía que producían dolores de cabeza. ¡Qué tontería! O no, porque con el tiempo se supo que vendió la madera. Es una lástima, porque a mí me gustaban esas carreteras umbrías en verano, cuando cae ese sol de justicia que derrite las piedras.

Aquella era una tarde típica de agosto en el Ampurdán, plácida y tranquila, diría que incluso dulce, pese al calor.

Albons está situado sobre un pequeño cerro formado por las deposiciones de los antiguos cursos del Ter. Hablo en plural porque el río fue desviado en diversas ocasiones por cuestiones más políticas que otra cosa y provocó serios daños y encerronas, como la de las arenas movedizas que dicen que una vez llegaron a tragarse a un caballero y su caballo. Situado en la frontera, muy complicada, entre los dominios de los condes de Ampurias, afanados siempre en conservar su identidad, y los dominios de reyes, de obispos y de condes reyes, afanados siempre en la anexión, no fue hasta el año 1272 cuando el condado pasó a formar parte de la Corona. Pero aquello no puso fin a la inestabilidad del Ampurdán. Aún habría de sufrir nueve invasiones francesas,

por ponerle un ejemplo. ¡Sí, nueve! La primera se produjo en la época del rey Pedro el Grande, cuando Felipe el Atrevido se plantó en los Pirineos con un ejército de ochenta mil hombres y veinte mil caballos, cubierto desde el mar por una gran cantidad de barcos que nuestro almirante Roger de Llúria hizo añicos sin demasiado esfuerzo. Los franceses tampoco pudieron cruzar el collado de Panissars porque un bravo vizconde de Rocabertí los detuvo; aun así algún felón los condujo al collado de la Massana y de ese modo pudieron invadir el Ampurdán. ¡Nueve invasiones!

Mi padre siempre contaba que una vez incluso se dio la orden de que los cuchillos de cortar pan que había en todas las casas se mantuviesen atados a las mesas con una cadena para evitar que se utilizasen para matar gabachos. También decía que una vez muertos los emparedaban, y que por eso en el Ampurdán hay casas con paredes tan gruesas —como las de mi casa, de casi un metro—. Al parecer se han encontrado muchos, pero yo todavía no he visto ninguno. Eso sí, le confieso que de pequeño miraba las paredes e imaginaba cuántos franceses debía de haber dentro. Me los imaginaba vestidos con la casaca azul y dorada de mi querido soldadito de plomo. Tenía uno con una pluma verde en el sombrero. Mi padre decía que era un coronel y yo le tenía mucho respeto. Ese soldadito era un tesoro y yo me sentía muy importante cuando se lo prestaba un rato a mi mejor amigo.

Sí, ahora vuelvo al accidente, pero déjeme terminar. Yo soy historiador autodidacta, ¿sabe?, y me gusta situarlo todo en su contexto. Ya acabaré encontrando el sentido a mis huidas históricas, porque, de hecho, esta historia tiene mucho que ver con la historia de una época.

El contraste del dorado de los campos con el gris perla del inmenso macizo de piedra calcárea que es el majestuoso Montgrí, un cielo de un azulón nítido y el verde de las viñas y los olivares hacen todavía hoy de este paisaje uno de los más bonitos que jamás he visto. En el mar, en verano, a menudo se alza una neblina espesa que crea la sensación de que los campos de cultivo abrasados por el sol, en contacto con el agua, han comenzado a hervir. No, desde Albons no vemos el mar, pero lo intuimos, muy especialmente en verano, cuando bandadas de gaviotas vienen a picotear los restos de cereal que han quedado en el campo después de la trilla. Las montañas de las

Gavarres, en el horizonte, mirando hacia La Bisbal, tienen un color azulado. Mi padre decía que era un reflejo del mar y yo quería creerlo porque no podría vivir lejos del agua. Para mí, mar es sinónimo de libertad.

Me gustan los paisajes bien cultivados que ondulan cuando sopla la tramuntana, ese viento intenso que se filtra por todos los resquicios y que aúlla imitando el llanto de una mujer. El día del accidente no recuerdo que se levantara, en cambio sí recuerdo el inmenso bochorno y una quietud que te permitía escuchar el murmullo del trajín en el campo. Iba yo pensando en esa placidez, con la despreocupación típica de mis once años, pedaleando en la bicicleta, sin manos y con los brazos extendidos, hacia Viladamat. ¡Quién me iba a decir que el apresurado viaje de vuelta tendría un regusto ambiguo, entre la excitación y la tragedia!

El accidente no tuvo lugar en la Creu, como dicen los periódicos, sino un kilómetro antes, seguramente a causa del badén que servía para canalizar las aguas de la lluvia que bajan por el camino que viene de la montaña, a mano izquierda, en dirección a Figueres. Era muy peligroso, pero no había ninguna señal que lo indicase. El coche dio un salto, se descontroló, voló hasta una pequeña zanja, rozó con el parachoques el tronco de un árbol, chocó contra un hito y dio cinco vueltas de campana.

En aquel tiempo en Albons no había más que tres coches, y ninguno como aquel. Enseguida los chiquillos lo rodeamos para curiosarse. La carretera era un paseo habitual para nosotros, pero sabíamos que si pasaba un coche y se paraba, teníamos que echar a correr sin dudar ni un momento. Podía ser un «coche de cinta». ¿No sabe qué es? Las malas lenguas dicen que eran coches que se detenían y sacaban sangre a los niños para dársela al rey, que era tuberculoso. Pero eso debía de ser cuando había rey. Aquel verano había república, una república de derechas que había suprimido las instituciones autonómicas de Cataluña, encarcelado a su gobierno y paralizado todas las iniciativas progresistas; pero era una república. Ahora sé que quien era tuberculoso no era Alfonso XIII, sino su padre, Alfonso XII, que murió de esa enfermedad. Pero ya se sabe, los pueblos tienen sus manías y cuesta cambiarlas. Y ¿sabe qué?, a mí los reyes nunca me han interesado mucho. ¡Yo soy republicano!

Un hombre que en el momento del accidente iba andando por la carretera en sentido contrario, como corresponde, contó que el salto del coche fue tan impresionante que mientras volaba por los aires pudo verle incluso los ejes. Quedó atravesado, con las ruedas mirando hacia arriba. Parte de la capota y del juego de ruedas de delante se desprendieron y fueron a parar a la cuneta, a más de veinte metros de distancia.

Mateu Baus, de casa de los Boter —una masía pegada a la carretera y junto a la Creu y al camino que conduce al pueblo—, que en aquella época debía de tener unos nueve años, vio la tragedia y fue a pedir ayuda. En el momento del accidente, a media tarde, en Albons todo el mundo estaba en el campo. Al cabo de poco rato, el pueblo entero ya rodeaba el coche. Los campesinos que trajinaban en los campos junto a la carretera fueron los primeros en llegar. Nunca habían visto un coche similar. Algunos decían que estaba pintado con un baño de oro. Resplandecía tanto bajo aquel sol de justicia que nos deslumbraba.

La gente del pueblo intentó girar el coche para liberar al hombre que estaba atrapado debajo. Nunca olvidaré el espectáculo. Al sacarlo vimos que el parabrisas, que se había desprendido y en parte estallado, lo había prácticamente decapitado. Su cuerpo quedó aprisionado entre el asiento y el volante. No había nada que hacer, estaba muerto. La muerte fue, casi seguro, instantánea, porque además tenía el cráneo aplastado. Un perro lamía la sangre del suelo, pero todos estábamos tan aturdidos que ni pensamos en ahuyentarlo. Una niña que observaba la escena en la distancia empezó a cantar:

Dalt del cotxe hi ha una nina que en repica els cascavells. Trenta, quaranta, l'ametlla amarganta, pinyol madur, vés-te'n tu![]*

Muchas veces, años después, me ha venido a la cabeza aquella imagen. Sin embargo, la niña no estaba en el coche. En una de las vueltas de campana, la acompañante, una joven rubia y muy guapa, salió despedida del vehículo y chocó violentamente contra el suelo. Se fracturó la parte frontal del cráneo y las dos piernas, se partió la lengua con los dientes por la fuerte conmoción y se le hundió un ojo. Fue un momento tan cargado de tensión que hasta me

pareció que durante un instante tan solo se oían unos leves gemidos de la chica y que incluso las cigarras habían dejado de cantar.

A ella la llevamos a casa de los Boter, mientras esperábamos que llegara la ambulancia, y la instalamos sobre una mesa. Estaba toda ella cubierta de sangre y se había quedado medio desnuda a causa del fuerte impacto al salir despedida del coche, porque su cuerpo se había arrastrado muchos metros por el camino pedregoso. Está feo decirlo, pero fue la primera mujer desnuda que vi. La gente, que tiene mucha fantasía, hizo correr el rumor de que no llevaba bragas, pero yo creo que la ropa se le desgarró por la violencia del accidente. Por lo que recuerdo, llevaba una blusa azul, brillante, hecha jirones, y una falda corta y blanca, muy estropeada. O, pensándolo bien, puede que fueran unos pantalones mínimos que en aquella época ni sabíamos que existían. Tenía la piel de terciopelo, del color de la cera, perfecta. A mí me pareció que podía oler su perfume mezclado con el aroma de la gasolina del motor, con el dulce de los hinojos aplastados por el choque violento del coche y del trigo que amontonaban en gavillas y que desprende esa fragancia fresca tan característica y olvidada de los pajares. Puede que todo sean imaginaciones mías, pero siempre lo he recordado así. ¡Qué mujer! Nunca he visto otra igual, quizá por eso nunca me he casado. Quien ha conocido la perfección no puede conformarse y debe seguir buscando. Ahora, a mi edad, ya he perdido la esperanza de encontrar a alguien que borre su recuerdo. Ya ando de capa caída. Ya me entiende...

Pasadas las nueve llegó la ambulancia y la trasladó inmediatamente a la clínica del doctor Coll de Girona, la actual clínica Girona, donde además del doctor Coll también la visitó el doctor Corachan. Mientras tanto, los campesinos trasladaron el cadáver del hombre al cementerio de Albons, en un carro de transportar estiércol tirado por un burro, y lo dejaron sobre un colchón viejo y lleno de manchas que habían colocado encima de un par de mesas vetustas a modo de catafalco improvisado. El sepulturero era el barrendero. En aquellos momentos no me percaté, pero cuando pienso en ello, ¡qué contraste!: un joven elegante y atractivo, con el torso desnudo, pantalones y zapatos blancos, sobre un carro de estiércol. Muy estropeado, eso sí; con la cabeza medio seccionada, ensangrentado pero con una expresión serena y yo

ahora me atrevería a decir que dulce y feliz. No me dio ningún miedo, a pesar de que era el primer muerto que veía, y quizá fue por lo que le estoy contando. Desde entonces, siempre me ha llamado la atención la expresión de inmensa serenidad de los muertos. Ahora que ya soy mayor, esa sensación de descanso absoluto me ayuda a pensar en la muerte con una cierta filosofía. Perdóne si todo esto le parece extraño y confuso, pero así son los recuerdos.

La gente que rodeaba al príncipe vestía ropa de faenar en el campo: los hombres con sombrero de paja o boina, las mujeres con faldas largas, delantal y pañuelo en la cabeza. Los chiquillos, como yo, con pantalones hasta la rodilla, camisa y alpargatas, y las niñas con una bata ancha y sin mangas que se ponían encima del vestido o, si hacía calor, como en este caso, directamente sin nada debajo.

En aquel tiempo en Albons había dos cementerios, uno adosado a la iglesia y el otro en el castillo. El cadáver permaneció allí hasta el día siguiente de madrugada.

En los Pirineos se había formado un nubarrón amenazador y por detrás del Montgrí, sobre el mar, aparecía majestuosa la procesión de Tossa. No sabe qué es, ya me imagino. ¿Cómo se lo explicaría? Son nubes que avanzan de sur a norte, como si desfilasen en comitiva. Cuando sale la procesión de Tossa, es lluvia segura.

Amenazaba lluvia, pues, y el cadáver estaba a la intemperie. «¡Va a llover!», decía la gente. El cielo aún estaba azul, pero las tormentas avanzaban, pese a que no hacía viento. Se oían algunos truenos lejanos y las abuelas ya empezaban a recitar aquello de santa Bárbara bendita, para que no nos cayese encima un rayo. Aquel día se había formado una tormenta en los Pirineos y otra sobre el mar. Cuando pasa eso pueden suceder dos cosas: o un choque de tormentas, que el señor Pla —a quien conocí porque a ambos nos gustaba comer bien— llamaba «dialéctica cósmica», o bien que una se quede delante de la otra y no ocurra nada. Por suerte no soplabla la tramuntana. El señor Pla decía que de esa dialéctica cósmica ha surgido la dialéctica humana, histórica y política, de la cual han hablado Hegel, Marx y Lenin. En el Ampurdán hay una lucha de vientos, una guerra de puntos cardinales. Ampurdán, palacio del viento, escribió Joan Maragall, uno de nuestros

grandes poetas. Tramuntana contra siroco y lebeche. Poniente contra levante y viceversa. Pero la verdad es que cuando no sopla la tramuntana, cualquier otro viento nos molesta, especialmente los del sur. ¿Nos desorienta, nos hace perder el equilibrio y nos pone de mal humor? ¿Qué relación tiene el viento con el humor? Mire, para entenderlo hay que ser de aquí. Qué quiere que le diga.

¿Quién es el señor Pla? ¡Usted pregunta mucho! Pero a mí me gusta la gente que pregunta, me gusta mucho más que la gente que responde, que lo sabe todo y a la que no le interesa nada. El señor Pla era un gran escritor ampurdanés. Si, como le ocurre a mucha gente, queda atrapado por estas tierras, se lo recomiendo. ¡Lo encontrará en castellano y seguramente también en alemán!

Los niños, cuando soplabla la tramuntana, nos metíamos piedras en los bolsillos para no salir volando, porque más de uno había sufrido alguna caída aparatosa al doblar una esquina. ¿Que por qué le cuento esto? ¡Ah, sí! Porque quiero que entienda que ser payés en el Ampurdán es una tarea difícil. Ahora no recuerdo quién decía que en estas comarcas a veces llueve mucho, a veces llueve poco, y a veces no llueve. En fin, que nunca llueve bien. Y si a la lluvia le añadimos el viento, entonces ya es para mandarlo todo a hacer puñetas y emigrar a América, como hicieron tantos hombres y tantas mujeres del campo a mediados del siglo XIX.

En agosto de 1935 Albons tenía prácticamente el doble de habitantes de los que tiene ahora, casi setecientos. Parece imposible, pero así es. Hoy en Albons solo hay dos rebaños. ¿De qué? De ovejas, hombre, con alguna cabra. Antes de la guerra había uno en cada casa. En primavera se llevaban al Pirineo y al final del verano volvían al pueblo y se alimentaban de los rastrojos y de la alfalfa. Antes en cada casa había un matrimonio o dos y vivían de la tierra. Ahora cuatro o cinco hombres cultivan todas las tierras del pueblo. Además, en cada casa había cinco o seis hijos, o incluso siete. Ahora hay muchas casas donde tan solo queda una persona, cuando lo normal era que acogiesen a tres generaciones.

He dicho que vivíamos de la tierra, pero vivir es un decir, más bien habría que hablar de sobrevivir. No éramos propietarios. Las tierras de Albons

pertenecían a tres familias, la de la baronesa de Maldà, los Vallgornera y los Pomerola, a los que apenas veíamos. Un payés que cultivaba veinticinco o treinta hazas pasaba hambre. En mi casa se trabajaban cien cuarteras, ¡y fuimos los primeros de Albons en regar el maíz! En definitiva, mucho trabajo y poca ganancia. Íbamos a medias con los propietarios. Lo que quiere decir que nos repartíamos los beneficios, pero los gastos los pagábamos nosotros. Nos quedaba una miseria. Y las condiciones de vida eran inhumanas. Mi padre pidió muchas veces permiso para hacer un cuarto de baño, pagando él el coste. Nunca se lo dieron, y nunca he entendido por qué. Pero es verdad que en casa pocas veces vi comprar la comida básica. Con el huerto teníamos verdura y fruta para nosotros y para los animales, con la viña, vino y con el olivar, aceite, y para la carne criábamos pollos, patos, conejos y matábamos un cerdo. No nos faltaba el arroz, que cultivábamos en las tierras húmedas alrededor del pueblo antes de que las secasen y drenasen a causa de las enfermedades generadas por las aguas estancadas, como el paludismo. Sí, el paludismo. A principios de siglo el Ampurdán era la zona más castigada de Cataluña por esa enfermedad. ¿Acaso creía usted que el paludismo es una enfermedad exótica? Pues mire, ¡nosotros en aquella época éramos más exóticos que nadie!

Ya ve que no es que tuviéramos muchas cosas, pero disfrutábamos con lo que teníamos. Mi madre y mi abuela nos hacían ropa, jerséis y calcetines, y mi abuela me cosió un abrigo muy bonito con un tapabocas de mi abuelo. Por supuesto, no sabe qué es un tapabocas. Es una manta de lana con la que, a falta de abrigo, la gente se envolvía el cuerpo. ¡La de veces que de pequeño ayudé a mi madre y mi abuela a deshacer jerséis viejos o que ya se nos habían quedado pequeños! Lavaban la lana, la teñían, la ovillaban y la volvían a tejer otra vez. En las casas donde había chicas las madres estaban muy contentas porque eran una gran ayuda, a veces tenían más responsabilidades que la propia madre. La mujer tenía los hijos y los criaba, segaba y cuidaba de los animales pequeños, es decir, los compraba, los alimentaba, los vendía o los mataba para después cocinarlos. Hacía las tareas de la casa, el huerto, confituras y conservas, sacaba retales de todo, cosía sábanas, calcetines, pantalones, camisas, hacía la ropa y los jerséis y ayudaba a los hombres en época de siega. ¡Y empezaban bien jóvenes! Mi madre fue a servir a una masía

a los nueve años. No había mucho trabajo y mis abuelos pensaron que sería una buena manera de educarla. Cada día iba y venía con el típico fardo colgado del brazo. Tenía una hora y media de camino. Un día, de madrugada, se topó con un hombre que salía de una casa tan alterado que casi la tiró al suelo. Al regresar al pueblo, supo que en aquella masía, perdida en mitad de la montaña, se había cometido un crimen y que ella se había cruzado con el asesino. Pero mis abuelos la silenciaron para que no se metiera en un lío. Nadie tenía por qué enterarse de aquello.

No, mi madre nunca fue a aprender a coser, y era analfabeta, como la mayoría de las hijas de los campesinos, pero sabía ahorrar mucho. Lo aprovechaba todo y la gente pensaba que teníamos más dinero del que realmente ganábamos. Disfrutaba ahorrando. Pero no crea que era tacaña, pobrecita; al contrario, lo daba todo.

El hombre se ocupaba de los asuntos de fuera de casa. Vender animales grandes y trabajar los campos. Mi padre iba a hacer fuego a una fábrica de ladrillos para asegurarse un dinero que hiciera frente a las necesidades que el campo o el ganado no cubrían. ¿Qué quiere decir hacer fuego? Perdona, lo doy todo por sentado. Los ladrillos se cocían en un horno donde previamente habían hecho fuego para conseguir el calor necesario. Antes de entrar en la fábrica, a las ocho, ya había ido a la viña y, cuando correspondía, al campo. Se iba a dormir con las gallinas, a menudo antes de las nueve, y se levantaba con los gallos, hacia las cuatro. No tenía despertador y se fiaba más de las estrellas que de su reloj. Más de una vez, medio dormido, confundía las constelaciones y salía de casa a media noche. ¡Pobre padre! También invertía en bolsa. Era un gran entendido. Leía mucho y siempre decía que para ser un buen inversor hay que tener más en cuenta el contexto que los números mismos, y esa era la gran excusa para leer y leer... Estaba al día de la política internacional y de los grandes temas económicos del momento.

Mi madre, cuando ya fue un poco más mayor, fue a servir a una casa de La Bisbal donde de vez en cuando iba de visita uno de nuestros grandes poetas, Jacinto Verdaguer. Quedó tan impresionada por su personalidad y su poesía que cada noche le pedía a mi padre que le leyera un poema. Estando en plena agonía, su rostro se transformó, y cuando le preguntamos qué le pasaba, nos

dijo: «¿Es que no lo veis? ¡Ha venido mosén Cinto a verme!».

Si en una casa había más de un muchacho, el mayor era el heredero y el segundo acudía al seminario. ¿Qué ocurría si había más de dos, o si había chicas? Pues los chicos normalmente se marchaban a la ciudad y se apañaban como podían. Si todo eran chicas, la mayor era la pubilla y las otras procuraban encontrar un buen marido. En mi casa solo estaba yo. O sea que pude hacer lo que quise. Fui a la escuela, cursé el bachillerato en Figueres y luego me ocupé de las tierras, pero no mucho tiempo. Como nunca me he casado y no he tenido que mantener una familia, lo vendí todo menos la casa y me he podido dedicar a lo que me gusta: comer bien, leerlo todo y zambullirme en la historia del Ampurdán.

Yo siempre he dicho que si tengo que ser pobre, prefiero serlo en el campo que en una gran ciudad. En el campo aún puedes serlo con cierta dignidad. De hecho, cuando se discute sobre las causas que desembocaron en la Guerra Civil de 1936, se habla mucho de la situación de la clase trabajadora en las ciudades o en las fábricas, pero la situación de la sociedad rural de aquella época era deplorable por la codicia de los propietarios, que preferían tener sus campos sin labrar antes que pagar un salario digno.

De acuerdo, no volveré a irme por las ramas, pero es que quiero que lo entienda muy bien, porque de otro modo podría pensar que se trata de una historia frívola desligada de la realidad de la época, y mire, un poco frívola sí es, pero sin querer fue adquiriendo dimensiones inesperadas que a mí me parecen de una importancia capital y que nadie ha tenido en cuenta. Perdóneme, pues, ahora vuelvo a ello.

3

¿QUIÉN ERA ÉL?

«Lo que importa no es ser el más fuerte,
sino el superviviente».

En la jungla de las ciudades, BERTOLT BRECHT

¡Vamos allá! ¿Quiénes eran los accidentados? Hemos dejado al joven muerto en el cementerio, encima de un colchón viejo, y a la joven en Girona. Alguien comenzó a hablar de un príncipe. Habían visto circular el coche por los caminos del Ampurdán y no pasaba desapercibido en medio de carros, tartanas, bicicletas y algún camión. Pero no fue hasta el atardecer, al llegar la familia, cuando supimos que, efectivamente, era un príncipe. ¡Mira por dónde, un príncipe que en un abrir y cerrar de ojos cambió un Rolls-Royce por un carro de estiércol! Era el príncipe Alexis Mdivani y habíamos sido testigos del accidente más famoso de la Costa Brava.

El príncipe Mdivani era muy conocido. Había nacido en Georgia, en el Cáucaso. Hacía un par de meses que se había divorciado de Barbara Hutton, la pobre niña rica, como la llamaban en Estados Unidos. Era una de las mujeres más acaudaladas del mundo, heredera del imperio Woolworth, y acabó siendo una de las más desgraciadas. El coche, un Rolls-Royce Phantom II Drophead Coupé, dorado, matrícula ALF 222 de Inglaterra, era un regalo de ella. Digo dorado porque lo era claramente, pero la cuestión del color provocó muchas discusiones tanto en la mesa como en la calle. ¡Como si no tuviésemos otras preocupaciones! Unos lo habían visto beis, otros marfil,

otros, como yo, dorado, otros *champagne*, porque, en aquella época, al *champagne* lo llamábamos *champagne*, y no como ahora. ¿Cómo lo llamamos? ¡Cava! El *champagne*, sin embargo, solo puede producirse en Champagne, al noreste de Francia. En casa, mi abuela cortó de raíz estas discusiones: ¡el coche era de color ala de mosca! ¿Quién se atreve a discutir una afirmación como esa? A ver, ¡haga un esfuerzo e intente definirme ese color! ¿Lo ve? ¡Es imposible!

Alexis Mdivani había nacido en Tiflis, capital de Georgia, el 7 de febrero de 1905. Sí, era acuario, como yo, y como todos los acuario, un poco soñador. Pero dicen que entre nosotros están los impulsores de grandes cambios. Tenía establecida su residencia en el hotel Ritz de Barcelona. En el momento del accidente llevaba encima un pasaporte expedido en Barcelona el 18 de septiembre de 1934. El documento tenía numerosos visados de los también numerosos viajes que había realizado en el último año. El más reciente correspondía a su entrada por La Jonquera el 21 de julio de 1935, hacía tan solo quince días.

Su padre, Zakharias Mdivani, había heredado de sus bisabuelos el título de príncipe de Georgia, pero le gustaba decir que él era el único hombre que en realidad había heredado el título de príncipe de sus hijos y no al revés, porque la gente se acordó de que era príncipe cuando sus hijos se hicieron famosos y ricos utilizando este tratamiento. Fue general y ayudante personal del zar. Durante la guerra ocupó el puesto de subsecretario de Estado, y después de la independencia de Georgia, en el año 1918, de gobernador de la provincia de Batum.

El padre de Zakharias y abuelo del príncipe había sido regente y virrey en Georgia. Se mantuvo fiel a sus orígenes musulmanes hasta la muerte. Había perdido una pierna en la guerra contra los rusos y nunca había perdonado a su hijo que hubiese defendido la causa del enemigo y que hubiera permanecido tan próximo al zar.

La madre del príncipe, Elisabeth Viktorovna Sabalevska, era medio georgiana y medio polaca, y, según se dice, gran amiga de Rasputin. Se había casado a los quince años con Zakharias y había tenido cinco hijos: dos chicas y tres chicos. Toda la familia vivía en casa del abuelo, un palacete en el centro

de Tiflis, y pese a haber tenido una educación principesca, los chicos Mdivani eran el terror de la ciudad. Los dos mayores, Serge y David, se marcharon siendo muy jóvenes a Estados Unidos, invitados por un multimillonario petrolero que había estado en Georgia haciéndose pasar por periodista y había ido a parar a casa de los Mdivani, que lo acogieron como a un miembro más de la familia. Tenían quince y dieciséis años, y aunque más tarde se reunieron con el resto de la familia en París, regresaron pronto a Estados Unidos, donde sus orígenes, vinculados a la nobleza georgiana, constituían un importante elemento de seducción. En cambio, en Europa eran más bien una molestia, una molestia bastante conveniente porque, al menos, servían para amenizar y añadir glamur a fiestas y recepciones. Pero no impresionaban mucho. Era un poco como lo que solemos decir por aquí cuando alguien se las da de fanfarrón: este se unta los morros con panceta. ¿Qué quiere decir? Que disimula la pobreza con la grasa aparentando haber comido un asado, cuando lo más seguro es que todo lo que haya comido sea una tortilla de harina, con suerte con una loncha de tocino.

Los Estados Unidos de principios del siglo XX eran la bandera de los sueños de libertad y prosperidad. Junto con revolucionarios y anarquistas que intentaban trasplantar la revolución que no habían podido acabar en sus países europeos de origen, convivían negociantes y emprendedores sin fortuna material, pero que confiaban en que su gran espíritu de trabajo supliría la falta de capital. O príncipes sin reino, como los nuestros, a la caza de fortunas en busca de validación nobiliaria. ¿Qué quiero decir? Pues que en un nuevo país, donde en sus inicios la aristocracia era un hecho pasado de moda, característico de una Europa que los emigrantes habían dejado atrás, los títulos nobiliarios eran de un exotismo atrayente para una generación que había amasado inmensas fortunas y que, en general, no tenía ni títulos académicos ni aristocráticos. Una generación que disponía de dinero pero añoraba un cierto reconocimiento, o yo diría, más bien, los halagos de una corte que no te respeta por lo que eres, sino por lo que representas y, sobre todo, por lo que le puedes aportar. O sea, que los nuevos ricos americanos estaban deslumbrados por los títulos, y a la decrepita y arruinada aristocracia de Europa le iba muy bien una inyección de dinero.

Entre 1900 y 1914, cada año más de un millón de personas emigraron a Estados Unidos en busca del sueño americano. Era la llamada de la tierra prometida, el reencuentro con la soledad de los espacios infinitos que inspiró a Dvorák la *Sinfonía del Nuevo Mundo*. La búsqueda del éxito. Misia Sert, relacionada indirectamente con los príncipes, unos años después escribió, refiriéndose a esos momentos, que si ella hubiese descubierto América no se lo habría dicho a nadie.

En tiempos de la Revolución rusa, la princesa Mdivani y los tres hijos que le quedaban en Georgia —Nina, Roussy y Alexis— subieron a bordo del último barco, de bandera italiana, que zarpaba hacia Estambul atravesando el mar Negro, de un modo tan precipitado que se olvidaron de coger todos los objetos de valor. O eso es lo que contaron. Solo se llevaron un paquete de acciones de petróleo del Cáucaso. Quizá era todo lo que tenían.

Durante los meses que se quedaron en Estambul esperando a Zakharias padre, la princesa aprovechó su título para hacer que la invitaran a todas las fiestas organizadas por las embajadas, mientras sus hijos hacían de limpiabotas y pegaban carteles por las calles para poder comer. Se dice que Roussy sonreía seductora a los transeúntes y, cuando los tenía embelesados, les escupía en los zapatos. Detrás de ella, Alexis les ofrecía sus servicios como limpiabotas.

Finalmente el padre llegó a Estambul, y mientras este se quedaba un tiempo en la ciudad intentando cerrar la venta de las acciones, madre e hijos emprendieron viaje a París. La economía era tan precaria que Alexis se hacía pasar por criado y viajaba en compartimentos de tercera, mientras que madre y hermanas lo hacían en los de primera, y en los hoteles dormía con el servicio y hacía ver que planchaba y lavaba la ropa de las señoras para no tener que contratar a nadie ni pagar propinas.

En el año 1923, cuando toda la familia se reencontró en París, incluso con los dos hermanos mayores, que habían llegado de Estados Unidos para la ocasión, se instalaron en el Château Ruel Seracourt, en la periferia de Versalles, y celebraron una gran fiesta, donde corrió una considerable cantidad de vodka. La madre Mdivani, exultante de alegría al ver a la familia reunida, se puso a cantar ópera y, en medio de tanta emoción, falleció.

Zakharias vivió la revolución, como la vivieron sus hijos, y murió en París, en el exilio. Siempre tuvo una maleta hecha, a punto para regresar a Georgia. Pero el sistema comunista duró mucho más que él. Tenía una fuerte personalidad y llegó a ser el jefe de la emigración georgiana y una persona muy respetada entre los exiliados rusos. Las dos hermanas se quedaron en París con el padre y los tres chicos volvieron a Estados Unidos. Los tres eran, según he visto en las revistas de la época, guapos y muy atractivos. Serge, el mayor, se abrió camino rápidamente, se casó con una conocida actriz americana de origen polaco y musa de Lubitsch, Pola Negri, y se marchó a vivir a Hollywood. Su matrimonio no duró mucho. Se divorciaron y él se volvió a casar con una acaudalada cantante de ópera, de quien también se divorció, y se casó con la no menos rica Louise Astor Van Alen, excuñada suya, porque había sido la mujer de su hermano Alexis entre 1931 y 1932.

Durante el siglo XIX los Astor eran una de las familias más adineradas de Estados Unidos. Se los conocía como los propietarios de Nueva York, donde hay vestigios suyos por doquier. La Biblioteca Pública de la Quinta Avenida con la calle 42 fue un regalo suyo a la ciudad, o el Waldorf Astoria, originalmente dos hoteles, el Waldorf, propiedad de William Waldorf Astor, inaugurado en el año 1893, y el Astoria, propiedad de su primo John Jacob Astor IV, inaugurado cuatro años después. William Astor, motivado por una pelea con su tía Caroline Webster, construyó el hotel Waldorf en la puerta de al lado de su residencia. Finalmente, John Astor convenció a su madre para que se trasladara a una parte más residencial de la ciudad y también hizo su hotel. El origen del Waldorf Astoria, pues, es el de estos dos hoteles que, unidos, se convirtieron en el hotel más grande de la época y, por cierto, el primero en ofrecer servicio de habitaciones. Pero en Nueva York están también el Astor Row, el Astor Court, el Astor Place o el Astor Avenue, en el Bronx, donde la familia tenía los establos.

David, el otro hermano Mdivani, hizo la carrera diplomática y también se casó con una conocida actriz de Hollywood, Mae Murray, de quien también se divorció muy pronto.

Alexis, nuestro hombre y el más joven de los chicos Mdivani, educado en *colleges* ingleses gracias al dinero del pintor Sert, casado con su hermana

Roussy, fue nombrado secretario de la legación de Georgia en París y conservó este cargo hasta el año 1933. El 22 de junio de 1933 se casó, por segunda vez, con la multimillonaria Barbara Hutton. ¿Quién fue su primera mujer? Ya se lo he dicho hace un momento: Louise Astor Van Alen. Louise y Alexis estaban pasando unos días en Mas Juny y coincidieron con Barbara. El príncipe y ella tuvieron una aventura y Louise lo pilló y lo dejó plantado allí mismo. Barbara, para evitar el escándalo, se marchó a Bali y a Java, y al cabo de unos días el príncipe acudió por sorpresa a su encuentro en Singapur. Compra todas las flores que hay en la ciudad, llena la habitación de su hotel y le pide que se case con él. ¿Sabe que la noticia de su enlace y todo el revuelo que lo rodeó inspiró a Dale Carnegie su libro más famoso, que ahora no recuerdo cómo se llama...? Sí, eso, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, o algo parecido. Sí, ya sé que todo esto es un embrollo que necesitaría días para digerir. Yo tengo todo el tiempo del mundo, es usted quien tiene prisa. ¿Está seguro de que vale tanto la pena esa ceremonia de los Juegos Olímpicos de Barcelona? Yo pienso verla por televisión. ¡Vuelva cuando acabe, si tanto le interesa ese accidente!

Prosigo, pues. La boda se celebró en la catedral ortodoxa de Saint-Alexandre Nevsky de la Rue Daru de París, donde el pope les colocó las coronas simbólicas de su condición de príncipes. La fiesta, con más de dos mil invitados representantes de la aristocracia de todo el mundo, costó quinientas mil pesetas. Para la luna de miel se compraron un palacio en Venecia, que más tarde decoraría Josep Maria Sert. Finalizaron su viaje de novios en el Mas Juny, que Dalí describió como el lugar más pobre y más lujoso de Europa del momento. Encontré una fotografía del enlace, con la iglesia llena a reborar y donde se ve, detrás de la pareja, al príncipe Teodoro de Rusia, biznieto del emperador Nicolás I y sobrino del zar Nicolás II. Era muy alto y de una belleza irresistible, pero de espíritu simple. Era como un niño. Después de la revolución, los bolcheviques lo encarcelaron en Crimea, pero no lo mataron, como a sus primos Romanov. Cuando los alemanes lo liberaron, se fue a París a vivir con su hermana, casada con el cerebro del asesinato de Rasputin.

Más de trescientas personas se quedaron sin poder entrar en la iglesia, y la

novia tuvo dificultades para abrirse paso y puso en serio peligro su vestido, que a punto estuvo de resultar dañado. Antes de la ceremonia, el príncipe firmó un contrato por el que aceptaba vivir del dinero de su mujer, pero renunciaba a cualquier derecho sobre sus propiedades.

En julio de 1933 el compositor judío de origen bielorruso Irving Berlin, considerado uno de los más grandes autores de canción ligera de la historia americana... ¿Recuerda «Cheek to Cheek», o «White Christmas», o «God Bless America»? Todas son suyas. Ay, perdone, no creo que en la Alemania de la época llegasen las canciones de un judío... pero seguro que luego en algún momento las ha escuchado. Pues, como le decía, en julio de 1933 el señor Berlin escribió una canción pensando en el enlace de Barbara con el príncipe Mdivani, «How's Chances», en la cual intenta describir los sentimientos de ella, siempre tan insegura, y con razón, sobre si los hombres deseaban estar con ella porque la querían o tan solo deseaban su dinero. La canción comienza así: «Dime, ¿qué posibilidades hay de que me ames de la misma manera que te amo yo?». Interpretada por Ella Fitzgerald es una maravilla. Escúchela si tiene ocasión.

Barbara Hutton era hija de Flanklyn Laws Hutton y de Edna Woolworth. Nació en noviembre de 1912 y cuando se casó con el príncipe Mdivani, tenía veinte años. Su madre había muerto cuando ella tenía cinco y le dejó cerca de sesenta millones de dólares, que sumados a los que le dejaron su abuela y su padre sería el equivalente, hoy, a más de dos billones de dólares. En los documentos oficiales constaba como ocupación «heredera filántropa». Dicen que la madre no murió de muerte natural, que se suicidó a causa de las infidelidades de su marido. Barbara la encontró muerta al llegar a casa con su institutriz. Desaparecida su mujer, el padre la abandonó y sus tíos y primos la acogieron. Era una niña introvertida, que no se relacionaba con los niños de su edad. Cuando cumplió catorce años, su padre, abrumado por la mala conciencia, le regaló un dúplex de veintiséis habitaciones en la Quinta Avenida de Nueva York, donde más tarde viviría con el príncipe.

En el baile de debutantes que la familia organizó cuando cumplió dieciocho años, en el año 1930, actuaron Maurice Chevalier y Rudy Vallée, y costó sesenta mil dólares, el equivalente hoy a ochocientos veinticinco mil

dólares, una verdadera fortuna para aquellos días en plena depresión. Las críticas fueron tan duras que la enviaron a dar una vuelta por Europa para alejarla del escándalo y de la prensa. Todo el mundo envidiaba su suerte y nadie habría imaginado la vida de victimización y abuso que le esperaba.

La fortuna de la heredera del imperio Woolworth era incalculable. Seguramente, cuando se casó con el príncipe, Barbara Hutton era la mujer más rica del mundo. Con motivo del compromiso, ella le regaló un lote de ponis de polo. Después, durante el año que estuvieron casados, el príncipe se compró un caballo cada semana. Durante el viaje de novios a Venecia, Alexis se queja de las excesivas curvas de Barbara, que había ganado mucho peso. Al parecer tenía unas piernas y unos pechos espectaculares, pero también diez kilos de más, al menos para el gusto del príncipe. Ahí comenzaron sus problemas con la comida. No tomaba más que tres tazas de café al día y adelgazó veinte kilos en tres semanas. Desde aquel momento sintió fobia a engordar y se acostumbró a comer un plato vegetariano cada tres días. Nada más. Finalmente, Barbara decidió ingresar en una clínica privada para estabilizar su peso, y cuando se reencuentran en el Gritti de Venecia, una abadía del siglo XV, duermen en habitaciones separadas. Ella escribe poemas y él bebe sin límite.

La vida sentimental de la pareja no termina de funcionar, en parte por los tejemanejes económicos del príncipe y sus hermanos, pero sobre todo porque Alexis quiere disfrutar de la vida y no le preocupa dejar a su joven esposa sola para pasarse días jugando al polo, su gran pasión. ¿Si alguna vez había estado enamorado? Quién sabe. De viaje en Inglaterra la dejó en el hotel Claridge sin demasiadas explicaciones y se entregó a este deporte, y ella, al ser consciente de la situación, ingresó en un sanatorio con una gran depresión. Prohibió todo tipo de visitas, incluidas las del príncipe. A él no parece que le afectara mucho, porque continuó jugando un par de días más. El padre de Barbara, de camino a Inglaterra a bordo del *SS Bremen*, llegó a tiempo para evitar una ruptura y calmar a las revistas del corazón, a las cuales declaró que Alexis era un gran jugador y un gran compañero. Por su parte, el príncipe comentaba a los periodistas que no entendía a qué venía tanto revuelo: «Ni bebo ni me drogo, lo único que me queda es el polo». Cuando le preguntan si regresará con ellos a Estados Unidos, contesta: «No. No podré, estaré jugando

al polo». Pero volvieron juntos y comenzaron una vuelta al mundo, aunque al principio separados. Ella embarcó en San Francisco hacia Japón a bordo del *SS Hikawa Maru* y él en Vancouver a bordo del *SS Tatsuta Maru*. El viaje sirvió para reconciliarlos y al regresar celebraron el cumpleaños de ella con una fiesta que les costó diez mil dólares. Él le regaló un brazalete de diamantes y dijo: «Espero que ahora todos se convenzan de que estamos felizmente casados». Poco tiempo después se divorciarían.

La princesa Barbara perdió su título en diez minutos, en Reno, en mayo de 1935, dos meses antes del accidente. Fue un divorcio rápido, muy de moda en la época. Ella había comprado el título de princesa, tan valioso en un país donde nunca ha habido reyes, y él se había asegurado una indemnización, en caso de divorcio, de cuatro millones de pesetas al cambio. «Es divertido ser princesa», solía decir.

En cuanto a Alexis, a pesar de haber sido recibido con gran ilusión por la alta sociedad estadounidense, cuando se divorció, las revistas del corazón escribieron que, pese a llevar el título de príncipe, su principado se reducía a una granja de cerdos en Georgia.

Al divorciarse del príncipe, Barbara Hutton anunció que nunca más se volvería a casar, «porque Alexis es uno de los mejores hombres que he conocido y, sin ninguna duda, el más noble». Un día después, sin salir de Reno, se casaba con el conde danés Kurt Haugwitz Hardenberg Reventlow. De princesa pasó a condesa. El conde, dos días antes, había negado rotundamente a la prensa de Nueva York que tuviera ninguna intención de casarse, porque era misógino. Lo era. Alto, de aspecto severo, diecisiete años mayor que ella, olvidó su misoginia con los regalos que ella le hizo, empezando por más de un millón de dólares el día de la boda. Pero la maltrató física y psicológicamente y le fue totalmente desleal. Ella decía que podría perdonar la infidelidad, pero no la deslealtad. Fue muy infeliz a su lado.

Cuando Barbara se enteró de la muerte del príncipe, simplemente dijo: «Lo lamento, pero no me sorprende. Lo esperaba. Conducía como un loco». Un año antes declaraba en las revistas del corazón que nunca habría imaginado una felicidad tan inmensa como la que vivía con su príncipe. Eso sí, no derramó ni una sola lágrima.

Barbara tuvo un hijo con el conde, Lance, que nació en febrero de 1936 y que ya adulto renunció a su nacionalidad estadounidense para convertirse en danés, tal vez al descubrir cómo había tratado la prensa a su padre cuando, poco después de la boda, con muy poco tacto, dijo que trasladarían su residencia a Europa porque en Estados Unidos había demasiados gánsteres. El matrimonio de Barbara con el conde no duró mucho, se divorció e inició una serie de querellas interminables con él por la custodia de Lance. También comenzó a consumir drogas a gran escala y a sufrir episodios de anorexia que se repetirían hasta su muerte.

Parece que Barbara Hutton se sintió muy próxima a los ideales nazis, seguramente influenciada por su amigo y último marido, el barón Gottfried von Cramm, quien, a pesar del apoyo a Hitler, acabó encarcelado por las autoridades alemanas por homosexual. Lo digo así, pero también he leído que el barón Von Cramm fue instrumentalizado como el ejemplo del deportista ario ideal, sin embargo él, a pesar de ser de familia aristocrática y servir en el frente de Rusia, sufrió muchas presiones por no querer colaborar con el régimen; la prisión por ser homosexual sería una de ellas. En todo caso, se le respetaba mucho en el mundo del tenis por su caballerosidad. Eso sí, a pesar de no colaborar totalmente con el régimen nazi, sí que era y se sentía profundamente alemán. ¿Por qué me mira así? ¿Qué he dicho? Ya sé que salto de un tema a otro, pero ya verá, todo tiene un sentido.

El verano de 1939 el Servicio Británico de Coordinación solicitó a un tal Archie Leach, más conocido como Cary Grant, que se relacionase con Barbara para investigar sus oscuros vínculos políticos. Esta relación terminó en matrimonio y le costó a ella mucho dinero, porque cuando su padre murió, el 2 de diciembre de 1940 en Carolina del Sur a consecuencia de una cirrosis provocada por su adicción al alcohol, la había desheredado porque no aprobaba su relación con el actor y espía.

Un año más tarde, el 3 de diciembre de 1941, Cary Grant y Barbara Hutton se comprometieron, pero no se casaron hasta el 8 de julio de 1942, poco después de que Cary obtuviese la ciudadanía estadounidense y hubiese cambiado legalmente su nombre, Archie Leach, por el de Cary Grant. El proceso que desembocó en la boda fue muy dificultoso porque el gobierno de

ocupación alemán en Dinamarca no acababa de anular el anterior matrimonio de Barbara con el conde Reventlow. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, se fue a vivir a California, dio dinero para ayudar a las fuerzas de liberación francesas y cedió su yate a la Royal Navy. Aquello sirvió para limpiar su imagen, después de los escándalos matrimoniales y su acercamiento a los nazis. Cary y Barbara tampoco fueron un matrimonio feliz. Tenían intereses divergentes y amigos diferentes. Eran conocidos como Cash 'n' Cary. A Barbara le gustaba gastar y a Cary, ahorrar. De resultas de esta situación, Barbara entró en un estado depresivo grave y comenzó a beber sin medida. En junio de 1943 el matrimonio se había acabado, y después de muchos intentos de reflotarlo, de separaciones y reconciliaciones, el 26 de febrero de 1945 anunciaron su divorcio. Poco después Lance, que entonces tenía nueve años, fue secuestrado por su padre y Cary prometió a Barbara que la ayudaría a encontrar a su hijo. De hecho, Cary había ejercido de padre de Lance y, pese a divorciarse de su madre, continuó haciéndolo hasta el momento de la muerte del joven, en 1972, cuando se mató en un accidente de avión y Grant ya se había casado y divorciado de Betsy Drake y de Dyan Cannon.

Después de la muerte de Lance, la salud de Barbara se deterioró mucho más de lo que ya lo estaba. Había sufrido anorexia, pero finalmente murió de un ataque al corazón el 11 de mayo de 1979 en Beverly Hills. Tenía sesenta y seis años. Telefoneaba a Cary todo el tiempo, día y noche, aunque ni siquiera sabía cómo se llamaba. Se había casado y divorciado en siete ocasiones y murió sola y olvidada. Su fortuna se reducía a tres mil quinientos dólares. Había contraído matrimonio con tres príncipes —el príncipe Mdivani, el príncipe Igor Troubetzkoi y el príncipe Pierre Raymond Doan Vinh—; un conde, Kurt Haugwitz Reventlow; un barón, Gottfried von Cramm; un actor, Cary Grant, y un *playboy*, Porfirio Rubirosa. El príncipe Doan, adoptado por la casa de Champasak, importante reino situado en ambas orillas del Mekong, fue su último marido, al que conoció en Tánger, donde vivió unos años en el palacio de Sidi Hosni, en la parte alta de la medina, en la Rue Amrah, enfrente del café BaBa. En Tánger frecuentó con asiduidad a Jane y Paul Bowles. En cuanto a Porfirio Rubirosa, decía que conocía veintiséis maneras de besar la mano de una dama, dependiendo de si quería llevársela a la cama, si se trataba

de su hermana, de la suegra o de la reina de Barataria. Revistas de la época decían que Porfirio estaba tan bien dotado que a los molinillos gigantes de pimienta de los restaurantes de París se los llamó, durante una época, «Rubirosas». Barbara Hutton, la pobre niña rica que se fundió los billones de Woolworth con vodka, siete maridos, numerosos amantes —entre ellos Howard Hughes, David Niven o Errol Flynn—, joyas y drogas, no fue feliz, pese a que le gustaba decir que vivir bien era su mayor venganza. Explotada por la mayoría de sus maridos, profundamente insegura, se refugió en las drogas, el alcohol y los *playboys*. Su situación de bancarrota se debió, al parecer, a su ingenuidad y su generosidad compulsiva.

Los tres príncipes Mdivani llegaron a estar casados con las mujeres más guapas y ricas del mundo, pero las dejaron plantadas ante el mínimo síntoma de aburrimiento. En pocos años los tres hermanos se casaron y divorciaron cinco veces: Mae Murray, Pola Negri, Mary McCormick, Louise Astor, Barbara Hutton. De repente Hollywood tenía tres princesas, las primeras, ¡y las tres se llamaban «princesa Mdivani»! Los príncipes montaban como cosacos, eran unos grandes bailarines y excelentes espadachines. Fascinaban a las mujeres. Eran inconstantes y generosos hasta límites inimaginables. Se cuenta que Serge regaló su esmoquin a un violinista para que pudiesen contratarlo en un cabaret. Era el más guapo y elegante de los tres hermanos, pero David era tal vez el más atractivo, con aquella cara de ángel y el pelo rizado. En cuanto a Alexis, de ojos verdes y cabello color del Sáhara, debía dinero a medio París y atravesaba situaciones económicas muy difíciles, pero en su mesa siempre tenía un plato a punto para los exiliados rusos pobres. Alexis lo hacía todo con pasión: el amor, el deporte, conducir o encontrar y perder fortunas en aventuras sentimentales. Aunque vivía de una manera que muchos consideraban amoral, el príncipe Mdivani era un mito en su época. Se rumoreaba que había tenido su primera experiencia sexual a los catorce años con la estrella del Folies Bergère, la célebre Mistinguett, la actriz mejor pagada del momento. En París, cuando se hablaba del príncipe, se decía que tenía ciento cincuenta pares de zapatos. Los tenía. Y además poseía ciento cincuenta trajes y ciento cincuenta sombreros. Era elegante, muy elegante y admirado en los círculos aristocráticos europeos por su sencillez y simpatía,

cualidades con las que todo el mundo estaba de acuerdo. Otra de sus características, qué ironía, era ser un excelente conductor.

Su hermana Roussy, como ya le he dicho, estaba casada con el pintor Josep Maria Sert y pasaba largas temporadas en Mas Juny, una casa grande y blanca, repleta de muebles napoleónicos de comienzos del siglo XIX, situada en un promontorio al fondo de la playa de Castell, entre pinos. Alexis estaba enamorado de esta parte de la Costa Brava y del ambiente que rodeaba Mas Juny, punto de encuentro de personas muy influyentes, tanto en el terreno político como en el cultural de la Europa de posguerra. Finalmente había logrado comprar el castillo de Sant Esteve, muy cercano a Mas Juny, al que llamó Mas Ponsckin. Lo decoró con banderitas de todo el mundo, con la de Georgia en un lugar de honor. Tenía pensado restaurarlo. El príncipe se bañaba cada mañana en las gélidas aguas del Mediterráneo con un pequeño bañador de piel de foca, y al atardecer recorría las fiestas mayores de los pueblos del Bajo Ampurdán, donde despertaba gran admiración entre las chicas, que le pedían fotografías, que él amablemente les dedicaba. Aún está muy presente en la memoria popular. De acuerdo, perdone. Ahora regreso al accidente.

Inmediatamente después de conocerse la tragedia, la hermana del príncipe se presentó en el cementerio municipal de Albons. Su marido, el pintor Sert, estaba en Venecia. La señora Sert se hizo cargo de las dos maletas que llevaban consigo los viajeros. No se sabe si ya entonces echó de menos un maletín lleno de joyas que llevaba la amante del príncipe. Sí, ha oído bien, joyas. ¿Dónde fueron a parar? Una cosa detrás de otra, no quiera saberlo todo de golpe porque no entendería nada y ¡esto es algo muy importante que merece contarse bien y cuando corresponda! Un campesino recogió una pistola grande, setenta y cinco balas y un duro, que entregó a las autoridades. La hermana del príncipe quiso llevarse el cadáver y las maletas, pero no se lo permitieron. Protestó porque lo tenían encima de un colchón viejo y sucio, y al ver que sus esfuerzos eran inútiles, permaneció inmóvil junto al cuerpo de su hermano.

Las personas que se acuerdan y quieren hablar de aquello le dirán que nunca habían visto a una mujer tan desesperada. Parece que la trágica noticia de la muerte de Alexis le llegó por teléfono, de un modo frío, brusco y cruel.

Quien telefoneó no estaba preparado para hacerlo, como no lo estaría casi ninguno de nosotros. No esperó a nadie. En medio de una profunda desesperación, cogió el coche y el camino de Albons. Cuántas veces lo había recorrido sola o acompañada con aquella despreocupación y ganas de vivir que la caracterizaban. Pero esta vez era diferente, pese a que albergaba la esperanza de un error, de un malentendido. ¿Y si su torpe informador se hubiese equivocado? ¿Y si quien estuviese en la clínica del doctor Coll fuese su hermano y no su amante? No, Alexis estaba vivo, lo presentía. Había un estrecho vínculo entre ambos y si él hubiese dejado de respirar, ella lo sabría.

Era un atardecer de agosto suave. Las nubes de levante habían aparecido con una promesa de lluvia y de cierto frescor. Avanzaba por la carretera de manera automática, inconsciente, como si fuese otro quien condujera, y una multitud de anécdotas vividas conjuntamente le venían a la memoria. Todos los recuerdos con él eran alegres, pensamientos felices, de una felicidad serena y al mismo tiempo apasionante. Así era Alexis. Para algunos, simple y superficial; para otros, generoso, inocente, aventurero, leal con la gente a la que quería, a pesar de la frivolidad de sus relaciones sentimentales. ¿Era frivolidad? ¿Era la época que les había tocado vivir? Ella sabía que cuando su hermano se había enamorado lo había hecho de verdad. Que en aquel momento preciso vivía su amor con intensidad y lealtad, pero también sabía que ninguno de sus anteriores amores era realmente sólido, como el que ella sentía por su pintor. La mayoría lo habían dejado con una enorme frustración y por esa razón había puesto fin a la relación. ¿Y este último? Antes de irse le había dicho que era el definitivo, que era el amor que lo ayudaría a vivir, de una manera adulta, el resto de su vida. Una vida que de alguna manera compartirían, al menos durante largas temporadas, porque él se había comprado una masía a pocos metros de la suya, Mas Juny. ¡Qué felicidad!

Albons en el horizonte, sobre un pequeño cerro. La recta. El coche. ¡Todavía está aquí! Es el suyo. ¿Quiénes son esos extraños que lo están manipulando? ¡Dónde está mi hermano! ¿En el cementerio? ¡Qué dice! ¿Lo han llevado al cementerio? ¿No está en Girona? ¿Por qué al cementerio? ¡Necesita un médico!

Las lágrimas no la dejaban conducir y un temblor que surgía de lo más

profundo de sus entrañas la paralizaba, pero tenía que llegar; él, vivo o muerto, estaba a pocos metros. Cuando entró en el minúsculo cementerio, con unas condiciones higiénicas deplorables, y vio a Alexis tumbado encima de aquel colchón viejo y sucio que habían puesto sobre una decrepita y maltrecha mesa de cocina, sintió que un rayo la atravesaba de arriba abajo, como si acabase de recibir un latigazo cósmico en plena cara. Era él. Parecía dormido. Había mucha sangre en su ropa. Los pantalones blancos estaban teñidos de rojo; su bello torso, desnudo, expuesto a la intemperie. En la base del cuello, cubierto de sangre seca, se entreveía un corte profundo. Lloviznaba. ¿Dónde está el médico? ¡Quiero hablar con el médico! ¡Quiero saber si se puede hacer algo! ¿Muerto? ¿Quién lo ha dicho? ¿Dónde está ese médico? ¿Por qué lo han dejado morir? ¿Por qué no han hecho nada? ¡Yo tengo suficiente dinero para llevármelo donde sea! ¡Criminales! ¿Ella está viva? ¡Qué más me da ella! Se entretuvieron demasiado, no tenían prisa por irse y yo no les avisé porque quizá tampoco quería verlos marchar. Parecían tan felices... Nunca había visto a mi hermano con esa mirada tan nítida y desbordante de felicidad. Era un riesgo. Lo sabía. No tenía medida. ¿Qué lo distrajo? ¿Un badén en la carretera? Imposible, él era un gran conductor, un simple badén en una carretera de mala muerte no puede haberlo destrozado. Su vida lo ha asesinado, no tenía límites, quería vivirla con una intensidad desmedida. Ella lo ha matado. Su pasión los sobrepasaba. ¿Desnudos? Hacía quince días que hacían el amor día y noche, en cualquier sitio... Ella me lo ha quitado. Me lo habéis quitado, me lo habéis matado. ¡Me lo habéis matado! Yo ya no puedo vivir. Pero no me confundáis. Él está aquí. Quiero estar con él. Me ha traicionado, me ha abandonado. Pero le quiero y no dejaré que se vaya. Estoy mareada, ¿pueden dejarme a solas con él? ¿Dónde está ella? ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo está?

Roussy insistió varias veces en que la dejaran llevarse el cuerpo de su príncipe. En un momento dado perdió los nervios y le soltó una bofetada al juez de paz de Albons, el señor Suñer. Pasó largos ratos abrazada al cuerpo frío de su hermano, sollozando, como si buscara el modo de fundirse con él, de irse donde él estaba. Finalmente, permaneció en silencio a su lado hasta las tres de la madrugada. Había comenzado a llover y le permitieron que lo

cobijara dentro de la ambulancia hasta que, al amanecer y después de practicada la autopsia, lo trasladaron en un furgón de la Cruz Roja a Mas Juny. Roussy fue incapaz de firmar el certificado de defunción. Lo hizo Salvador Dalí.

4

¿QUIÉN ERA ELLA?

«Me han entregado una fortuna.
Nadie me ha dicho qué debo hacer con ella».

EVGUENI EVTUSHENKO

Fred, no le he preguntado si me sigue porque habla muy bien español, ¡casi mejor que yo! Ya me contará cómo lo ha conseguido. Pero si hablo demasiado deprisa, avíseme. Ha sido todo tan rápido y tan imprevisto... Hacía mucho que ya no pensaba en esta historia. Sí, se ha hablado de ello, pero hay cosas que aún no se han dicho, y no puedo entender por qué. ¿Sabe?, cuando me telefoneó la directora del hotel Albons y me dijo que tenía alojada a una persona que quería hablar conmigo sobre el accidente y unas joyas, he temido que fuera otra vez un periodista fisgón en busca de un titular. Pero cuando me ha dicho que era extranjero, que me invitaba a almorzar y que tenía aspecto de un señor cultivado, me ha podido la curiosidad. ¡Y no me he equivocado! Me gusta hablar con usted, aunque aún no me ha dicho qué está buscando ni qué quiere.

Mira, Joan, te lo cuento porque es una historia que te gustará y tiene relación con Cataluña y el Ampurdán. Perdona, ¿te importa que te tutee? Me resulta más fácil. Sin proponértelo, formas parte de mi historia, y me cuesta entrar en temas personales haciendo cumplidos. Tal vez sea el efecto de este vino de la tierra de sutil aguja, tan aromático, ligeramente afrutado pero vigoroso. Cierro los ojos y percibo el aroma del mar... Por cierto, ¿te importa

que pida algo para picar antes de comer? Aún es pronto, y este vino, con el estómago vacío, me nubla la cabeza y no quiero perderme ningún detalle de la historia que nos ha reunido. ¿Que me agradeces la muestra de confianza? Hombre, pues yo también te la agradezco. Y, por cierto, te entiendo perfectamente, solo te pido que no cojas velocidad hablando cuando el tema te apasione... Es tu único defecto, hasta el momento. Venga, continuemos, si no te importa.

¿Sabes?, yo no soy extranjero del todo, y puede que eso también explique por qué he vuelto. Estudié español por amistad. Mi padre me hablaba siempre de un viejo amigo, profesor de español en Núremberg. Era de La Bisbal. Se me quedó el nombre porque *Bis Balt* en alemán significa «hasta pronto». Recuerdo algunas de sus postales en un alemán perfecto. Mi padre me contaba que su amigo era profesor de español, pero que su lengua era el catalán y su país, Cataluña. Era independentista y fue encarcelado durante los acontecimientos de octubre de 1934, porque apoyó activamente la proclamación del Estado catalán. Lo condenaron a treinta años de prisión y salió cuando las izquierdas ganaron las elecciones de febrero de 1936 y se restableció la autonomía. Tuvo suerte, a otros los mataron mientras se resistían a dejar las armas. Seguimos aquel asunto de cerca desde Núremberg. Todo lo que hacía referencia a Cataluña nos era familiar. Mi padre y el profesor se hicieron amigos, una amistad irracional. Ambos eran buenos conversadores, pero sus argumentos no podían estar más alejados. Ahora he sabido que los dos murieron el mismo año. Uno bajo las bombas británicas, el otro bajo la represión franquista, desangrado y solo en las montañas. Así que estudié español en honor al amigo de mi padre, y aunque no lo he practicado mucho, ahora me sirve para entenderme con la gente y los periódicos.

Pues yo, Fred, soy un negado para los idiomas, y mira que me habría gustado dominar alguno, porque me encanta conocer extranjeros. Sois como una ventana al mundo. ¿Sabes?, una vez me enamoré de una hippy americana. ¿Cómo ocurrió? Ya te lo he dicho. La imagen de la mujer del accidente se me quedó grabada para siempre, y su melena rubia, su piel tan blanca y sus ojos claros y luminosos me recordaban a ella. Eso sí, nada que ver. No duramos mucho porque no sabía cocinar. Un día puso una col, un par de patatas y un

puñado de cebollas y zanahorias en la olla... ¡sin agua! Quita, quita... Con lo que me gusta a mí comer bien.

¿Ella? ¿Que quién era ella? ¿La hippy? ¡Ah, sí, la del accidente! No es el príncipe quien te ha traído hasta aquí, ya lo verás, es ella.

La verdad es que a los del pueblo nos importaba poco quién fuera ella. Ni siquiera sabíamos mucho de él. Pero la suntuosidad del coche, la aparatosidad del accidente, el príncipe decapitado y la desnudez de su compañera se convirtieron en el tema central de todas las conversaciones. Al día siguiente los periódicos publicaban la noticia y aventuraban nombres diversos. Ninguno de ellos acertaba. Se dice que *La Vanguardia* lo supo desde el primer momento, pero que enmascaró el nombre por prudencia. El hecho es que cada día escribía uno distinto: This, Tiss, Sussy, Maud, Porniensies o Bosnemiescu. El 3 de agosto, en la página dos, el periódico publicó un reportaje fotográfico del accidente, acompañado de una pequeña reseña, ¿quieres verlo? Conservo muchos recortes de prensa.

En las cercanías de Albons, Girona, un grave accidente de automóvil puso fin a la vida del príncipe Alexis. La señorita que le acompañaba sufrió heridas de importancia. El príncipe Mdivani era muy conocido. Había nacido en Georgia (Cáucaso).

Hace unos años se divorció de la norteamericana Barbara Hutton, heredera de los millones de Woolworth. En nuestra fotografía aparece el príncipe acompañado de Barbara Hutton. (Fotos Keystone).

Sigue. En la página seis, en el epígrafe «Las Comarcas», hay más detalles. Y mira también *La Vanguardia* del domingo 4 de agosto. Verás una fotografía del coche accidentado.

Nuevos detalles del accidente que puso fin a la vida del príncipe Alexis Mdivani. Se conocen más detalles del accidente de automóvil ocurrido ayer, a última hora de la tarde, en las cercanías de Torroella de Montgrí y que puso fin a la vida del príncipe Mdivani, que acompañaba en su coche a la baronesa Maud von This, de nacionalidad alemana. Esta señora tenía que tomar el expreso de París en Perpiñán para trasladarse a esa capital, donde debía asistir a una fiesta de sociedad.

Parece que a causa de la gran velocidad del vehículo, este, al llegar a un profundo badén de la carretera, patinó y acabó chocando contra un árbol, al tiempo que, por efecto de la rápida pendiente, daba unas cuantas vueltas de campana. Los dos ocupantes

quedaron atrapados bajo el vehículo, de donde fueron sacados unos momentos después por unos labradores que presenciaron el accidente desde los campos que flanquean la carretera.

El príncipe Alexis, que iba fuertemente agarrado al volante, tenía profundas heridas en el cuello, producidas por el cristal del parabrisas. Estas heridas eran mortales de necesidad. La señora Von This presentaba fractura de la base del cráneo y numerosos cortes en la lengua, por efecto del impacto, y su estado era gravísimo. Esta tarde, incluso después de la intervención quirúrgica, continuaba en estado gravísimo.

El príncipe Alexis y la baronesa Von This pasaban unos días de descanso en la finca Mas Juny, en compañía del pintor Salvador Dalí, gran amigo del príncipe.

Al lugar del accidente acudió, inmediatamente después de que le avisasen, el juez de Palamós, que procedió al levantamiento del cadáver del príncipe Alexis, tras haberlo identificado.

A causa de su estado, y como tenía inutilizada la lengua, el juez aún no ha podido tomar declaración a la señora Von This.

Esta mañana el juzgado de Girona se ha trasladado a Albons para presenciar la autopsia del cadáver de la víctima de este accidente, esperando que se conceda la autorización para trasladarlo a la capilla ardiente, preparada en el Mas Juny por orden del señor Sert, que ha llegado procedente de Génova, donde tomó un avión al tener noticia del accidente. Se supone que el cadáver del príncipe Mdivani recibirá sepultura en el cementerio de Palamós.

La noticia del triste accidente ha sido comunicada al señor Von This esta mañana, con toda clase de precauciones.

Como dato curioso, cabe señalar que el juzgado, al realizar la inspección ocular del vehículo siniestrado, comprobó que la aguja del cuentakilómetros marcaba la velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora, aunque es posible que esta posición la hubiese adoptado como resultado del choque. No obstante, todos los testigos presenciales del accidente afirman que el choque con el árbol se produjo por exceso de velocidad del vehículo, que no pudo ser dominado por su conductor. Corresponsal.

¿Ves? Lo que te decía, hablan de una tal baronesa Von This y más adelante la bautizan como baronesa Maud de Haiss. Enseguida llegaron desmentidos de Berlín diciendo que no existía ninguna baronesa This. ¿Has visto?, también se equivocan con el nombre de él. Pero, espera, ¡tenía los recortes ordenados! Tengo que encontrar el del día 4 y ahora no lo veo. ¡Aquí lo tienes! También es de *La Vanguardia*.

Del accidente de automóvil ocurrido el jueves: la señora que acompañaba al príncipe Alexis Mdivani cuando sucedió el accidente que puso fin a la vida de este y que resultó gravemente herida no se llamaba, como dijimos en un principio, baronesa Maud van de

Haiss, sino Maud von Thyssen-Pornienssies, y es la esposa de un descendiente del famoso financiero alemán Karl Thyssen, uno de los fundadores del Partido Católico del Centro.

Parece que Karl Thyssen tuvo tres hijos. Uno de ellos se estableció en Hungría y allí obtuvo el título de barón. Un hijo de este es el marido de la señora que resultó herida en el accidente.

Hemos sabido que la baronesa Maud tenía la intención de divorciarse de su marido para casarse con el príncipe Alexis. Esta señora continúa en estado grave.

Pues sí, señor, la esposa del barón Heinrich von Thyssen era la amante del príncipe. Los periodistas no dan ni una, y por este motivo no me creo que se equivocasen por una cuestión de discreción. El nombre correcto es baronesa Maud Thyssen Bornemisza, nacida en Thorn, Hungría, el 17 de mayo de 1909. En su pasaporte consta como casada y rentista.

El padre del barón no se llamaba Karl, se llamaba August, y no tuvo tres hijos, sino cuatro, tres chicos y una chica: Fritz, el mayor, August, Heinrich y Hedwig. Los tres primeros nacieron con un año de diferencia: en 1873 Fritz, en 1874 August y en 1875 Heinrich. Hedwig nació en el año 1878 y se sabe más bien poco de ella, tan solo que tuvo dos maridos y un hijo natural que llevaba su apellido. En las historias de la familia, Hedwig apenas se menciona y parece que el motivo es que August siempre sospechó que no era hija suya. Quizá por eso los periódicos también se olvidaron de ella. Cuando al cabo de un par de años, si no me equivoco, su mujer volvió a quedar encinta, esta vez claramente sin tener él arte ni parte, se divorció de ella.

En el momento del accidente, la familia Thyssen era una de las más poderosas del mundo. El primer Thyssen del cual se tiene noticia era campesino. En el año 1889, cuando el marido de Maud tenía trece años, Thyssen & Co poseía treinta y cuatro millones de metros cuadrados de minas de carbón y era la empresa minera más grande de Alemania, y al cabo de diez años, en el año 1899, era la productora de acero más grande del país. Para que te hagas una idea, en el año 1889 tenía dos mil trescientos cinco trabajadores, y por lo que he visto buscando un poco de información —sí, ya lo sé, la curiosidad histórica me pierde—, muchos de estos trabajadores eran niños. En 1912 ya tenía veintiséis mil.

¿Sabes que, sin proponérselo, August padre fue quien inició la colección

de arte que ahora es tan famosa? Por cierto, los actuales barones y propietarios de la colección viven a pocos kilómetros de aquí. Sí, Heini, que ahora está casado con una actriz catalana que fue miss España. En 1900, cuando August viajó a la Exposición Universal de París, conoció a Rodin y lo visitó en su estudio en diversas ocasiones. No se sabe si le impresionó más el escultor o sus modelos, porque solía decir que nunca había visto tantas mujeres desnudas. El hecho es que, además de por las modelos, también se interesó por las esculturas y prometió que volvería y le compraría unas cuantas. Cinco años más tarde, Rainer Maria Rilke, sí, el poeta, por entonces secretario de Rodin, le escribió una carta recordándole sus promesas, y August, hombre de palabra, compró las tres primeras esculturas de mármol por cincuenta mil francos franceses. Llegó a adquirir siete por un precio total de ciento cuarenta y cinco mil francos. No compró ninguna otra obra de arte. Fue su hijo Heinrich quien, en parte influenciado por Maud, continuó comprando arte.

Heinrich había estudiado en las universidades de Múnich, Berlín y Heidelberg, donde en el año 1900 hizo un doctorado de química en la Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas. También estudió filosofía en la Universidad de Londres. Como el resto de hermanos, tenía mala relación con su padre, austero y puritano, y con reputación de tacaño. Refiriéndose a sus hijos, August decía que todas sus esperanzas se habían desvanecido porque pretendían —y lo conseguirían— utilizar sus éxitos de la manera más indigna e increíble. Heinrich deseaba trasladarse a Cambridge, quería estar lejos de la familia y de todos los negocios familiares, adquirir una nueva identidad. Su obsesión era entrar en el servicio diplomático porque, pese a ser muy rico, no gozaba de una buena posición social. Quizá por eso decidió casarse con la baronesa Margit Bornemisza, atractiva pero poco inteligente. Dicen que estaba enamorado de ella, no lo niego, pero el hecho es que también dicen que se vio obligado a huir precipitadamente de Londres porque había incumplido el compromiso de casarse con una bailarina con la que se le relacionaba.

¿Lo ves? Se critica mucho a los hermanos Mdivani por vender su título aristocrático, rancio pero auténtico, y por ser unos cazadores de dotes, pero una persona de la posición del barón Thyssen actuaba de la misma manera, o

aún más rocambolesca. Acceder al título de barón no fue fácil. Su futuro suegro lo adoptó porque estaba arruinado, no tenía ningún hijo varón y, gracias a la adopción, al cambio de nacionalidad y a una suma de dinero que tuvo que pagar al Imperio austrohúngaro —en aquellos momentos, escaso de liquidez—, pudo acceder al título para él y para todos sus descendientes. Así pues, acabó casándose con su hermana. Dicen que su esposa, Margit, la misma noche de bodas arrojó por la ventana su alianza, indignada al saber que el recién estrenado barón tan solo estaba dispuesto a pagar una pensión a sus padres de mil quinientos *reich marks* cada mes. ¿A cambio de qué? ¡Del título de barón, hombre! El matrimonio, pues, comenzaba con mal pie.

El barón Heinrich Freiherr Thyssen-Bornemisza de Kászon et Impérfalva, este era su nombre completo, quiso reconducir la situación y compró una finca de dos mil hectáreas en Hungría, con un castillo, Rohoncz, de trescientas sesenta y cinco habitaciones, para vivir con su mujer y sus suegros y cuñadas, una de ellas, por cierto, locamente enamorada de él. Después del Tratado del Trianon del año 1920, que dividió los territorios del vencido Imperio austrohúngaro, el castillo de Rohoncz quedó integrado en Austria y el barón Thyssen, de nacionalidad alemana, ciudadano holandés, residente en Suiza y con una baronía en Hungría, se convirtió también en ciudadano austríaco, hecho que le permitió cultivar una cierta confusión sobre su verdadera nacionalidad cuando le resultó conveniente. Los aliados habían proclamado una y otra vez el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» —los pueblos que conviene a los poderosos en cada momento—. Pero esta vez les sirvió para dividir un vasto territorio, con más de cincuenta millones de habitantes y catorce lenguas oficiales, con un total menosprecio por la voluntad de sus ciudadanos. Hungría quedó reducida a menos de una tercera parte y, además, unos tres millones de húngaros que vivían en los territorios segregados por el tratado fueron obligados a adquirir otra nacionalidad.

Heinrich y Margit tuvieron dos hijos y dos hijas y terminaron divorciados después de un proceso de seis años. Siempre me ha llamado la atención cómo se van repitiendo los modelos de comportamiento dentro de los núcleos familiares, especialmente los más malévolos. Mi padre siempre decía que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. El

abuelo August menospreció a su hijo mayor, Fritz; el barón menospreció a su hijo Stephan, atractivo e inteligente. Tampoco tenía buena relación con su hija Margit y albergaba dudas sobre si Heini, a quien consideraba un blandengue, era hijo suyo. De hecho, su madre no quería tenerlo e intentó abortar. En cambio, sentía una gran pasión por su hija pequeña, Gabrielle, a quien durante más de treinta años llamó «*Baby*». La familia residió unos años en el castillo de Rohoncz y luego se trasladó a La Haya, donde el barón se ocupaba de algunos negocios familiares, especialmente del Bank Voor Handel en Scheepvaart (BVHS), que más adelante tendría al Partido Nazi como cliente. Se consideraba un caballero superior al resto de industriales, pero, a pesar de la gran riqueza cultural de la Alemania de la época, él no tenía ningún interés por la cultura y aún menos por el arte. Poco a poco se fue distanciando de su esposa, que se quedaba en Holanda, y pasaba largas temporadas en Berlín o en los balnearios de moda en aquella época. Muy pronto se le conoció una amante, Lisa Abel, hija de un sereno, que compaginó con su inclinación por el *champagne* y por todo tipo de alcohol. Lisa desapareció pronto de su vida, pero su afición a la bebida lo acompañó hasta el final, cuando ya no quedaba nadie a su lado. En 1925, un año antes de su divorcio, ya era alcohólico, una circunstancia que contribuyó a agravar su mal carácter. Se separó de su primera mujer en el año 1926 y se divorció en 1932, después de un largo proceso.

Joan, a ver, para un momento, que me pierdo. Supongo que todo esto me lo cuentas porque después de este divorcio apareció Maud, la que luego sería la amante del príncipe y la causante de todo el embrollo, ¿verdad?

Fred, confía en mí. Ya sé que tengo tendencia a irme por las ramas, pero hay tanta gente implicada y tantos intereses que si no te cuento un poco el contexto, la historia pierde sentido. Como ya te he dicho, al final todo esto es el retrato de una época y de dos mundos completamente diferentes. Uno rural y pobre pero feliz, y otro de un lujo extremo pero cargado de problemas y contradicciones. A ver si no pierdo el hilo. ¿De qué estábamos hablando? O mejor dicho, ¿de qué quería hablarte? Ah, sí, del arte. Pese a su escaso gusto

artístico y su desinterés por la cultura, el barón comenzó a comprar obras de arte como negocio, aconsejado por el barón Eduard von der Heydt y aprovechando las condiciones de la época, porque después de la Gran Guerra, mucha gente se había arruinado y necesitaba vender sus colecciones. El barón también supo aprovechar el crac del 29 para comprar arte a americanos en la ruina, y siguió comprando, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban. No miraba la calidad y compraba sin ver los cuadros. Uno de los primeros que adquirió, *Cupido soplando una pompa de jabón*, un Rembrandt, le decepcionó tanto que cuando lo recibió dijo que era una pintura afeminada y una romántica memez. ¿Cómo se puede reaccionar así ante un Rembrandt? ¿Cómo se puede tener tan poca sensibilidad? Una obra de arte de esa categoría puede gustar o puede no gustar, pero, al margen de la vista, hay otros sentidos que cuentan. Un pintor ampurdanés que vive muy cerca de aquí me dijo un día que Nietzsche escribió que el arte existe para impedirnos morir por los efectos de la verdad. Quizá por eso a mí, que no sé nada y que no soporto las verdades enmascaradas, me gusta tanto. Tengo un cuadro en el comedor, un caballo dibujado al carboncillo. Es un dibujo de Dalí. Me lo regaló porque ayudé a Gala con mi pomada. No, no soy médico, pero heredé de un farmacéutico una fórmula que cura distintos tipos de dolor. Pues lo que te decía, cada vez que observo el dibujo de Dalí o que voy a una exposición, siento como si de alguna manera pasase al otro lado del espejo, como Alicia en el País de las Maravillas. Se abren puertas y ventanas que ni siquiera sabía que tenía. Y las tenía, pero cerradas. Siempre he pensado que el artista expresa en su arte el conflicto de sus emociones, y aunque la obra no me guste, intento entenderla. Y te confieso que hay un antes y un después en mi vida a raíz de haber disfrutado de ciertas maravillas. Es como enamorarse.

¿Que yo no sé nada de eso? ¡Y tú qué sabes! Te he mencionado la historia de la hippy porque no fue nada, más bien una pesadilla. Mira, yo, un modesto historiador local sin oficio ni beneficio, sé más de lo que parece de sentimientos y emociones. Por cuestiones que ahora no vienen al caso, he tenido la gran suerte de conocer a pintores, escritores y músicos que se han enamorado del Ampurdán. El bar de Albons ha servido un montón de comidas a gente que muchos personajes de alto nivel querrían tener sentada a su mesa.

Esa ha sido la gran suerte de mi vida. No he visto mundo, pero el mundo me ha venido a ver sin que yo hiciera nada para lograrlo. ¡Incluso has venido tú! Continúo, si no te importa.

Fue el barón Eduard von der Heydt quien presentó a Maud Feller al barón Thyssen, y al cabo de muy poco, en 1932, se casaron, y así se convirtió en la segunda baronesa Thyssen. Se llevaban treinta y cuatro años. Sí, Maud, la amante del príncipe Mdivani. Nacida en Hungría como Else Zarske, de padre desconocido, emigró con su madre y su abuela a Berlín, donde se unió al grupo el sargento Feller, que la adoptó y le dio su apellido, y allí se convirtió en «la bella mariposa» Ilse Maud Feller. Maud era joven, rubia, con ojos de un color verde azulado transparente, esbelta, glamurosa, con una gran figura, dulce, risueña y muy guapa. La vi en muy malas condiciones, justo después del accidente, y la volví a ver cuando vino a Albons, al salir de la clínica, y pese a que aún eran visibles los estragos de la tragedia, te aseguro que era muy guapa, de esas de las que mi padre decía que plantaría unas cuantas en el huerto. Cuando conoció al barón, trabajaba en una pequeña galería de arte y era muy popular por su simpatía y porque era una vendedora hábil. En aquellos tiempos estaba considerada una de las mujeres más hermosas y elegantes de Berlín.

El barón Von der Heydt quería vender obras de arte al barón Thyssen porque se llevaba una comisión importante, y también quería venderle una mansión en el lago Lugano, en Suiza, Villa Favorita, operación para la cual utilizó a Maud para conseguirlo. Maud lo convenció para volver a comprar arte y la casa. Villa Favorita costó casi cuatro millones de francos suizos, una fortuna que el barón Thyssen obtuvo con la venta de un solo cuadro, el *Pierrot* de Jean-Antoine Watteau. Cuando se marchó de Berlín, las crónicas de sociedad decían que la ciudad había perdido a la bella, ingeniosa y adorada Maud Feller, y con ella a una de las personalidades más apreciadas de aquel tiempo. He leído que poseía un gran magnetismo personal, y tengo que confesarte que un día, hojeando revistas, encontré una fotografía en que se la veía envuelta en un abrigo de visón blanco y con una gran sonrisa que nunca he podido olvidar. ¿Enamorado? Pues la verdad es que puede que sí, y me parece que, de algún modo, ella ha marcado toda mi existencia. Era una locura, un ser

totalmente fuera de mi alcance; vaya, que no sé ni para qué te lo cuento. Es una de esas cosas que te pasan una vez en la vida y que no olvidas nunca. Incluso hablar de ello, ahora, es ya una tontería. Así que no me pinches más. Digamos sencillamente que tenía un gran atractivo, que yo era un niño y que ahora me acuerdo de ello porque hablo contigo. Basta. Tema zanjado.

Poco después de casarse, Maud ya menospreciaba a su marido, al que consideraba un «viejo desfasado». Durante el breve tiempo que duró su matrimonio, hizo todo lo posible por aumentar la calidad de la colección Thyssen y, de paso, por ayudar a su amigo el barón Eduard von der Heydt. ¿Que si ella también se llevaba alguna propina? Yo no estaba presente.

En 1934 compró *Grupo familiar con criado negro ante un paisaje*, de Frans Hals, una obra maestra, una de las mejores pinturas de su colección. También adquirió un Caravaggio, gracias a la ayuda de Mussolini, a quien conocía y que le permitió sacar el cuadro de Italia sin problemas. Lo compró por catorce mil dólares, precio realmente irrisorio en la época, y leí que hoy valdría entre cincuenta y sesenta millones de dólares. Mientras estaba con Maud, también adquirió dos Goyas y un Velázquez, aunque este último era al parecer una copia tan chapucera que adquirirlo fue una frivolidad de quien compra sin prestar atención, simplemente pensando en el negocio. Y ni así, porque ya me contarás qué clase de negocio es ese. Yo lo llamaría más bien estafa. Este no fue el único fraude que sufrió el barón en cuestión de arte. Hay otros. Y tampoco podemos olvidar que algunas de las obras que compró a buen precio formaban parte del expolio nazi a los judíos. Perdona, estoy hablando de tu país. Discúlpame si te molesta, pero ahora ya se sabe que fueron muchas, cientos de miles, las obras que se vieron afectadas, y por eso hablo de expolio. De este asunto no habla nadie, pero es así.

¡Y Maud conoció al príncipe Mdivani! Lo ves, ya hemos llegado. A pesar de que no soportaba al barón, Maud no tenía previsto, al menos tan pronto, buscarse un amante. Ser la baronesa Thyssen tenía la desventaja de tener que aguantar el mal carácter y el alcoholismo del barón, que encima padecía gota, pero era muy rentable para ella, una emigrante húngara en Berlín, con mucho glamur pero escasa fortuna. Ya se sabe, el amor es lo que tiene, llega cuando menos te lo esperas o, en este caso, cuando menos te conviene. ¿Amor? Pues

parece que esta vez sí, y el del príncipe era un amor correspondido. Ahora es difícil decir qué futuro habrían tenido juntos, teniendo en cuenta su historia, breve, porque ambos eran muy jóvenes, pero rebosante de aventuras y desventuras sentimentales. Así pues, mientras Alexis y Maud hacían el amor en París y en la Costa Brava, el barón Thyssen fabricaba armamento para Hitler. Él, que era muy hábil, lo hacía indirectamente, pero su hermano Fritz no se escondía e incluso llegó a ocupar puestos de responsabilidad en el Partido Nazi, aunque al final cayó en desgracia y, después de pasar por un campo de concentración, tuvo que exiliarse a Argentina.

Dicen que la baronesa quería aprovechar su precipitado viaje a París para aclarar las cosas y pedir el divorcio. Una precipitación que no se entiende del todo. Hay quien asegura que fue su dama de compañía quien la llamó, al saber que el barón regresaba de su viaje antes de lo previsto. Otras versiones cuentan que fue el propio barón quien la telefoneó con órdenes estrictas de que ella y sus joyas, de un valor incalculable, volviesen a París lo antes posible. Nunca lo sabremos, pero el hecho es que aquella tarde de verano Maud se disponía a regresar a París y que en su equipaje había un maletín con joyas.

5

EL TRIÁNGULO MISIA, SERT, ROUSSY

«Dad palabras al dolor. La desgracia que no
habla murmura en el fondo del corazón,
que no puede más, hasta que lo quiebra».

Macbeth, WILLIAM SHAKESPEARE

Me impresionó tanto la reacción desesperada de la hermana del príncipe Mdivani en el cementerio el día del accidente que quise entender la verdadera dimensión de sus sentimientos. Quería saber cómo era, qué había hecho en la vida, su relación con el príncipe. Tengo dos fotografías suyas, una en Mas Juny con Alexis, joven, risueña, pletórica de felicidad, y otra un año más tarde, en la que los ojos han cambiado de expresión. Tiene una mirada perdida, casi en blanco. Vestida de negro, con un fular claro, parece que tenga treinta años más. Es la metáfora de la desesperanza, de quien ya no espera nada de la vida porque carga con un peso enorme sobre los hombros, imposible de soportar mucho más tiempo.

Me costó un poco seguirle la pista. Después del accidente, de ella no hay más que algunas referencias de terceros, comentarios sobre su precario estado físico y mental.

Su nombre completo era Isabelle Roussadana Mdivani, princesa Mdivani, conocida como Roussy, nacida en Georgia el 7 de julio de 1906. En el momento del accidente acababa de cumplir veintinueve años, uno menos que el príncipe. En una fotografía tomada pocos días antes de la tragedia, junto a

su hermano, está exultante. Ambos visten pantalones cortos de color blanco y jerséis de manga corta. De rayas ella, blanco él. Parecen felices y relajados.

Roussy vivía con su padre y su hermana Nina en un pisito del bulevar Montparnasse de París. Era escultora. Rubia, alta y estilizada, y muy elegante. Su hermana Nina era una belleza canónica. Roussy era una belleza original. Más tarde, Coco Chanel la vistió con sus colecciones, que resplandecían en aquel cuerpo perfecto y funcionaban como fantásticos reclamos publicitarios para la modista. Cuando conoció a Josep Maria Sert en el año 1925, ella tenía diecinueve años y ya era una belleza caucásica, y él estaba casado con Misia Godebska. Precisamente ha sido en un libro de memorias de Misia donde he encontrado detalles de la vida de Roussy.

Mira, Fred, aquí necesito una pausa para ordenar un poco las ideas. A nuestra edad ya no somos lo que éramos, y esta historia es bastante enrevesada. Todavía debe de serlo mucho más para alguien a quien todo le resulta desconocido, que como aquel que dice acaba de conocer a unos personajes que no dejan de relacionarse con gente conocida y protagonizan hechos históricos. Yo hace casi sesenta años que vivo con ellos, que son mi entretenimiento y que, dicho sea de paso, han sido los que me han abierto las puertas de la curiosidad. Han hecho que me interesara por temas que nunca me hubiese imaginado que existían. ¿Por qué he buceado de ese modo en esta historia? Pues mira, nunca lo había pensado. Quizá para vivir. Vivo en Albons, pero mi pensamiento navega por la Europa de los años treinta. Tengo tanta información, he buscado tanto que últimamente acaricio la idea de hacer algo con ello. El ayuntamiento tiene una colección de libros de historia local muy interesante, pero esto va más allá de Albons y del Ampurdán. Ya veremos. No olvides que soy historiador, autodidacta pero historiador, y he conocido a algunos de estos personajes de los que hablábamos, de estos artistas, guiado por el señor Dalí. Su dibujo del caballo del que te hablaba, que tengo colgado en el comedor de casa, todo el mundo piensa que es falso. Incluso los ladrones. No entienden cómo puede ser que en un pueblo como este y en aquel comedor oscuro y lúgubre que nunca utilizo esté colgado un Dalí. Digo ladrones porque un par de veces han entrado en casa. Es muy fácil, por cierto, porque siempre dejo la puerta abierta. ¿Ladrones que no reconocen un Dalí?

Pues ya ves, sí. Tengo que aclarar que al menos en una ocasión una vecina los vio salir precipitadamente con unas botellas de vino en una caja. Eran tres gitanas. ¡Qué sabían ellas de pintura!

¿Pedimos? ¿Que elija yo? ¡Qué responsabilidad! Nada de paella, que no es de aquí. Trae arroz a la cazuela, guapa, que la cocinera lo hace como lo hacía mi madre. Es negro y un poco caldoso, pero no te creas, no es negro por la tinta de la sepia. Aquí solo lo preparan con tinta los restaurantes perezosos y los que tienen prisa. El arroz negro del Ampurdán lo hacemos quemando el sofrito, poco a poco, con mucha paciencia, y si es posible con arroz de Pals, que no se pasa nunca. Mi madre se metía en la cocina de buena mañana. Todo lo hacía a fuego lento. ¿Te animas? ¡Pues adelante! Guapa, tráenos también una ensaladita de cebolla y tomate para ir empezando, que el arroz aún tardará un buen rato. Estas anchoas que hemos comido con el vino estaban muy buenas pero un poco saladas. La ensalada nos va a venir muy bien, ¡y seguro que nunca has comido unos tomates como los del Ampurdán!

¿Cómo se conocieron Sert y Roussy? Fue en una visita de ella al taller del pintor de la Rue de Sèvres, por casualidad. Era casi una niña, muy delgada, con el pelo corto de un rubio nórdico, vestida rabiosamente a la moda, una mirada cortante y de maneras exquisitas y principescas. En aquel momento Roussy trataba de abrirse camino en la escultura y trabajaba en el busto del actor japonés Sessue Hayakawa. De hecho, era un actor estadounidense de origen japonés. Buscando he encontrado que fue el primer *sex symbol* de Hollywood, años antes que Rodolfo Valentino. La tal Roussy ya sabía lo que se hacía desde muy jovencita. Misia la describe en su autobiografía como una persona bulliciosa, charlatana y siempre de buen humor, en evidente contradicción con otras versiones que la definen como inestable, de carácter débil y adicta a la morfina. Para mí ambas descripciones no son contradictorias, sino que corresponden a épocas diferentes, marcadas por la muerte del príncipe.

No tenía contactos en los círculos artísticos e, impresionada por la obra de Sert, decidió acudir a verlo, enseñarle su escultura y pedirle que fuera su

mentor. Sert, conmovido por su aparente fragilidad, su encanto poco común y sus enigmáticos ojos grises, le cede un rincón en su estudio y la guía en su tarea escultórica. Roussy, con su mono al hombro y su simpatía, lo seduce. Él está acostumbrado a este tipo de juegos, pero esta vez intuye peligro. Ya no es joven, tiene cincuenta años, y Roussy es un regalo que le ofrece la vida. Un regalo tan excepcional como inesperado. La juventud y la ligereza de Roussy lo rejuvenecen, su espontaneidad lo emociona, su apariencia lo halaga y su admiración incondicional lo apacigua. Sert encuentra a Roussy deslumbrante.

Pero Sert es un hombre casado y no con cualquiera, ¿te acuerdas? Lo estaba con Misia. ¿Quién era Misia?

Un momento, que voy a buscar su nombre completo. ¡Aquí está! Maria Sofia Olga Zenaida Godebska nació en San Petersburgo en el año 1872. Estuvo casada con Thadée Natanson, fundador de *La Revue Blanche*, Alfred Edwards y el pintor Josep Maria Sert. Abandonada por sus tres maridos, murió en el año 1950. Musa de Toulouse-Lautrec, inspiradora de Gilberte Swann, personaje importante de *En busca del tiempo perdido* de Proust, amiga y protectora de Mallarmé, Valéry, Blum, Renard, Ravel, Picasso, Colette, Apollinaire, Zola, Clemenceau, Renoir, Ravel, Dreyfus, Gallimard, Ibsen, Gide, Cocteau y Vallotton, por citar algunos, reúne en sí misma, como puedes ver, el movimiento cultural del París de los años veinte. Algunos la hicieron vivir por siempre en sus obras pictóricas, literarias o musicales. Aparece en diversos libros de Cocteau y de Mirbeau, y Ravel, su gran amigo, le dedicó numerosas piezas. Ahora solo me vienen a la cabeza su *Valse* y *Le Cigne*. ¿En qué libros de Cocteau? Mi memoria ya no es lo que era, pero me parece que sale en *Los monstruos sagrados* y, eso sí, en *Thomas el impostor*, donde inspira al personaje de la princesa..., no me acuerdo del nombre... Bormes, sí, llevas razón, la pianista que tiene una única obsesión: disfrutar de la vida y de sus placeres, igual que ella. Modelo favorita de Renoir, la inmortalizó en cuatro cuadros famosos, en los que su belleza brilla de un modo extraordinario. A mí me gustó mucho un retrato de Vallotton que vi una vez en el Museo de Orsay, en París, *Misia à sa coiffeuse*. Algunos dicen que no era una gran belleza, pero que poseía un encanto irresistible. En todo caso era una belleza singular. Estaba rellenita y siempre iba peinada con un moñito alto que

descansaba sobre un recogido ahuecado. Los franceses los llamaban del tipo «*brioche*», ya sabes, los *brioche*s típicos que tanto les gustan, y que a mí me parecen insulsos. Vestía con ropa vaporosa y grandes escotes y no le gustaban las joyas. ¿Por qué lo sé? Porque lo he leído y he visto fotografías de muchos cuadros que ella inspiró. Me gusta mucho el arte, no lo olvides. Tenía fama de coleccionar genios y todos estaban locamente enamorados de ella. Era inconformista, una gran pianista, sensible e inteligente, amante de las artes y de carácter complicado, y no aceptaba que alguien tuviese una concepción de la vida diferente a la suya. Sí, era tan buena pianista que acompañó muchas veces a Caruso.

La amiga más próxima a Misia era Coco Chanel, diez años más joven. Cuando Misia la conoció se quedó impresionada por su talento y su originalidad, la tomó bajo su protección y le presentó a Pablo Picasso, Paul Morand, Max Jacob e Igor Stravinsky, de quien se convirtió en amiga íntima. Algunos dicen que fueron amantes. ¿Quién sabe? Estos contactos la introdujeron en los círculos artísticos de París, y empezó a diseñar y coser vestuario para piezas de teatro y ópera. Más tarde, a comienzos de los años treinta, Misia y Coco se embarcan rumbo a Hollywood. Coco había conocido en Montecarlo a un gran productor de cine, un tal Goldwyn. Ahora que lo pienso, debe de ser el Goldwyn de la Metro Goldwyn Mayer... El tal Goldwyn le ofreció un contrato de un millón de dólares al año por hacer el vestuario de sus películas. El compromiso era que viajara cada seis meses a Hollywood y se quedase allí unas cuantas semanas. A pie de barco las esperan Gloria Swanson, Marlene Dietrich y George Cukor. Coco comienza creando el vestuario para Gloria Swanson, pero esta rechaza el trato porque no quiere ir vestida siempre de la misma modista. El sueño americano de Coco termina, pues, con una sola película, y ya de vuelta dice que Hollywood es la capital de la vulgaridad.

Misia y Coco vivirán grandes momentos juntas. Eran muy distintas. Misia venía de una familia de artistas y poseía una formación intelectual muy sólida. Coco, huérfana de madre y abandonada por su padre, cantaba en un cabaret de Moulins. Misia, exhuberante, era la modelo favorita de los impresionistas. Coco, en cambio, cultivaba su aspecto andrógino. Misia era muy ociosa y

pasaba la mayor parte del tiempo recibiendo en su salón. Coco era muy trabajadora y apenas salía de su taller de costura.

Arrastrando una mochila de traumas y frustraciones, Coco toma Sédol, un hipnótico a base de morfina. Misia también. Ambas abusan de él, y especialmente Misia, que jamás podrá librarse de la morfina. ¿Sabes? Una amiga mía que la conoció de pequeña todavía se acuerda de que delante de ella no tuvo reparos en levantarse la falda e inyectarse, como si nada, una buena dosis en el muslo.

Misia se había casado con Sert en el año 1920 en la iglesia parisina de Saint-Roch, y fueron testigos del enlace Josep Boada y Francesc Cambó. No sabes quiénes son, pero no importa, no tenemos tiempo que perder. Sert le regaló un anillo de compromiso que representaba dos corazones entrelazados de diamantes, comprado en una joyería de la vía Condotti de Roma. Ella tenía cuarenta y ocho años y él dos menos. Después de la ceremonia dieron una gran fiesta en el hotel Meurice. Misia siempre decía que Sert era el hombre de su vida, tal vez porque era un compañero que sabía gestionar la complejidad irracional de su carácter. Para ella era el amante ideal que sabe respetar y valorar a la persona que tiene a su lado.

Sert, vestido siempre con capa y sombrero, era regordete pero tenía una energía y una fortaleza que enamoraban. Con unos ojos grandes y feroces, frente generosa, mentón pronunciado, barba roja, corta y erizada, era el prototipo del artista mundano y cosmopolita de la Belle Époque, amante del alcohol, las drogas y las mujeres. Se dice que para dormir solo utilizaba pijamas de seda negra. También cuentan que desnudo parecía vestido, de lo peludo que era. Coco lo llamaba «el mono peludo». No se lavaba, o en todo caso se lavaba poco. Su reputación de sucio era importante. Un día la esposa de Paul Morand soltó que incluso su león domesticado era más limpio que el de Misia.

Con un gran sentido del humor, sabe adaptarse a todas las situaciones, y cuando estas resultan problemáticas, siempre encuentra la manera de darles la vuelta. Generoso, le gusta compartir cultura y placeres. Sibarita, disfruta de los buenos vinos y la buena mesa. Muralista de moda en Europa, organizado y disciplinado, despierta pasiones contradictorias, a favor o en contra. Para

unos, es un artista extraño y difícil de clasificar. Las críticas lo consideran poco inspirado y sus amigos pintores se mofan de sus «españoladas». Para otros es un genio que apasiona, y sus murales tienen éxito en todo el mundo. A menudo se le comparaba con los grandes artistas venecianos y hasta con Miguel Ángel. En 1933 recibió el encargo de pintar el vestíbulo del Rockefeller Center de Nueva York con Diego Rivera, con un artista inglés de quien ahora no recuerdo el nombre, y con Picasso, quien al final no presentó ningún proyecto y se retiró. En su obra triunfa siempre el sentimiento sobre la razón, como en su vida. Fue Sert quien se encargó de tapar con sus murales los de Diego Rivera cuando este provocó la indignación de quien le había hecho el encargo, John D. Rockefeller Jr., influenciado por su madre, Abby, amiga y admiradora del pintor. En el mural *El hombre en la encrucijada* incluyó a Trotski, Marx y Lenin, y los Rockefeller se lo tomaron muy mal, como un insulto, vaya. Suerte que uno de sus ayudantes había ido fotografiando el trabajo y Diego pudo rehacerlo más tarde. Ahora está expuesto en el palacio de Bellas Artes de Ciudad de México. En fin, que fue uno de los pintores decoradores más solicitados de los años treinta.

En el año 1900 el obispo de Vic, Josep Torras i Bages, le encargó los murales de la catedral de la ciudad, cosa que aceptó, aunque tardó veintisiete años en terminarlos. Sert era de buena familia, fabricantes del sector textil, pero él era artista y prefería los ambientes modernistas de la Barcelona de fin de siglo al de los empresarios. Si tienes ocasión, te recomiendo que vayas al ayuntamiento de Barcelona a ver la *Gesta de los almogávares*. A mí siempre me ha impresionado. También pintó el vestíbulo del Waldorf Astoria de Nueva York y el techo de la sala del Consejo del palacio de la Sociedad de Naciones de Ginebra. Yo no lo he visto, ya te he dicho que he viajado muy poco, pero me han hablado de él y al parecer es muy bonito. Es una oda a la paz y al entendimiento de la humanidad.

¿Te gusta el arroz? No, te aseguro que no hay tinta. Está tan sabroso porque aquí el caldo lo hacemos con congrio. No siempre se encuentra, pero me parece que este sí lleva. ¿Te apetece un poco más de vino? ¡Ya tomaremos un café doble para aclarar las ideas! ¿Cuándo te vas? ¿Mañana a primera hora? Barcelona debe de estar hasta arriba de gente con lo de los Juegos Olímpicos;

la verdad, no sé qué se te ha perdido allí. Si hubieses venido antes, habrías visto la llegada de la llama olímpica a las ruinas del antiguo puerto griego de Ampurias. Muy bonito. ¿Sabes?, a los catalanes se nos da muy bien organizar saraos. ¿Por qué no vuelves después de la ceremonia esa que tanto te interesa? Ya lo entiendo, no viajas por libre, vas con uno de esos paquetes cerrados. ¡Tendrás que volver, porque hoy no acabaremos! ¡Anda que...! ¡Querer meter casi sesenta años en una comida!

Pues lo que te decía, la vida en París transcurría de fiesta en fiesta, de salón en salón, entre gente alegre, derrochadora, imprevisible, que vivía según un principio: la improvisación. Misia tenía un salón frecuentado por políticos e intelectuales, músicos y artistas, y de algún modo este salón se convirtió en el centro de la vida cultural de París desde el año 1890 hasta finales de los años treinta. Era la época fulgurante de entreguerras, cuando aún estaba muy vivo y reciente el recuerdo de la Primera Guerra y muy evidente el presentimiento de la Segunda. Esta sensación de paréntesis producía, entre la intelectualidad cosmopolita de la ciudad, un sentimiento de urgencia de vivir y una explosión de sentimientos. Sí, París siempre ha sido así, pero aquellos fueron unos años especiales. El periodo de entreguerras es un momento en que el mundo va a París, se reencuentra y descubre una cierta libertad y la tan deseada *joie de vivre*.

La Primera Guerra Mundial fue una de las guerras más mortíferas de la historia. Movilizó a sesenta y cinco millones de hombres llegados de todos los continentes a causa de la composición de los ejércitos coloniales, y dejó diez millones de muertos y seis millones y medio de inválidos. ¡Qué te voy a contar! ¿Qué dices, que se había descrito como una guerra fresca y alegre? ¿Cómo se puede describir una guerra con esas palabras? Cuando terminó, surgió un deseo intenso de normalidad y grandes esperanzas de paz. Se querían enterrar más de cuatro años de horror y destrucción. Se quería enterrar el pasado para que no tuviese lugar nunca más. Y París resurgió como la ciudad del glamur y el amor, del sexo libre, de la libertad, como el punto de encuentro y el ombligo del mundo. De una manera de vivir liberada de las restricciones morales y religiosas. En París todo era posible. El crac del 29 no afectó a Francia hasta un par de años más tarde. Fue el momento de los grandes

movimientos artísticos e intelectuales: el dadaísmo, el surrealismo, el cubismo, el futurismo, el *art déco* o el arte moderno. Y se transformó en un lugar de gran efervescencia creativa como resultado de un choque de culturas, como mezcla de géneros y nacionalidades. Las mujeres se cortaron el pelo, se acortaron las faldas, se quitaron los corsés, se pusieron pantalones y comenzaron a fumar en público. Coco Chanel, su personalidad y su moda atrevida fueron la mejor expresión de la época. Los *sammies*, los soldados americanos que se quedaron en la ciudad atraídos por su ambiente, pusieron de moda el foxtrot, el jazz y el charlestón, mientras la América puritana los prohibía. París es nuestra fulana, decían. Mientras en América se preocupaban por el comercio, el dinero y la economía, París se divertía y respetaba y reconocía el arte.

Los cafés Cyrano, Dôme, Rotonde y Sélect eran puntos de referencia y paraíso de los artistas de la época. El Cyrano quedaba un poco apartado, cerca de la Place Clichy, al pie de Montmartre y al lado del Moulin Rouge. Era el centro de encuentro de los surrealistas porque André Breton vivía por allí. Pero el verdadero ambiente bohemio se había trasladado de Montmartre a Montparnasse. En el Dôme se reunían intelectuales, artistas y gente de la farándula. Durante su exilio en París, Lenin era un cliente habitual, pero también Gibran Khalil Gibran, Robert Capa, Paul Gauguin, Henry Miller y Anaïs Nin, Pablo Picasso, Ezra Pound, Ernest Hemingway, Frida Khalo, Joan Miró o Amedeo Modigliani, conocido como Modi o también como el *cowboy* de Montparnasse, gran bebedor de absenta y fumador de hachís. Pintaba mucho, pero no vendía nada porque su pintura no gustaba. Tenía por costumbre entablar conversación con quien quisiera escucharlo diciendo: «Hola, soy Modigliani, pintor y judío». Murió de agotamiento justo cuando comenzaba a saborear el éxito.

La lista de personajes que frecuentaba el barrio es inacabable. Dicen las malas lenguas que las guardianas de los servicios, si no se podían vender a sí mismas, vendían cocaína. Édith Piaf tiene una canción, «Paris», que describe el ambiente del barrio. Habla del apartamento en el quinto piso y del café con leche y cruasán de la mañana en el Dôme. ¿Sabes de quién estoy hablando? Perdona, ya veo que conoces la canción, pero es que tú eres alemán y nunca se

sabe. La mayoría de aquellos a los que llamaban *dômiers* no tenían ni un duro, y con frecuencia pagaban con un dibujo o con un pequeño texto. Hubo un momento en que el propietario poseía una colección de dibujos que era la envidia de cualquier museo, y tenía un valor incalculable. Jean Cocteau escribió que la pobreza era un lujo en Montparnasse. ¡He pasado tantas horas escuchando al señor Dalí contar historias de aquella época! Decía que las tertulias en todos aquellos locales, en medio de un ambiente tan bohemio como creativo, a menudo terminaban en peleas, ya fueran intelectuales o étlicas. Max Jacob decía que iba a Montparnasse a pecar vergonzosamente. En ese barrio, donde las prostitutas se creían musas, todo era posible para quien se atreviera a traspasar los límites.

Los americanos preferían La Rotonde o el Dingo Bar, próximo al metro Vavin y junto a la Rue du Départ, un nombre que, no me preguntes por qué, siempre me ha parecido mágico. Allí se conocieron Hemingway y Faulkner. En aquella época, en París vivían más de treinta mil estadounidenses. El centro de reunión, además de todos estos locales, era la librería Shakespeare & Company, en la Rue de l'Odéon, en el barrio Latino. Se dice que durante la ocupación la cerraron porque la propietaria, una mujer con mucha personalidad, se negó a vender un libro de Joyce a un oficial alemán. Cuando fui a París, la busqué y no la encontré. Tampoco habría entendido nada porque no sé inglés, pero conocía la historia y, como puedes ver, soy un poco mitómano. Luego alguien me dijo que cuando la volvieron a abrir después de la guerra lo hicieron en un *quai* del Sena delante de Notre-Dame. ¿La conoces? ¿Allí te compraste *El amante de lady Chatterley*? No sabía que la habían prohibido en Estados Unidos y en Inglaterra. ¿También habían prohibido el *Ulises* de Joyce? ¿Ves?, ¡ahí tienes una muestra de lo que era el París de la época! El París que unió los destinos de Sert, Misia y Roussy. El París del príncipe Mdivani.

Pero volvamos a nuestra historia. Cuando Misia comprende que su marido se aleja, afronta la situación y acude al encuentro de Roussy. Ella se acababa de instalar en un pequeño estudio en el mismo inmueble donde Sert tiene el suyo y, por tanto, es muy fácil de localizar. ¿Qué le dirá a la amante de su marido? Se abre la puerta, se encuentra con una muchachita que podría ser su

hija y se enamora de ella. Decide acogerla bajo su protección, como hizo con Coco, y da un paso más y se la lleva a su casa. Finalmente ha encontrado a la hija que nunca tuvo. Por otro lado, Roussy acaba de perder a su madre y siente un gran vacío. Misia la envuelve de ternura y la pasea por todo París. Coco le dice que no juegue con su futuro porque la atracción que la chica despierta en Sert es evidente a ojos de todo el mundo. Ella no la escucha.

El trío Misia, Sert, Coco es sustituido por Misia, Sert, Roussy. Misia piensa que tratando a Roussy como a su propia hija el enamoramiento de Sert se transformará en amor paternal. Se equivoca. Su amor tampoco es del todo maternal, por lo que parece.

Sert, la que todavía es su esposa, Misia, y la que a ojos de todos pasa por amante de ambos, Roussy, vivían en el hotel Meurice de París, en la Rue de Rivoli, enfrente de las Tullerías, ese magnífico jardín, escenario de tantas declaraciones de amor. Ocupaban un apartamento en el último piso que tenía una gran terraza con vistas a los jardines, la Torre Eiffel y el Grand Palais. Sert decoró el apartamento con grandes murales cuando fue a vivir allí con Misia, y exponía en él recuerdos de sus viajes: mármoles antiguos, jarrones generosos, figuritas de la Ciudad Prohibida, alfombras persas. Le gustaban los espacios llenos y recargados de objetos y colores. ¿Que tengo mucha imaginación con todo esto del trío? ¿Y si te dijera que he encontrado notas de sociedad de la prensa francesa donde se habla de Sert y sus dos esposas como si fuese lo más normal del mundo? Tengo imaginación, o quizá más que imaginación, curiosidad, pero no tanta.

Llegada la primavera, Misia se lleva a Sert, como cada año, a Venecia hasta finales de verano. Se van los dos solos. Esta vez alberga la esperanza de que el pintor olvide a Roussy, que se distraiga con otras amantes menos peligrosas, que siente cabeza y que se dé cuenta de que del enamoramiento fugaz a menudo no permanece ni el recuerdo. Pero ¿acaso era fugaz aquel enamoramiento? La respuesta la halló de manera repentina y cruel en un bolsillo de la chaqueta de su marido: una carta dirigida a Roussy donde le pide, sin ambages, que se case con él.

Asume la noticia con una cierta serenidad, pero ha resuelto deshacerse de la joven y alejarla de su marido. Lo pone a prueba proponiéndole comprar un

piso en París, porque ya está harta de vivir en el hotel Meurice. Sert no duda y encuentra una oportunidad en la Rue de Rivoli.

Al regresar a París al final del verano, Misia no se lo comunica a Roussy, pero esta se entera de su llegada y les hace una visita. Misia queda muy impresionada por el mal aspecto de la chica, fuma un cigarrillo tras otro y tiene una tos muy fea. Se enternece y se siente responsable de la salud de la que ella había considerado su hija. No quiere dejarla ir a Estados Unidos, invitada por sus hermanos, que le auguran grandes éxitos con sus esculturas, aunque la razón principal de este viaje es tomar distancia y reflexionar sobre sus sentimientos y las complicadas relaciones que mantenía con Sert y Misia. Pero también piensa que la lejanía será buena para todos. Misia y Sert acompañan a Roussy a la estación. Hace frío. Roussy tiembla. Misia se quita el abrigo y lo pone sobre sus hombros. Parece el final de una pesadilla.

La vuelta a casa es triste. Sert no dice una palabra y no es más que el principio de unos meses en los que un humor gris y ácido se apoderará de él y no le permitirá trabajar ni relacionarse con normalidad en sus círculos. Pero, casi un año después, una carta de Roussy en la que dice que no se adapta a Estados Unidos y que se aburre profundamente le devuelve la esperanza. Regresa la esperanza al pintor pero también a Misia. La alegría se instala de nuevo en la vida de la pareja, pero al mismo tiempo el alejamiento ha ahondado en la pasión de los amantes y Misia se siente impotente. ¡Qué contradicción! Por un lado, el gozo de recuperar a la hija perdida, la niña querida, y, por otro, la enorme tristeza de perder al marido. Pero Misia no puede estar sin su esposo ni sin la joven, y acepta una vez más la situación. Van a buscarla a Nueva York y la vuelven a instalar en su casa, cosa que enciende la imaginación de todo París más que nunca.

Misia acepta el triángulo; ahora, deprimida, huye en pos de aventuras imposibles. Sabe que es amada pero engañada. No es la primera vez que Sert le es infiel. En una de estas escapadas se embarcó con Coco en *The Flying Cloud*, el yate del duque de Westminster, amante de la modista. En mitad del mar recibe una llamada en la que le informan de que su amigo Diáguilev, de los ballets rusos, se está muriendo en Venecia y que no tiene dinero ni para pagar el entierro. El yate se dirige al Lido. Misia vende su collar de diamantes

para pagar los gastos y Coco lo recompra y le presta su cartera. Todo esto te lo cuento para que entres en el ambiente, en esa atmósfera bohemia y contradictoria que envuelve a nuestros personajes.

Roussy sigue a Sert por los caminos tortuosos de la cocaína, mientras que Misia, acostumbrada al Sédol, se adentra en el mundo de la morfina. Roussy no para de toser y de adelgazar. Misia la lleva a un especialista en Suiza y este lo atribuye a la cocaína. Es una situación sentimental confusa y sin solución, porque el trío tan solo conviene al pintor. Finalmente, Roussy, convencida de que amor y pasión no se pueden compartir, toma la iniciativa y pide a Sert que se decida, y por si este no lo hace, también le pide a Misia que desaparezca.

Pero Sert lo tiene claro y solicita a la hermana de Roussy, Nina, cuyo marido es abogado, que inicie los trámites de anulación de su matrimonio.

Misia enferma. No soporta la pérdida de las dos personas que tanto ama. Es mayor y ha perdido la esperanza. Coco le corta el pelo y la viste con su moda atrevida; sí, le corta aquel moño que tanto la caracteriza. ¿Por qué? Porque piensa que eso la hará más esbelta y que un cambio radical de aspecto le irá bien para alejarse de su obsesión por la pareja. Pero no hay nada que hacer, su tristeza es inmensa.

Roussy, de religión ortodoxa, se convierte al catolicismo y se casa con Sert en La Haya en el verano de 1928. El vestido de novia de tela fluida y tono crema lo ha escogido con ayuda de Misia, quien, rechazada como esposa y como amante, se resigna al papel de madre. Es una pieza única de Coco. Más delgada que nunca, la novia está radiante. Inmediatamente después de casarse, Sert y Roussy se deshicieron de Misia y se trasladaron al hotel Lutetia, en el bulevar Raspail, en el corazón de Saint-Germain. Ella busca un apartamento cerca, en los Inválidos, y los visita con frecuencia. El amor o la obsesión por la pareja es destructivo, pero mucho más fuerte que su voluntad.

Todo dio un giro inesperado aquel primero de agosto de 1935, en Albons, donde se desvanecieron esperanzas, joyas y, sobre todo, una vida. Roussy, que adoraba a su hermano Alexis, no pudo superar nunca su muerte y, ahogada por sus recuerdos, rehusó vivir. Se querían con locura, porque parece que siempre hubo una gran complicidad entre ellos. La capacidad del príncipe para ser feliz sin sentirse obligado a ser útil, de ceder y de reírse de sus propias

debilidades sin caer en la desdicha era un espejo y un contrafuerte para Roussy, más proclive a los nubarrones grises, por no decir negros, cuando las cosas no encajaban en el espacio que ella les había reservado. Las noticias son confusas acerca de un intento de suicidio antes de viajar a Nueva York, o allí mismo. He encontrado todo tipo de versiones. El hecho es que, incapaz de aclarar la confusión de sus sentimientos, podría haber considerado la muerte como el único camino exento de sufrimiento. Roussy y Alexis eran hermanos, pero también eran compañeros, tanto de aventuras como de penalidades. Su desesperación fue emocional pero también física, y produjo secuelas que afectaron a todos los aspectos de su vida. No es el primer caso que conozco. Tengo uno muy cercano. Mi madre perdió a su hermano a una edad similar, y nunca lo superó del todo. Sesenta años después de su muerte, cuando se hablaba de él, todavía se le llenaban los ojos de lágrimas. Roussy no sabía cómo vivir su cólera, sus miedos, frustraciones, soledad y sentimiento de culpa. ¿Por qué culpa? Habían estado bebiendo. Dalí me contó que el príncipe preparaba los *dry martinis* prácticamente con ginebra pura. A mí me gustan los *dry martinis* secos, a los que les añades el jugo de las aceitunas, pero a ellos debía de parecerles que lo de bautizar el alcohol era cosa de campesinos. Estaban muy contentos, por decirlo de manera suave, y se habían entretenido demasiado, hecho por el cual ella siempre se había sentido responsable. Tenía que haberles acompañado el chófer, que por la mañana ya había ido a Flaça a facturar las maletas más voluminosas de Maud, pero cuando decidieron marcharse, les dijo que no llegarían a tiempo. Fue entonces cuando el príncipe dijo que ya conduciría él y que de paso aprovecharía los últimos momentos a solas con su amada. Roussy sabía que no estaba en condiciones para conducir y que, incluso cuando lo estaba, lo hacía como un loco. Pero en aquellos momentos no hizo nada para impedir el viaje, todo era demasiado complicado, y al parecer las presiones del barón eran muy fuertes.

El impacto fue tan duro para ella que decidió permanecer en estado de vigilia. No dormía, no comía, se quejaba de dolor de estómago y de dolor en el corazón, su memoria era confusa y de vez en cuando creía que Alexis estaba vivo, que volvería para cenar. Lloraba de repente, con gran desesperación, le faltaba el aire y su profundo cansancio no le permitía salir de la cama. Su

tristeza la paralizaba y pasaba largos ratos ausente, o la volvía altamente irritable. Se quedaba horas con la mirada perdida en dirección al horizonte, allí donde se funden los azules, justo en el punto donde el mar se confunde con el cielo. Deseaba congelar el tiempo aquella tarde de primeros de agosto, cuando se despidieron y él le dijo: «Hasta luego».

Las primeras horas después del accidente, al volver del cementerio con el cadáver de su querido hermano, las pasó sola. En Mas Juny tan solo estaba el servicio, afanado en sus tareas como de costumbre. Su marido se encontraba en Venecia y solo quedaba allí Salvador Dalí, que pintaba aprovechando la luminosidad excepcional de la playa del Castell. No, la que ahora se conoce como cabaña de Dalí fue edificada más tarde por Alberto Puig Palau, que la hizo construir incluso con una puerta torcida para intentar atraer al pintor. Fue alguna vez, pero nunca pintó nada allí. Tú no eres de aquí y seguramente no conoces a un cantante catalán, Joan Manuel Serrat, que le dedicó una canción, «Tío Alberto». A mí me gusta mucho porque describe muy bien al empresario, mecenas y *bon vivant*. Muy nuestro. El tío Alberto fue un miembro del grupo que más tarde se llamaría Gauche Divine. Ahora no la recuerdo bien, pero sé que describe con acierto al personaje: «Cató de todos los vinos, anduvo por mil caminos y atracó de puerto en puerto. [...] Da todo lo que puede dar, su casa está abierta de par en par, quien quiere entrar tiene un plato en la mesa. [...] Aún tiembla con los motores, las muchachas y las flores, con Vivaldi y el flamenco. [...] Tiene de un niño la ternura y de un poeta la locura y aún cree en el amor». No, no, canto muy mal, o al menos eso me decían en casa y yo me lo creí. Puig Palau compró Mas Juny a Sert cuando este lo vendió después de la guerra. Pero Mas Juny, antes Mas Crispí, siempre será el Mas de Sert.

Fue Dalí quien me contó, con lágrimas en los ojos, que todo el consuelo que podía ofrecer a Roussy en aquellos momentos tan dolorosos eran frases tan inútiles como ridículas, de manual barato, vamos. Porque él también estaba muy afectado para poder ser de alguna ayuda. Quería mucho a los dos hermanos y en sus diarios habla de ellos con infinita tristeza. No sabía gestionar situaciones de tal dramatismo, y tampoco era el momento de hacer de Dalí y de repetir el discurso de la alcachofa o de recitar el trabalenguas aquel de la «*polla xica, pica, pellarica, camatorta i becarica*» que tanto le gustaba,

vestido de militar, imitando los discursos de Hitler y afirmando que esas palabras eran una anticipación del famoso código genético catalán, la estructura molecular del ácido desoxirribonucleico, garante de la eternidad, entre otras cosas. Le decía que con el tiempo el dolor disminuye y el amor crece, pero ella en lo único que pensaba era en volver a los días anteriores a la muerte de su hermano. El resto la confundía, la incomodaba y la indignaba. No quería aceptar que ese hecho marcaría definitivamente el fin de Mas Juny y de sus esplendorosas fiestas, una época que prometía ser muy larga y que duró muy poco. Se decía que, durante los años que estuvo en pleno funcionamiento, era la casa más fastuosa del país. Por allí pasó todo tipo de gente, desde Marlene Dietrich y Coco Chanel hasta el presidente Macià o Francesc Cambó.

La casa fue el regalo de bodas de Sert a Roussy. La compró en 1930 y la vendió en 1942, cuando hacía casi cuatro años que ella había muerto, la Guerra Civil se había terminado y las cosas comenzaban a recuperar su normalidad. Situado en un promontorio entre las playas del Castell y s'Alguer, tiene unas vistas magníficas al mar y a la llanura. Estas dos calas son muy diferentes. Castell se ha conservado intacta porque hace años hubo un movimiento ciudadano que no permitió la especulación inmobiliaria. Cuando tomas el desvío antes de llegar a Palamós desde Palafrugell, parece que te hayas equivocado y que vayas tierra adentro, en medio de campos de cultivo, hasta que después de una curva llegas a un pinar y aparece el mar al fondo. Es un lugar bañado de una paz y una luz difícil de describir. Si quieres te llevo, te gustará y te invadirá la misma sensación de tranquilidad que tiene todo aquel que va por primera vez, especialmente si no es verano. S'Alguer, en cambio, es una pequeña playa más profunda, con barracas de pescadores, donde pueden faenar las barcas y permanecer al abrigo de las tormentas. Por fortuna también ha quedado fuera de esa especulación que ha destruido parte de la Costa Brava. ¡Quién la ha visto y quién la ve! Un amigo mío, arquitecto, siempre decía que el hombre es contradictorio: se enamora de un paisaje paradisíaco y lo estropea construyéndose una casa.

Mas Juny era una masía antigua, de los siglos XVI y XVII, con una torre vigía cilíndrica. Es una de esas casas fortificadas para defenderse de los piratas que venían del norte de África como tantas otras que hay en el

Ampurdán. Con un porche de arcos cubierto por un tejado de doble vertiente y a dos niveles, es una masía típica catalana. Tiene tres plantas y un terrado, donde en aquel tiempo estaban los depósitos de agua. La masía, que todavía existe y se ha convertido en un establecimiento de turismo rural, está rodeada de un paisaje suave y dulce, con campos cultivados ordenadamente y colinas verdes que delimitan el valle. Sert compró varios laúdes viejos y los puso en la playa del Castell para hacerla más humana y quizá para romper un poco la violenta belleza de la naturaleza. El príncipe y la baronesa pasaban horas cobijados a su sombra, disfrutando del frescor del viento del suroeste. Bajaban por un estrecho y rocoso camino de ronda bordeando el mar en medio de los pinos, desde donde se intuyen los acantilados de Cap Roig, que también esconden una gran historia de amor.

No vayas tan rápido, Joan, que aún tenemos tiempo por delante. ¿Qué historia de amor esconde el Cap Roig?

Ay, Fred, que a nuestra edad lo de los amores y los enamoramientos ya no nos interesa. ¿Que hable por mí? Pues ya te lo he dicho, a mí ya se me han pasado las ganas, aunque si te contase las historias que he vivido en el hogar del pensionista de l'Escala... Mira, yo no he perdido mucho el tiempo en esas cosas, la vida me ha llevado por otros derroteros, pero cuando veo abuelos y abuelas comportarse como adolescentes, la verdad, siento una cierta envidia...

Lo de Cap Roig no tiene nada que ver con nuestra historia, a pesar de que estoy seguro de que entre los Sert, los Mdivani y el coronel Nicolai Woevodsky y su esposa hubo relación. Eran vecinos y compartían con los hermanos Mdivani una cultura muy cercana. A finales de los años veinte, el coronel Woevodsky y su mujer, la inglesa Dorothy Webster, buscaban un lugar en la Costa Brava para vivir su amor y construir su sueño. Él era un gran amante de la arquitectura y del dibujo, y ella una decoradora aficionada a la arqueología y a la jardinería. Llegaron a Cap Roig y se quedaron para siempre. Con mucho esfuerzo e ilusión, construyeron el castillo y el jardín de unas quince hectáreas, si no me equivoco. Plantaron más de mil especies botánicas, que trajeron o hicieron traer de todo el mundo, y entre árboles y

plantas colocaron numerosas esculturas de artistas reconocidos. Se hicieron enterrar muy cerca del acantilado, mirando al mar. Ahora es uno de los jardines botánicos más importantes del Mediterráneo, y en las noches de verano se celebra un importante festival de música. ¿Lo ves?, tienes que volver. Y no me interrumpas más o no acabaremos nunca. Tráenos el postre, guapa, ¿o quieres algo más? ¿Qué nos recomiendas? ¿Cuajadas de Fonteta? Muy bien. ¿Sabes, Fred? Antes solo había cuajadas por Pascua, a comienzos de primavera, cuando las ovejas suelen parir y tienen leche en abundancia. Era un postre muy exclusivo que ahora, como todo, ya no es excepcional. Mira, yo añoro las temporadas, cuando tenías que esperar a la primavera para comer fresas y al final del verano para las uvas. A mí lo de tener uvas de Chile en invierno y sandía por Navidad no me gusta, me ha hecho perder la ilusión de la espera. Eso sí, ¡nada que decir de las cuajadas de Fonteta! No se pueden comparar con las que nos traía la payesa de la montaña, grandes como una tortilla de patata, con aquel gusto sutil y aquella textura difíciles de definir, pero tengo que confesar que aún hoy son muy dignas.

¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Por la playa del Castell. En aquella época, los trajes de baño cubrían casi todo el cuerpo y dejaban solamente al descubierto hombros, brazos y piernas, por lo que no era de extrañar la sorpresa que producía el príncipe, gran nadador, con su minúsculo bañador de piel de foca. Cuando aún había mujeres que se bañaban vestidas, Maud llevaba uno de los primeros bañadores del mercado y, siguiendo la moda impuesta por su amiga Coco, se bronceaba.

Mas Juny tuvo dos caras: la de los que lo visitaban como una continuación del París de Montparnasse, las élites bohemias y desenfrenadas, y la de los vecinos de la zona, que lo veían como un lugar cautivo del lujo, el glamur y el escándalo, donde sucedían historias tumultuosas y apasionadas, sensuales y sexuales, aliñadas con drogas nada inocentes y que tuvo un final trágico. Quien establecía un vínculo entre unos y otros era precisamente el príncipe, porque no pertenecía a ninguno de los dos mundos, o tal vez a ambos. En todo caso no tenía nada de intelectual. Los artistas lo aceptaban porque, como ya te he contado, era un hombre viajado y muy simpático, y los locales también porque era un habitual de las fiestas mayores en verano y le gustaba bailar con todas

las jovencitas que se atrevían a ser el centro de las miradas de la plaza. Hasta había aprendido lo que solían hacer los chicos del campo cuando sacaban a bailar a una chica: desplegar un pañuelo blanco, limpio e immaculado, para ponerlo en la espalda de la joven y evitar así que la mano, en caso de sudar, ensuciase el vestido. Un día bailaba con Siseta la de Llofriú en la plaza, y al día siguiente en Mas Juny con Anita Delgado, la esposa del marajá de Kapurtala, de paso por la Costa Brava hacia el Gran Hotel de Font-Romeu, otro de los lugares de reunión de la alta sociedad internacional de la época.

Disfrutar del mar era un privilegio al alcance de todo el mundo, pero que pocos apreciaban. A mí ese azul maravilloso, amplio y abierto me produce, aún, una emoción que no puedo expresar. En el mar se veían velas, alguna embarcación de pasajeros y barcas de pescadores faenando. En la cala de al lado, s'Alguer, otros pescadores tendían o cosían las redes, y sus cantos llegaban a Mas Juny. Alexis decía que cuando se marchara Maud, al menos le quedaría el verde azulado del mar como prenda de sus ojos. A mí el mar siempre me ha hecho soñar con tierras lejanas que nunca veré. Aparte de París, no conozco el mundo, pero como te decía hace un rato, el mundo ha hecho, de vez en cuando, una parada en Albons.

Dicen que hay un antes y un después del duelo. Para Roussy no hubo nunca un después. Pocos meses después de la muerte del príncipe, Sert se la llevó de crucero por el Mediterráneo rumbo a Oriente con una barca de pesca veneciana en la que hizo instalar grandes velas rojas y doradas. Pero la añoranza era tan grande que todo lo que se hacía por ella era en vano. Poco a poco se fue encerrando en sí misma hasta que prácticamente dejó de hablar, y muy pronto de vivir. Sert remueve cielo y tierra para hallar un antídoto. Viajan a Suecia, pero nadie hace un diagnóstico claro y tampoco encuentra ningún remedio para su mal de amor. Roussy se muere de tristeza y se ha transformado en una sombra de sí misma. Es una persona vencida que alberga una única esperanza: la muerte. Desde el primer momento del accidente fue incapaz de afrontar la realidad, y otros tuvieron que hacerlo por ella.

Finalmente, Misia se la lleva a su refugio de drogas y morfina, se ha quedado en los huesos y muere en el mes de diciembre de 1938, en la Clinique Psychiatrique des Rives, en Suiza, junto al lago Lemán, entre Ginebra y

Lausana. No quería ir, de ninguna manera, a mí me parece que quería dejarse morir, pero Misia y Coco Chanel la engañaron, en un último intento por hacerla reaccionar. Le pidieron que las acompañara porque Coco tenía serios problemas, y una vez allí, gracias al saber hacer del fundador de la clínica y director, el psiquiatra Oscar Forel, discípulo de Freud, alto y delgado, elegante, con una gran melena bien cuidada, bigote y media barba, amante de los árboles y especialmente de sus cortezas, sobre las cuales publicó diversos libros, se quedó. El doctor Forel, hijo de psiquiatra y más tarde padre de médico, hombre de personalidad fuerte pero muy empática, sabía cómo tratar casos difíciles. Hacía poco que le había diagnosticado esquizofrenia a la mujer de Scott Fitzgerald, Zelda, que pasó casi un año en Prangins, a la que, como parte de la cura, la hacía subir y bajar una colina unas cuantas veces al día para que aprendiera a superar los obstáculos de la vida, un poco como Sísifo pero sin piedra. ¿Conoces el mito? A mí es que me gusta mucho Camus. ¿Te sorprende? ¿Por qué? ¿Acaso te crees que en el campo no leemos?

Más tarde el doctor Forel se ocupó de los hijos de los exiliados republicanos que llegaban de España.

He leído en algún sitio que una vez instalada Roussy en la clínica, Misia hizo un viaje relámpago a Lourdes. Compró un cirio tan grande que tuvo que pedir ayuda a dos hombres para llevarlo a la gruta de la Virgen. Cuando lo enciende, siente un gran dolor en los ojos, como si se los succionaran, y queda ciega momentáneamente. ¡Qué mal presentimiento! Al día siguiente regresa precipitadamente a París y allí encuentra un telegrama en el que Sert, destrozado, le comunica la muerte de Roussy, en el preciso instante en que ella encendía la vela. El mes de diciembre de 1938 ya estaba plenamente instalado en el calendario. Roussy tenía treinta y dos años.

Misia se siente como si hubiese perdido a su propia hija. Sert se arroja en brazos de una nueva amante, la esposa del embajador alemán en España. Pasan días y meses, las emociones se aligeran y la vida continúa. Misia y Sert deciden volver a recuperar su relación, pero cada uno en su casa. Ella siempre había pensado que acabarían así, y cuando se lo decía, él ponía cara de pocos amigos. Sus ideas son muy distintas. Sert apoya a Franco y ocupa un alto cargo de representación en el régimen de Vichy. Misia vuelve a los salones de París

y, en plena ocupación, ayuda a la resistencia. Conserva aún aquella empatía social que tanto la caracteriza y un espíritu muy joven. Se hizo cargo del pintor hasta que murió de una hepatitis en 1945, a punto de cumplir los setenta y un años. La Guerra Civil española, la destrucción de la catedral de Vic y, por tanto, de su obra de casi treinta años, y la muerte de su querida Roussy, quien de algún modo le había devuelto la juventud, lo dejaron deshecho. En cuanto a Misia, después de la muerte del que fue su amante, su marido y su amigo, se retiró de la vida pública. Sin él se sentía mutilada, inútil. Tenía setenta y tres años y llenó su soledad con su amiga la morfina. En 1949 llegaron a detenerla veinticuatro horas a causa de su relación con las drogas. Como las leyes españolas no reconocían el divorcio, hereda de Sert y se instala en la Rue de Rivoli. Se abandona. Está siempre en la cama. Su cuerpo se ha reducido y no tiene el ánimo para fiestas. Se siente morir y pide a Coco, que está en Suiza, que vuelva a su lado. Muere a mediados de octubre de 1950. Tiene setenta y siete años. Rodeada de amigos, Coco la arregla y su aspecto joven y sereno impresiona a todo el mundo. En el último momento, Coco, emocionada, dice: «Solo amamos a la gente por sus defectos. Misia me ha dado muchísimas razones para amarla».

Qué historia tan fascinante, ¿no te parece? A mí estos personajes me han obsesionado toda la vida, y cada vez que cuento su historia me entran ganas de saber más. Hay muchas contradicciones, muchos malentendidos, pero al final lo que cuenta es que, a pesar del triángulo, fuera de la naturaleza que fuese, y del divorcio, Misia, Roussy y Sert, y también Coco, cultivaron su amistad durante toda la vida. Una vida que en el caso de Roussy sería muy corta, ya que recuerda que solamente vivió tres años escasos después del fallecimiento de su hermano. ¿Por qué le afectó tanto esa muerte? No sé qué pensarás tú, pero a mí me parece que toda esta historia está llena de un torbellino de emociones, sentimientos, ilusiones y apariencias. Por lo que parece, todo el mundo estaba enamorado del príncipe, Dalí incluido. Y por lo que he ido sabiendo, yo diría que Roussy también.

6

¡LA VIDA ES UNA MIERDA!

«La única diferencia entre un loco
y yo es que yo no estoy loco».

SALVADOR DALÍ

Durante el mes de agosto de 1935, el plácido pueblo de Albons presencié un desfile poco usual de turistas curiosos, la mayoría extranjeros, amigos del príncipe o de los barones Thyssen, jueces, policías y periodistas. Los primeros momentos, no obstante, fueron un poco confusos, teñidos de tragedia, misterio y escándalo. Ante la incapacidad de Roussy para afrontar la situación y mientras aguardaban la llegada de Sert, fue Dalí quien atendió las llamadas de la prensa nacional e internacional y se hizo cargo de los preparativos del entierro.

¿Ves, Fred, lo que dice la revista *Crónica*? A ver si encuentro el recorte. Aquí. Mira, lee.

Un viaje infinito. El príncipe Alexis Mdivani, quien, sucesivamente, se casó con dos de las más ricas herederas del mundo y que después pagaron con sus respectivas fortunas el precio de su liberación por el divorcio, vive su postrero idilio en Cataluña y acude a la insospechada cita con la muerte en un Rolls, a ciento cuarenta por hora y acompañado por su última conquista, la baronesa Maud von Thyssen.

Unas horas después de que el coche del príncipe diera un volteo trágico en el recodo de la carretera, las agencias internacionales de prensa llenaban de llamadas los plácidos pueblos del Ampurdán. Los mensajes buscaban desorientados el lugar del suceso, saltando sobre las cumbres del Montgrí, metiéndose por las gargantas de Banyuls, de

Panissars, siguiendo el curso del Fluvià y del Ter. Las llamadas saltaban de Figueres a La Bisbal. Llegaban a Rosas, retrocedían a Cadaqués. El teléfono no cesaba de buscar, hasta que se quedó fijo en Girona como un moscardón. Las llamadas se persiguieron entonces unas a otras. «¡Girona! ¡Aquí París!». «¡Aquí Berlín!». «¡Aquí Londres!». «¡Aquí Nueva York!». Había quedado tendido en la carretera el cuerpo de un hombre, el título del cual, príncipe Mdivani, despertaba ecos trepidantes en ciertos círculos internacionales.

Al principio los gerundenses no entendían el porqué del interés que evidenciaba el telégrafo. Contestaba que el príncipe Mdivani había muerto en un accidente automovilístico. ¿Qué más había que decir? Una agencia telegráfica se encargó de contar lo que faltaba. «¡Girona! ¿Quién era la dama que acompañaba al príncipe? No reparen en gastos para acudir al lugar del suceso. Aviones, taxis, trenes. Si hay que sobornar para saber el nombre de la señora, ofrezcan ustedes hasta quinientas pesetas. ¡Quinientas pesetas!». (*Crónica*).

La baronesa ocupó inmediatamente el centro de la atención internacional. Había sobrevivido y tenía la cara destrozada. En los primeros momentos se había intentado esconder su nombre para evitar el escándalo, pero, como ya has visto, fue imposible. Una vez aclarado el misterio de la acompañante, que era el primer interés de la prensa, que ya sospechaba que se le ocultaba algo, Dalí tomó las riendas de la información y fue respondiendo a periódicos de los cinco continentes. Es interesante leerlos, te lo recomiendo si tienes un momento, porque todos repiten la noticia con las mismas palabras, breves, concisas, y en ningún caso se intuye la personalidad ya entonces extravagante de quien las transmite. A mí me los tradujo la farmacéutica, que sabe idiomas. Sí, tienes razón, la circunstancia era trágica, Dalí estaba muy afectado y no era el momento de decir barbaridades, pero eso nos da una pista muy relevante del carácter del genio. Yo lo traté en diversas circunstancias y doy fe de ello. No los recibió sentado sobre un árbol de Navidad caído, como en Nueva York, ni en medio de tres mil coles como en París, ni con los zapatos de charol que calzaba en sus grandes conferencias porque, según decía, «la porfía física visceral, la tortura avasallante provocada por mis zapatos de charol me fuerzan a verter palabras llenas de verdades condensadas, sublimes, engendradas gracias a la suprema inquisición del dolor que sufren mis pies». Seguramente calzaba las alpargatas de cintas, blancas, que solía llevar cuando no hacía de Dalí.

Joan, no me has dicho qué contó Dalí a la prensa.

No me interrumpas, hombre, que intento ordenar las ideas. Me contó que había sido terrible ser testigo y compartir el dolor de sus amigos. Dalí adoraba a Roussy, entre otras cosas porque decía que le recordaba las facciones del retrato de la muchacha de Vermeer del Museo de La Haya. ¿Sabes de qué cuadro hablo? Sí, hombre, aquel de la chica con una especie de turbante azul. Yo no acabo de encontrarle el parecido, pero lo que aquí importa es que lo viera él. Ver a Roussy en estado de profunda desesperación y angustia le afectó mucho, y pese a que vivía un momento de gran creatividad y había comenzado a pintar *Alrededores de la ciudad paranoico-crítica: tarde al borde de la historia europea*, uno de sus cuadros mejor valorados, le resultaba muy difícil continuar trabajando. Había comenzado el cuadro en Mas Juny antes del accidente y no había forma de volver a él. Un día, como ya te he insinuado antes, me dijo que el amor entre los dos hermanos era más que fraternal, era incestuoso, y aunque me lo contó el Dalí serio, no acabé de averiguar si era realidad o una de sus fantasías. ¿Qué era lo del método paranoico-crítico? Un modo de interpretar la realidad, un modo de hacernos ver más allá para observar y entender el mundo de otra manera. Dalí habla directamente a nuestro subconsciente, con la pintura y con la palabra.

Cuando hablaba de aquella tarde trágica de agosto con lágrimas en sus enormes ojos color gris verdoso, decía que en aquella época aún no sabía hablar por teléfono, pero que hizo un gran esfuerzo para poder dominar la situación, porque si no lo hacía él, no había nadie más que lo hiciera. Al parecer iba repitiendo la misma frase: «El príncipe Mdivani acaba de morir guillotinado por su Rolls-Royce». Y a continuación contaba que gracias a su estado de erección intelectual permanente había encontrado un pensamiento que lo consolaba: «Tan pronto como alguien muy importante, y hasta de importancia media, muere, experimento la sensación aguda, extraña y al mismo tiempo reconfortante de que esa muerte se ha convertido en daliniana al cien por cien, ya que, de ahora en adelante, protegerá la eclosión de mi obra». Pues sí, puede que tengas razón: su comunicado era bastante daliniano.

Dalí admiraba a los aristócratas, especialmente a los aristócratas ricos, y

conectaba con las excentricidades del príncipe, que tenía su misma edad. ¿Por qué no hizo de Dalí? Porque el verdadero Dalí no es el que conocemos. El verdadero Dalí era introvertido y tímido en extremo, al menos de pequeño y aun joven, y todavía lo era en aquella época. Cuando alguien le dirigía la palabra, se sofocaba y no sabía qué responder. Decía que nadie le entendía, ni siquiera él mismo, y que por eso escribía tanto. Un día me dijo: «Yo soy un escritor que, además, pinta. Soy demasiado inteligente para ser un buen pintor». Y lo decía con razón. Sus obras completas, que no recogen toda su producción escrita, tienen ocho volúmenes, y el que menos es de quinientas páginas. La mayoría tiene un millar. En un momento dado conoció a Freud, en Londres, y además de dibujarlo al carboncillo, le envió ciento tres cartas. Lo que no sé es si Freud contestó alguna. En todo caso quien hizo las presentaciones y lo acompañó fue Stefan Zweig, amigo de ambos. Sí, Zweig. Aunque yo no sea más que un hombre de campo, leo mucho, como puedes ver, y Zweig es uno de mis escritores favoritos. Su visión de, precisamente, la época de la que hablamos me parece muy interesante. ¿Has leído *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*? Qué maravilla. Quizá algún día alguien escriba nuestras veinticuatro horas en la terraza del hotel Albons en el verano del 92. ¡No, hombre, dejaré de hablar antes de medianoche! Prosigamos.

Así era Dalí, una amalgama de rasgos de personalidad contradictorios que gestionaba tan bien como podía o como sabía su cerebro privilegiado. Para vencer la timidez y la vergüenza, se inventó un personaje que representaba cuando le hacía falta, pero ese personaje, tan alejado del auténtico, terminó por devorar su propia personalidad. A veces decía que era actor, y la gente pensaba que era una de sus excentricidades. Un día un joven inglés aspirante a pintor acudió a verlo a Portlligat. Él lo recibió con una túnica blanca, y al ver que el joven iba vestido normal, le dijo: «Usted dice que quiere ser artista y me pide que lo reciba. Al menos podría haberse disfrazado. Yo me he disfrazado de Salvador Dalí». En este sentido también decía que sus grandes ojos abiertos y su bigote —que tenía como origen la obsesión de superar el de Nietzsche— eran elementos indispensables para la creación artística, porque actuaban como antenas de ideas. ¿Si le gustaba Nietzsche? No lo sé, solo decía que él quería ser el Nietzsche de lo irracional. A mí la afición al

filósofo me viene de él. ¿Que lo sé todo? No, yo no sé nada, pero cuando me interesa una cosa, me lanzo de lleno. No tengo nada que hacer, y conocer me hace vivir vidas diferentes, viajar allí donde yo nunca iré. Se me ha pasado la edad. En el pueblo opinan que no carburo. ¿Qué quiero decir? Pues que me toman por loco, *tocado* por la tramuntana, como decimos aquí. Que piensen lo que quieran, que yo, a mi manera, soy feliz y sé que vivo una vida privilegiada. Conocer, saber, es mi vida, ¡y a quien no lo entienda que le den! Nada, hombre, tampoco hace falta que lo entiendas todo. Déjalo correr.

Dalí tuvo un hermano mayor que se llamaba Salvador y que murió de una meningitis. Parece que poseía una inteligencia excepcional. Sí, el hermano se llamaba Salvador, y cuando él nació, también le pusieron Salvador, en recuerdo del muerto, para recuperarlo de alguna manera, para darle una nueva oportunidad de existir. Ese es otro factor que marcó su vida y que lo empujó a inventarse un personaje. La sombra del hermano siempre lo persiguió, y él decidió construirse una identidad falsa para diferenciarse y para afirmarse. A menudo hablaba del Salvador Dalí muerto y del nuevo Salvador Dalí vivo. ¿Lo ves? Se sabe muy poco del personaje, porque nos hemos quedado con su imagen pública y nos ha engañado a todos. El gran masturbador de todos los tiempos, perverso, polimorfo, surrealista, excelso, divino y déspota supremo, utilizando sus palabras, era una actuación que hacía con elegante desenvoltura. El verdadero Dalí era simpático, empático, amigo de sus amigos y un gran maestro de los sueños. Su padre lo echó de casa cuando se negó a hacer el último examen en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid. La prueba era oral. El tribunal le preguntó por Rafael y les dijo que no podía hacer el examen porque él sabía mucho más de Rafael que todos los profesores que tenían que juzgarlo juntos. Y no lo hizo. Antes de eso ya había protagonizado una gran trifulca familiar cuando cometió cuatro faltas de ortografía al escribir «revolución» con dos erres, be, una hache intercalada y una te al final: *rrebolhuciont*.

Se ha escrito mucho sobre él sin entender que tal vez sus actuaciones eran un mecanismo de protección, de sí mismo y de la realidad que lo rodeaba. Decía que era jesuítico, católico, apostólico y romano, pero también afirmaba que no conocía a Dios porque nadie se lo había presentado, y que por eso lo

único que le faltaba era la fe. Cuando le preguntaban en qué gastaba tanto dinero, decía que en nada: «Yo soy místico, y como los místicos de la Edad Media, como Ramon Llull, sin ir más lejos, busco el modo de transformar la materia en oro». Se consideraba a sí mismo el genio de mayor espiritualidad de su época. También decía que, inspirado por Auguste Comte, quería inventarse una religión sádico-masoquista, onírica y paranoica. Tú sabes quién es, ¿verdad? Yo había oído hablar de él, pero no sabía quién era, y un día, paseando por el cementerio Père-Lachaise de París, de repente me encontré ante su tumba. Me dio un brinco el corazón al recordar las veces que Dalí me había hablado de él, como de tantos otros, y yo me había hecho el sueco porque no sabía quién era. Le pedí a un chico que también paseaba por allí descubriendo celebridades que me hiciese una foto, y al volver a casa lo busqué en la *Gran Enciclopèdia Catalana*. ¿Qué sería de mí si no la tuviese? Soy demasiado curioso, pero ¿sabes qué?, todo lo que sé lo he leído en gran parte en la *Enciclopèdia*. Yo no soy como tú. Lo de la crítica literaria debe de ser apasionante. ¡Que te paguen por leer! No pongas esa cara. Ahora me saldrás con que es un trabajo duro. ¡Venga, hombre, venga!

El verdadero Dalí, el tímido, fue quien se hizo cargo de la muerte del príncipe y de las primeras horas de desesperación de su hermana Roussy. La capilla ardiente se instaló en Mas Juny. La figura alta y esbelta del príncipe vestía el uniforme cortesano. Un enorme perro gran danés no dejaba que nadie se acercase al féretro. Con motivo del entierro llegaron a Mas Juny más de una quincena de coches, la mayoría extranjeros, muchos con matrícula del cuerpo diplomático. Fue todo un acontecimiento en el Ampurdán.

El cadáver del príncipe Alexis Mdivani, que fue embalsamado y recibió sepultura en el cementerio municipal de Palamós, por iniciativa de su hermano político, el pintor señor Sert, será trasladado al Mas Sant Esteve, adyacente al Mas Juny, propiedad del señor Sert y en el cual hay una capilla.

Además, el señor Sert tiene intención, si lo consigue de las autoridades competentes, de trasladar al citado *mas* los cuerpos de los padres del príncipe Alexis, que murieron en el exilio y descansan en el cementerio Père-Lachaise de París. (*La Vanguardia*, 13 de agosto de 1935).

El entierro fue el 3 de agosto a las cinco de la tarde en el cementerio de

Palamós, y esperaban poder trasladar sus restos a una cripta particular. Sert, en medio de un calor sofocante, de la gente y de la emoción, apesadumbrado y lloroso, tan solo fue capaz de decir: «¡La vida es una mierda!». La princesa Roussy fue obligada a guardar cama y no pudo asistir como consecuencia de su estado gravemente alterado. El féretro era de caoba y tenía una gran cruz de plata encima. Lo trajeron de Barcelona transportado por un furgón de la Casa de la Caridad. Sobre el cuerpo embalsamado, Sert colocó una cartera con retratos de la familia y una pequeña cruz. Cuando ya se había cerrado el féretro, cogió un buril y grabó, en la parte de los pies, una inscripción que rezaba: «Príncipe Alexis Mdivani, 1 de agosto de 1935». A continuación la comitiva salió de Mas Juny hacia el cementerio de Palamós, y el cuerpo fue enterrado en un nicho, el número 66 del ala A. El funeral fue oficiado por cuatro sacerdotes y presidido por el propio Sert, el alcalde de Palamós, que si la memoria no me engaña se llamaba Dídac Garrell, y por el político Gaston Bergery. ¿No sabes quién es? Yo tampoco lo sabía, pero lo busqué ya sabes dónde. Había sido diputado del Partido Radical, del frente popular, próximo a los socialistas, y durante la guerra fue partidario del general Pétain y del régimen colaboracionista de Vichy. También presidieron el sepelio el subsecretario de Bellas Artes del gobierno francés, de quien no recuerdo el nombre, Dalí y el mecenas Edward James, muy amigo de la familia. Gala también estaba presente, me lo dijo ella misma, pero ningún medio la menciona.

El alcalde de Palamós, apoderado del príncipe, se ocupó de pagar sus deudas e inició un largo proceso reclamando a los herederos que le devolviesen el dinero que había adelantado. Pero Franco lo fusiló por pertenecer a Esquerra Republicana, y su viuda me parece que tampoco lo consiguió. No, hombre, no, a ella no la fusilaron, quiero decir que tampoco cobró.

Aquellos días se hablaba en el Ampurdán del contraste entre un humilde nicho a ras de suelo junto a la tapia del cementerio y el domicilio que constaba en el testamento del príncipe, en el 1.020 de la Quinta Avenida de Nueva York, símbolo de la vida de lujo y opulencia que llevó. Pero no creo que eso le hubiese molestado mucho. Él había vivido tanto la riqueza como la pobreza y,

como te he dicho, constantemente navegaba entre los dos mundos y en ambos era bien aceptado. Una muestra de lo que te digo es la gran cantidad de gente de toda clase y condición que acudió al cementerio a despedirse de él, porque, a pesar del poco tiempo que había pasado en el Ampurdán, todo el mundo lo conocía y lo apreciaba, sobre todo las chicas. Muchas de las presentes habían sido sus compañeras de baile, estoy seguro. Era uno de los hombres más elegantes de París. Lo tenía todo. Era muy atractivo, de conversación fácil y entretenida, y tenía dinero, palacios, caballos, mujeres y un Rolls-Royce. Tanta aristocracia, tanto glamur y tanta repercusión en la prensa de todo el mundo molestaron a la gente de izquierdas, que ya vivía el clima de preguerra, y aunque ya teníamos encima el conflicto, en aquel momento a nadie se le pasaba por la cabeza. Su accidente, para acabarlo de rematar, coincidió con otro que sucedió un día después, en el que murieron tres obreros calcinados. Un camión que transportaba barras de hierro chocó con otro cargado con fruta y verdura que se dirigía a vender al mercado, en Girona. Lo desvió contra un árbol y se incendió. El periódico *L'Autonomista* publicó, en primera página, un artículo denunciando los hechos con el título: «La última y escandalosa página de la novela de un príncipe aventurero».

Alexis había comprado el Mas de Sant Esteve con el dinero del divorcio de Barbara Hutton, ¿te acuerdas? En los terrenos de la finca estaban las ruinas de un castillo y una antigua capilla del siglo XIII que había adquirido el que fue primer alcalde de Palamós en nombre de Pedro el Grande, con objeto de fundar la villa y su puerto real. Durante la guerra de los Remensas fue casi derruido y en el siglo XVI se reconvirtió en masía. Su situación es excepcional, yo diría que todavía mejor que la de Mas Juny, porque se halla sobre un promontorio de roca granítica que se adentra en el mar, formando una península. La idea del príncipe era tener una residencia propia cerca de su querida hermana, vivir allí con Maud y al mismo tiempo poder trasladar los restos de su familia a la capilla, cuya reconstrucción pretendía ordenar, y para reposar él mismo, en un futuro, pero la guerra, la muerte de Roussy y la venta de Mas Juny relegaron el proyecto al olvido. A finales del año 1950, la princesa Nina Mdivani, la hermana menos conocida del príncipe, decidió reunir a sus padres y sus hermanos fallecidos. Hizo exhumar el cadáver de

Alexis y lo trasladó a Lausana para que descansase junto al de su hermana Roussy. No sé si también logró llevar allí a sus padres y a Serge, otro hermano, fallecido joven, a los treinta y tres años, al caer del caballo mientras jugaba al polo en Estados Unidos. Nina se casó con un abogado, profesor de Stanford. Su segundo marido se llamaba Denis Conan Doyle y era hijo del creador de Sherlock Holmes. Muerto este, se casó con su secretario.

El día de la Asunción de la Virgen María, el 15 de agosto, el pintor Sert viajó a París para buscar a los hermanos de su esposa, Roussy, y del príncipe Alexis, Serge y David, y comunicarles el delicado estado de salud de su hermana y pedirles que la fueran a visitar, con la esperanza de arrancarla de la situación de ausencia en que se encontraba. Ausencia salpicada de episodios de desesperación agresiva. Roussy, que heredó doscientos nueve mil dólares del príncipe, además de los recuerdos, nunca más volvió a ser la chica alegre y despreocupada que actuaba como anfitriona de la intelectualidad europea en Mas Juny. Como ya te he dicho, durante mucho tiempo aseguraba que Alexis estaba vivo. Era incapaz de aceptar la realidad de la tragedia.

Mientras enterraban al príncipe en Palamós, su amante, Maud, se preparaba en la clínica Girona para la llegada de su marido, el barón Thyssen. Por lo que supe después, el motivo principal de su viaje en medio del escándalo no era interesarse por su estado, sino averiguar dónde habían ido a parar las joyas de la familia, o al menos eso es lo que *La Vanguardia* publicó en aquel momento. Sí, las joyas desaparecidas en un campo de la zona. ¿Te acuerdas? ¿Existieron de verdad? Parece que sí, pero todas las hipótesis permanecen abiertas.

7

LA DESAPARICIÓN DE UNAS JOYAS

«Es mucho más grave fundar un banco que robarlo».

BERTOLT BRECHT

Tú también estás aquí por las joyas, y lo sabes desde el momento en que tomaste la decisión de venir. Hombre, no me hagas creer que no sabías nada, que no escuchaste los comentarios de tus jefes de la Gestapo... ¿Sabes? De la visita de la Gestapo a Albons en el año 1942 nadie ha dicho nada. Los periodistas se han quedado en las historias de la alta sociedad, deslumbrados por el glamur y la tragedia.

Mira, tengo la sensación de que en esta historia hay tantos intereses cruzados que por eso es tan difícil resolverla. Intentemos analizarlo de la manera más distante posible, porque ya veo la cara que pones: tú también piensas que yo oculto algo, y mi interés, te lo aseguro, es solamente alimentar la curiosidad que siempre he defendido que debe tener toda persona que se interese por la historia, no por esta, por la historia en general. A mí este asunto me ha llevado a interesarme por la Europa de entreguerras, por la familia Thyssen y por los estragos del nazismo. En la vida hay que tener proyectos que te llenen, y este ha sido el mío. Lo que te estoy contando ahora es un breve resumen de visitas a hemerotecas y de conversaciones con el señor Pla y el señor Dalí para entender unos hechos que, muy especialmente este último, vivió de manera muy intensa. Cuando un día le conté el interés del abuelo

Thyssen, el fundador de la saga, ahora no sé bien si por Rodin o por sus modelos, Dalí me salió con una de sus frases, una que se me ha quedado grabada en la memoria: «Lo mínimo que se le puede pedir a una escultura es que no se mueva». ¿Qué quería decir realmente? No lo sé. No estoy seguro de si pensaba en las esculturas o en los modelos, o si era una de sus críticas sarcásticas a otros artistas. ¿Sabes que tenía una especie de gráfico en el que puntuaba a otros pintores y a sí mismo? Pues es interesante comprobar cuáles eran sus filias y fobias. Por cierto, él no ocupaba los primeros puestos. El que le parecía más perfecto era Vermeer, que tenía veinte puntos sobre veinte en todas las categorías menos en originalidad, en que obtenía diecinueve. Le seguían Velázquez, Rafael, Leonardo da Vinci, él y Picasso. Sobre sí mismo opinaba que no dominaba el color lo suficiente, ni la técnica. De Picasso siempre decía que le faltaba misterio. Y al que no soportaba era a Mondrian: en su lista tiene un cuatro sobre veinte y lo relega al último lugar. Un día que no tengamos tanto trabajo te lo enseño, porque ahora tenemos que hablar del meollo de la cuestión. Mira, lee lo que dice *La Vanguardia* del 17 de agosto sobre las joyas.

Sobre la desaparición de las joyas de la baronesa Von Thyssen. La denuncia de la desaparición de las joyas, valoradas en tres millones de pesetas, por parte del barón ha causado una gran sorpresa.

El hecho se presenta muy complicado, y respecto de él la desorientación es absoluta. Es posible que la baronesa no llevara las joyas en el coche cuando ocurrió el accidente, y también podría muy bien ser que las hubiera dejado en algún establecimiento a fin de evitar el peligro que representaba el hecho de viajar con joyas de tanto valor.

Podemos añadir que al acudir el juez de Albons al lugar del accidente se incautó de todo lo que llevaban en el coche. Sabemos también que unas niñas, campesinas de Albons, cuya curiosidad las llevó a examinar los objetos que quedaron en el coche después del accidente, a la llegada del juez fueron las primeras en entregar el monedero de la baronesa, el cual contenía las joyas y el dinero citados en el atestado judicial. Lo único que había llamado la atención de las niñas, según propia manifestación del juez de Albons, eran las pinturas del maquillaje y una cigarrera de la baronesa. La intervención judicial no pudo ser más escrupulosa.

Todas las personas que intervinieron en el suceso han quedado sorprendidas de la denuncia hecha, ya que se tuvo especial cuidado en recoger todo el equipaje, fueran o no objetos de valor.

A las autoridades corresponde esclarecer si las joyas denunciadas llegaron a entrar en

España cuando la baronesa vino a veranear a la Costa Brava. (*La Vanguardia*, 17 de agosto de 1935).

Como suele pasar en estos casos turbios, la prensa ofrece diferentes versiones sobre la desaparición de las joyas. Para algunos periódicos ha sido una sorpresa; otros, como el *Brusi*, dicen que lo sabían desde el primer día, pero que no publicaron la noticia para no entorpecer la acción de la justicia. También hay, en los primeros momentos, informaciones contradictorias sobre su valor. Finalmente se supo que estaban aseguradas, y hacía poco que habían sido tasadas por un joyero de la Rue de la Paix, en París, por un valor de dos millones ochocientos noventa y cinco mil francos franceses. ¿A cuánto equivaldría hoy? No lo sé, nunca me he molestado en averiguarlo exactamente, pese a que en aquel momento en casa se hacían cálculos. Pero un día, hojeando prensa de la época, me picó la curiosidad y me entretuve en mirar los anuncios clasificados. A ver si lo encuentro en la carpeta... Mira, aquí lo tengo. Por ejemplo, una casa en la calle Ferran de Barcelona, de seis mil setecientos palmos, valía, en agosto de 1935, ciento cincuenta mil pesetas. Una casa en Horta, de cinco habitaciones, treinta mil pesetas. Un edificio de doce pisos habitables en la calle de la Portaferriça, quinientas cincuenta mil pesetas. El alquiler de una casa de diez habitaciones en la calle Balmes con Bertran valía ochenta y cinco pesetas. Claro que si no tenemos la equivalencia de los francos en pesetas no nos sirve de mucho, solamente para hacernos cargo de la importancia del valor.

La baronesa tan solo salvó lo que llevaba puesto: un brazalete y un anillo. El anillo era un diamante azul valorado en trescientos mil francos. Se decía por entonces que había costado mucho quitárselo del dedo, porque tenía un problema de artrosis en las manos que hacía que sus falanges fuesen anchas e irregulares. ¿Lo ves? No era perfecta. ¿Que no puede ser? ¿Que una chica de veintiséis años no podía tener artrosis? Mira, yo no soy un experto en el tema y solo te repito lo que se decía en aquellos días. Puede que tengas razón y que se tratase solo de la tumefacción general causada por el impacto y el consiguiente traumatismo. El caso es que todo el mundo se preguntaba si había enloquecido durante los quince días que había pasado entre la vida y la muerte

en la clínica de Girona. Esta sería la explicación al hecho de que, pese a haber transcurrido ese tiempo, aún no hubiese podido declarar sobre si llevaba o no las famosas joyas denunciadas por el barón. También es verdad que todas las crónicas hablan de las consecuencias del accidente en la lengua, que se le había partido, y que por tanto no le debía de resultar fácil hablar. Eso sí, cuando comenzó a recuperar el conocimiento, hacia finales de agosto, lo primero que hizo fue escribir notas incansablemente en las que preguntaba por el estado del príncipe.

Ocupaba una habitación sin ningún lujo, con una cama de bronce, una mesita de noche y una butaquita desde donde miraba el jardín cuando empezó a recuperarse. Le gustaba observar a los otros enfermos sentados al fresco y se lamentaba por no poder hacerlo ella misma por miedo a los fotógrafos, que hacían lo imposible por captar alguna imagen. Lo intentó varias veces, pero siempre se veía obligada a abandonar ante el objetivo indiscreto de alguno de los fotógrafos que había logrado subirse a la valla que rodeaba el jardín. Le habían cortado mucho el pelo y llevaba la cabeza vendada y el ojo izquierdo tapado. Le habían asegurado, sin embargo, que solo le quedaría una cicatriz en la frente, a ras de ceja, muy fácil de maquillar.

Parece que a causa de la tragedia sufría un leve trastorno mental. A las enfermeras las llamaba «alteza», tenía frecuentes arrebatos de furia, cosa comprensible, por otro lado, dada su penosa y delicada situación física y emocional. En uno de esos ataques hubo que abrir a golpes la puerta del baño para controlarla. No había manera de que saliera, y cuando reventaron la puerta, salió cantando. También se cuenta que durante uno de estos actos de desesperación hizo añicos las gafas del doctor Coll. Otras informaciones, en cambio, describen su estado como de depresión profunda y de verdadera postración. Algunos periódicos afirmaban que se le había practicado una trepanación, otros que se había fracturado la base del cráneo, otros que también había perdido un ojo...

Pero no perdamos de vista las joyas, que es el tema que nos interesa. Mira lo que dice *La Vanguardia* del 18 de agosto. Recuerda que tan solo habían pasado dieciocho días desde el accidente.

Nuevos detalles acerca de la desaparición de las joyas. Continúa el revuelo. Hemos hablado con el juez, que se ha mostrado muy reservado y pasa la pelota a los testigos, vecinos de los pueblos cercanos.

Ha llegado a Albons el inspector Francisco Fernández, acompañado de los agentes señores Gándara, Fraile y Quevedo, que conferenciaron con el comisario de policía de Girona y con el juez interino, Juan Antonio Pascual de Bonanza, e iniciaron las investigaciones.

De resultas de la reconstrucción de los primeros momentos de la tragedia se sabe que el primero que se apercibió del vuelco del auto del príncipe Alexis fue un muchacho de nueve años, el cual inmediatamente avisó a dos muchachos compañeros suyos, sin que los niños, asustados, prestaran ayuda. Después, llegó el coche del señor Xifré Riera, quien con su señora se dirigía a Girona. Descendieron del coche y, con la natural consternación, procedieron a salvar a la baronesa, trasladándola, con el auxilio de unos campesinos, a una casa inmediata. A los pocos minutos llegó otro coche, propiedad del señor Fité, de Girona, acompañado de sus amigos los señores Pujol y Ras y Ramón Nogareda y Ruiz.

Estos señores relatan que, llenos de emoción, no cayeron en pequeños detalles que luego han adquirido importancia. Vieron un hombre aprisionado entre los restos del coche, y tuvieron que dar la vuelta a este para extraerlo, comprobando que había muerto instantáneamente y que tenía roto el cráneo. Por el coche, sueltas y envueltas en papel manila, vieron varias alhajas, un revólver de oro, una lujosa guía de ferrocarriles con iniciales doradas y otros objetos. También vieron un bolsito con perlas y brillantes.

Al continuar su viaje, se encontraron con un grupo de hombres, a los que preguntaron por el juez municipal del pueblo inmediato, o sea, de Albons, contestándoles aquellos que el juez municipal se hallaba en el campo, pero que enseguida acudiría. Todos los automovilistas, después de prestar socorro, continuaron su marcha, con la emoción que es de suponer.

Después acudió el juez de Albons, procediendo al levantamiento del cadáver y al inventario de lo hallado. Luego llegó de Palamós la princesa Mdivani, solicitando que le fuese entregado el cuerpo de su hermano, oponiéndose a ello el secretario municipal señor Bach. (*La Vanguardia*, 18 de agosto de 1935).

Oye, Joan, ¿no me dijiste que el primero que vio el accidente fue un señor que iba andando por la carretera?

Sí, pero el primero que llegó fue el muchacho de Can Boter, ¿te acuerdas? Continuemos. El barón había llegado a Girona el 5 de agosto con el expreso de París en medio de una gran expectación. Los periodistas montaban guardia día y noche frente a la clínica, esperando poder sacar una fotografía o conseguir cualquier información. Lo fue a esperar el diputado francés Gaston Bergery, quien después del entierro se había quedado en Mas Juny. Supongo

que, para Sert, este encuentro debió de ser un poco incómodo y desagradable, porque fue él quien tuvo que informarle por teléfono del accidente y de sus circunstancias, es decir, de que su mujer no estaba donde él creía. Como ya te he comentado, el carácter del barón era difícil y, pese a que no trascendió, ya te puedes imaginar cómo recibió la noticia. Fue como una puñalada en el estómago. No por amor, por orgullo. Lo primero que hizo fue ir a la clínica a ver al doctor Coll, con quien estuvo hablando mucho rato. Dicen que estaba muy nervioso y que su agitación aumentó al ver a su esposa. ¿Por el deplorable aspecto que tenía? No creo. Más bien diría que fue a causa del príncipe y del escándalo que el accidente había provocado en toda Europa. Los médicos intentan explicarle qué futuro espera a Maud, qué convalecencia, pero él no tiene ningún interés en saber nada más. Lo importante ya no es eso porque el futuro ya no lo ve compartido con ella. Lo importante no es saber si podrá volver a hablar o cómo evolucionará su ojo. Lo importante es él y la humillación que representa haber sido engañado por una cualquiera con un cualquiera. ¿Príncipe? ¡De cartón piedra! ¿Joven y atractivo? Esa es la cuestión. Eso es lo que más le duele, porque lo sitúa cara a cara con lo que es incapaz de asumir: una vejez mal aceptada y peor llevada. El dinero lo puede todo salvo devolver la salud, y aún menos la juventud.

¿Qué va a decirle, si ella no puede responder? ¿Qué va a decirle, si ella navega por espacios desconocidos? ¿Qué va a decirle, si la indiferencia provoca un sentimiento de tanta lejanía que hiela? ¿La había amado o simplemente se había sentido halagado por haber sido capaz de seducir a la bella Maud, tan querida, admirada y deseada en Berlín? Y mientras amalgamaba estos sentimientos, dentro de la habitación en penumbra en la que había entrado presionado por los doctores, la baronesa se columpiaba en aquel punto intermedio en suspensión entre el sueño y la vigilia, allí donde los pensamientos se funden con la oscuridad y estallan en mil partículas surrealistas. No pensaba en el barón, a pesar de que lo tenía delante. Pensaba en Alexis. Temía el olvido. Lo veía nítidamente y de repente explotaba y se transformaba en una multitud de formas geométricas. ¿Era eso el olvido? ¿Cómo se puede olvidar tanto amor? ¿Dónde está él? ¿Por qué estos pensamientos oscuros y confusos? ¿Por qué? ¿O está aquí conmigo? ¿Me ama

de verdad o soy una más de su colección de conquistas? Entonces, ¿dónde está? ¿Qué hace aquí mi marido? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me habéis encerrado? ¡Esto es desesperante! ¿Qué me pasa? No entiendo nada, todo es confuso.

Los médicos habían sido muy cuidadosos con ella. Su estado emocional era muy frágil y asumir la muerte del príncipe, los destrozos en su cara y la reacción del barón no era tarea fácil, nada fácil. No le habían dicho que Alexis estaba muerto, pero tampoco que estaba vivo, porque ella todavía no podía entender nada ni preguntar nada. Fue él, el barón, quien, ante la impotencia de los médicos para calmar su cólera, le soltó la noticia sin contemplaciones, indiferente ante el hecho de si podía entenderla o no. Ella tenía los ojos cubiertos con una gasa y la boca enmudecida por la herida en la lengua. El silencio era la única respuesta posible, un silencio que aumentaba la ira del barón, que buscaba la confrontación para autoafirmarse. Las palabras de su marido le provocaron una descarga eléctrica que todos los presentes pudieron ver, y un leve aullido escapó entre sus labios, sellados con fuerza hasta ese momento. Ahora todo era tristeza, amargura, rabia, derrota, humillación, pérdida. Eran sentimientos compartidos más o menos conscientemente por causas muy diferentes. Para ella, porque era el fin de un mundo que tan solo había empezado a saborear, interesadamente con el barón, apasionadamente con el príncipe. Para él, el fin de una ilusión de juventud, de prestado, pero que había recibido como un regalo de la vida, quizá el último.

Y en medio de tal confusión de sentimientos, ¡las joyas! «¿Las llevabas? ¿Por qué tantas? ¿Querías impresionar al cazador de dotes? Ya las puedes ir encontrando, porque solo ellas podrán pagar tu nuevo rostro». Como todos los maridos que se sienten culpables, antes del accidente el barón se preocupaba por Maud y la cubría con regalos. Ella lo había entendido y el único vínculo que la unía a él era el interés. ¿Y ahora qué? Pues ahora nada. Su plan era contarle que se había enamorado locamente, que quería el divorcio, pero Alexis ya no estaba. ¿Y su aspecto? ¿Dónde había ido a parar su belleza? Maud nunca había estado enamorada del barón y él consideraba la fidelidad un estado antinatural. Decía que era un invento de la evolución humana. Pero estos argumentos solo se los aplicaba a sí mismo. Ella no se podía compartir, era suya, como cualquiera de sus posesiones. Y cuando se hartara de ella, la

cedería, nunca la compartiría.

Mira lo que te digo: estoy seguro de que, vista la situación, lo que más le importaba en aquellos momentos eran las joyas, ¿no crees? De hecho dedicó todos sus esfuerzos a poner en marcha la investigación, movió cielo y tierra. En aquellos momentos la baronesa continuaba muy grave, y el peligro de un fatal desenlace todavía no estaba descartado.

Declaró que su esposa siempre llevaba las joyas con ella cuando viajaba y que las guardaba en un maletín de piel de cocodrilo de cuarenta por veinte centímetros, fabricado expresamente para transportarlas. Especificó que las joyas eran catorce brazaletes de ópalos y brillantes, que estos solos ya valían más de quinientos mil francos; dos collares de brillantes y platino, de un valor similar; ocho broches de brillantes; cuatro collares de perlas, y otras joyas de menor importancia; un total de cuarenta piezas según unas fuentes, y cincuenta y siete según otras. Entre estas últimas había un brazalete con cuatro perlas negras con un valor de doscientos mil francos y un aderezo de esmeraldas que había pertenecido a la zarina. Estas dos joyas eran, según el barón, las favoritas de su esposa. He encontrado referencias un tanto extrañas que relacionan estas esmeraldas con ciertos poderes de inmortalidad y con el Santo Grial. El valor total que declaró fue de dos millones ochocientos mil francos franceses de entonces, casi cien mil menos de lo que había certificado el tasador de París, supongo que porque descontaba las que se habían hallado y que ella llevaba puestas. En definitiva, todo bastante confuso, porque si sumamos y restamos vemos que no acaba de cuadrar con el diamante azul que llevaba puesto, valorado en trescientos mil francos. Pero a nosotros lo que nos importa en todo caso es tener una idea del valor real, ¿no te parece?

El gobernador general de Cataluña, el señor Pich y Pon, fue quien comunicó a la prensa la denuncia del barón, y anunció también que se había iniciado una investigación en la cual había implicado a la policía, la Guardia Civil y los Mossos d'Esquadra. ¿Quiénes son? La policía catalana, fundada a principios del siglo XVIII. Si bien hacía unos días quien no había estado en el lugar de los hechos y visto el cadáver del príncipe y el cuerpo malherido de la baronesa era un desgraciado, no en el sentido en que a menudo lo decimos en el Ampurdán, que puede llegar a ser un elogio del tipo «¡Desgraciado, qué

traje tan elegante llevas!»), sino del verdadero sentido, un don nadie, ahora, con las investigaciones policiales en marcha, todo el mundo miraba hacia otro lado por miedo a que lo considerasen sospechoso.

El 21 de agosto la baronesa aún no había podido declarar porque estaba en estado semiinconsciente. Periodistas y agentes de la policía interrogaban a los niños que habían sido testigos del accidente y al juez municipal, señor Josep Sunyer, sin ningún resultado. Nadie había visto nada. Lo más importante para la investigación era el niño de Cal Boter, de nueve años, que fue el primero en llegar, porque, como ya te he dicho, el suceso se produjo muy cerca de su casa. Por cierto, yo pude escaquearme de estos interrogatorios, ya que cuando llegué al lugar de la tragedia ya hacía rato que había ocurrido y estaba lleno de curiosos de Albons y de transeúntes. El único que declaró que había visto el maletín fue un anciano, Francesc Viñas, pero luego se desdijo.

A finales de agosto, el alguacil convocó por primera vez, a golpe de corneta, a todo el pueblo al ayuntamiento para prestar declaración ante los agentes especiales de policía. Las investigaciones resultaron infructuosas. De repente surgieron todo tipo de hipótesis; por ejemplo, que las joyas podrían haber viajado escondidas en la caja fuerte del Rolls (por cierto que el vehículo ya debía de estar camino de Inglaterra a bordo del vapor *Mocambo* o del *Castelar*, ahora no me acuerdo, que había zarpado o debía zarpar un día de aquellos del puerto de Palamós).

Por su parte, los agentes de policía visitaron la frontera de La Jonquera para comprobar si las joyas habían sido declaradas, como correspondía, al entrar en el país el 21 de julio. De hecho, no se sabe si la baronesa entró con el coche del príncipe o lo hizo en tren. Tan solo se sabe, por su pasaporte, que en ocho días estuvo en cuatro capitales europeas, detalle importante para valorar si realmente es verosímil que viajara con tantas joyas y de tanto valor. El 27 de julio Sert contó que Alexis y Maud habían acudido a Barcelona con el escritor inglés Edward James, se habían alojado en el Ritz y habían asistido a una corrida de toros. El hotel confirmó que llevaban consigo un maletín que solicitaron guardar en la caja fuerte.

Durante aquellos días circulaba todo tipo de hipótesis sobre dónde habían ido a parar las joyas. Unos decían que se habían quedado en París, otros que

las tenía el propio barón y que había aprovechado la ocasión para cobrar el seguro. Otros, que estaban en Mas Juny; otros, que se habían quedado en Albons. Incluso hay versiones que implican a las autoridades judiciales de Girona o a algún caminante que casualmente pasaba por el lugar del accidente. En el pueblo este fue, durante mucho tiempo, el único tema de conversación. La gente comentaba que si la baronesa no había podido declarar a causa de su delicado estado, ¿cómo se podía afirmar con tanta contundencia que llevaba encima las joyas? El barón se apresuró en aclarar que la dama de compañía de Maud se lo había confirmado y que si hacía falta estaba dispuesta a viajar al Ampurdán para declarar. Pero también dijo que ella no sabía que Maud estaba en el Ampurdán, porque le había dicho que iba a San Sebastián. Entonces, ¿quién había telefoneado a Mas Juny para avisar de la llegada a destiempo del barón? Total, un enredo bastante gordo, y difícil saber nada con certeza, ya lo ves. Por su parte, el periódico inglés *The Times* ofrecía una recompensa de quinientas libras esterlinas a quien aportase pistas sobre las joyas.

En estas circunstancias, el jefe superior de policía amenazó con dar por terminada la investigación si la familia de la víctima no se veía con ánimos de dar más detalles o, en todo caso, hasta que la baronesa no fuese capaz de declarar. Empleados de Mas Juny admitieron ante la policía que habían visto las joyas. Que incluso, pocos días antes, la princesa Roussy había advertido a la baronesa de que no era conveniente exhibirse tan enjoyada y le había aconsejado que no las llevase a la corrida de toros. Por otro lado, a finales de julio, el príncipe y la baronesa habían hecho una excursión en yate a Cannes. Habían regresado en coche y nadie supo decir si habían llevado las joyas consigo.

El barón estaba totalmente convencido y defendía vehementemente el argumento de que las joyas habían cruzado la frontera y que se disponían a volverla a cruzar en tren o en el Rolls del príncipe. «Mi mujer nunca se separa de ellas. Las apreciaba más que a nada ni a nadie. Estoy seguro de que no las dejó en París. Su dama de compañía se ha desplazado desde esta ciudad para declarar ante el juez que ella salió de París con las joyas». Al preguntarle un periodista si sospechaba de alguien, contestó que no, que estaba totalmente desorientado. Solo estaba seguro de una cosa. Del robo. «Ni mi posición ni mi

nombre me permiten equivocarme». Sobre la hipótesis de la caja fuerte oculta en el Rolls, dijo que «en estos momentos ya debe de estar en Londres. Si hubiera llegado con las joyas, yo lo sabría».

El hecho es que, desde el primer momento, un vecino de Albons, el señor Francesc Viñas, declaró haberlas visto. Luego lo negó, ¿te acuerdas? Y el juez de paz también lo negó rotundamente. Los periódicos hablan de una fortuna perdida sobre los fértiles campos ampurdaneses y *Mundo Gráfico* describe este asunto como un delirio de verano.

LAS JOYAS DE LA BARONESA MAUD DE THYSSEN. INFRUCTUOSOS TRABAJOS DE LA POLICÍA.

El inspector señor Fernández y el agente señor Gándara estuvieron ayer a mediodía en la Prefectura de Policía para informar a su superior de las indagaciones que están efectuando en Gerona sobre la desaparición de las joyas de la baronesa Maud de Thyssen.

A pesar de las activas gestiones que están llevando a cabo los citados agentes de la policía barcelonesa, no han podido aún formarse una impresión concreta del asunto, porque falta averiguar de manera concluyente —y eso tan solo se podrá saber con la declaración que pueda prestar la propia baronesa, declaración que el juez de Girona todavía no ha autorizado— si las joyas entraron o no en España.

Por la tarde, el inspector señor Francisco Fernández y los agentes Gándara y Quevedo se reunieron con el jefe superior de policía para informarle, como habían hecho ya por la mañana, acerca de las investigaciones realizadas hasta el momento sobre el robo de las joyas.

Probablemente han expuesto al jefe superior de policía la necesidad de dar por finalizada su intervención en el asunto. (*La Vanguardia*, 21 de agosto de 1935).

En medio de tal confusión, el barón, de peor humor que nunca, acusó a Sert de ser el encubridor de un adulterio. El pintor respondió que, «como comprenderán, nadie tenía por qué preguntar a la baronesa si su marido sabía que estaba en el Ampurdán con el príncipe». ¿Que era normal que estuviese de mal humor? Hombre, qué quieres que te diga, él tampoco era un angelito caído del cielo... ¡Menuda pieza!

Las visitas del barón a la baronesa fueron escasas, frías y con instantes de tensión y violencia. Parece que a ella el silencio forzado de las primeras

semanas la ayudó a afrontar la situación con cierta dignidad, la dignidad que otorga el silencio. Algún artículo de la época describe unas reacciones idílicas por parte del barón, que le lleva flores cada día y que planea llevársela a Villa Favorita o a Berlín para que se recupere, pero la realidad es que abandonará la clínica sola, sin pagar las facturas, y que uno de sus primeros destinos será el lugar del accidente, en Albons, para despedirse de su amado e iniciar el duelo.

Mira, el martes 3 de septiembre, *La Vanguardia* publica una pequeña nota en la que dice que, finalmente, el juez ha podido interrogar a la baronesa Von Thyssen.

Dado que coordina con dificultad, será preciso ampliar sus declaraciones con otras complementarias, pero asegura que llevaba las joyas en el coche del príncipe Mdivani dentro de un maletín cerrado.

La baronesa, que no recuperó del todo la memoria hasta finales de agosto, hizo una doble declaración en inglés en la cual dejaba claro que el día del accidente llevaba las joyas en el famoso maletín, en el regazo, cubierto con una funda de color azul oscuro. Parece que los policías no entendían qué quería decir que fuera de piel de cocodrilo y tuvo que enseñarles unos zapatos que casualmente tenía de esa piel para que se hicieran una idea. También contó que además de las joyas llevaba unos amuletos, más importantes para ella que las joyas, que habían pertenecido a la zarina Alexandra. Uno de ellos era una sardina seca que le había dado Rasputin, y aseguró que era sagrada. La declaración sobre el maletín de cocodrilo coincide, pues, con la del barón.

Tres días más tarde, el 6 de septiembre, el fiscal de la audiencia de Girona y el juez señor Pascual de Bonanza volvieron a la clínica Girona para interrogar a la baronesa sobre la desaparición de las joyas. Ratificó todo lo que había declarado unos días antes e insistió en que las joyas habían sido robadas del coche en el momento del accidente, aprovechando los primeros instantes de confusión.

A primeros de septiembre se supo que Barbara Hutton y su marido de entonces, el conde Von Haugwitz Reventlow, se dirigían a París en coche

desde Dinamarca para reunirse con los hermanos del príncipe y para negociar el reparto del testamento de su exmarido, que ascendía a dos millones de libras esterlinas. No, ella no reclamaba nada, pero supongo que como el divorcio se había producido pocos meses antes, aún les debía dinero, según los acuerdos prematrimoniales a los que habían llegado. Sí, dice mucho de ella, que quizá no era tan frívola como parecía. El tema central, sin embargo, no era el dinero, sino el palacio de Venecia que le había regalado a Alexis para pasar la luna de miel y que había decorado Sert; el príncipe siempre le había dicho que se lo devolvería, que no lo quería, porque se había comprometido con su padre a que, en caso de divorcio, aceptaría dinero pero no propiedades. El problema, si es que podemos llamarlo así, era que ella tampoco lo quería. ¿Cómo terminó aquello? La verdad es que no lo sé.

8

EL DECLIVE DE MAUD THYSSEN

«No es la adversidad lo que mata,
sino la impaciencia con que la soportamos».

Inscripción hecha por un preso anónimo
en una celda de la Torre de Londres.

El 6 de septiembre *La Vanguardia* publicó una nota breve en la que anunciaba que el barón Thyssen ofrece doscientas mil pesetas a la persona que consiga alguna información sobre las joyas perdidas, pero pese a la recompensa y a las numerosas diligencias policiales, nadie aportó ninguna pista más, ni los que habían declarado haberlas visto poco después del accidente. La policía tenía fotografías de las joyas desaparecidas, supongo que facilitadas por el barón, pero todo esfuerzo resultó infructuoso. A mediados de septiembre se cerró el caso por falta de información y de pruebas, pero, al cabo de unos meses, un cazador vecino de Albons encontró un maletín de piel de cocodrilo, vacío, arrojado a un campo situado cincuenta metros más allá del lugar del accidente. Sí, como te lo cuento, un maletín del tamaño y las características que tanto la baronesa como el barón habían descrito. ¿Adónde fue a parar? Supongo que a la policía, pero en aquellos momentos ya teníamos encima nuestra Guerra Civil.

¿Qué pasó con la baronesa y el barón? Los periódicos, *La Vanguardia* especialmente, se dedicaban a tapar el escándalo y a ofrecer un escenario de normalidad. A mediados de septiembre, el periódico informaba sobre la

inminente salida de la baronesa de la clínica Girona, donde, como ves, se pasó más de un mes, cuarenta y ocho días, para ser exactos, y sobre los preparativos del viaje de regreso de los que se ocupaba el barón. Decía que, una vez tramitada la prórroga del pasaporte de su esposa, volverían directamente a Berlín para descansar una temporada en un chalé que poseían en la ciudad. Pensándolo bien, no era demasiado verosímil, porque ella se había marchado como la bella mariposa Ilse Maud Feller y ahora regresaba envuelta en el escándalo, con las secuelas del accidente en la cara, habiendo perdido un ojo y con la lengua dañada.

El hecho es que la baronesa Thyssen no se fue directamente a Berlín. Cuando pudo abandonar la clínica, el personal salió para despedirla. Finalmente todos acabaron apreciándola y entendieron los motivos de su desesperación. Acudió directamente a Mas Juny para descansar unos días sola, sin el barón. Puedo imaginarme su estado de ánimo al ver aquel lugar, donde había sido tan feliz, de donde partió pensando que lo tenía todo y al que ahora volvía sin nada.

Una vez recuperada, se dirigió primero a Palamós, al cementerio, a visitar la tumba del príncipe. Después regresó a Albons para ver el lugar de la tragedia y el sitio donde había vivido los últimos momentos con él. También fue a dar las gracias al señor Josep Vidal por sus atenciones justo después del accidente, cuando acababan de trasladarla a Cal Boter. Fue él quien reparó en que tenía la cara llena de sangre coagulada y que, si no se le limpiaba inmediatamente, podía morir asfixiada. Dicen que no solamente regresó a Albons por cuestiones sentimentales o de agradecimiento, sino que también aprovechó el viaje para buscar alguna pista que la ayudase a encontrar las joyas. Pero repito lo que digo siempre, que la gente habla sin conocimiento y a mí me parece que lo que hizo, a pesar de su deplorable estado físico y mental, es de agradecer. Nadie en el pueblo creía que, tratándose de una persona de su categoría social, volvería para reconocer el trato que recibió, que por otro lado fue el normal, dada la situación en que se encontraba. También está la parte sentimental, por supuesto, que demuestra que tal vez ni ella ni el amor que había surgido entre ella y el príncipe eran frívolos. No parece que ni para uno ni para otro fuese un ardor pasajero o un capricho.

Sí, cuando vino a Albons la vi. Era alta, guapa, elegante. Iba con un sombrero que me parece que le tapaba la cabeza con una gasa oscura. Digo que me parece porque en el pueblo todo el mundo lo vio a su manera. Yo vi la gasa, otros no. Llevaba un vestido negro con un gran cuello blanco y unas gafas oscuras que disimulaban el ojo izquierdo, tapado. Le faltaba algún diente, pero no tenía la cara desfigurada. Sí, las cicatrices eran visibles. Yo esperaba ver a una mujer vencida por la desgracia, pero me sorprendió su sonrisa. Venga, hombre, deja ya la bromita. ¿Cómo iba a enamorarme si tenía once años? ¿Que lo he dicho yo mismo? Venga, dejemos el tema.

Luego fue a París, pero antes visitó la catedral de Vic para ver las pinturas murales de Sert. Su destino final no fue Berlín, sino Villa Favorita, en Lugano.

En cuanto al barón, no solamente tramitó el divorcio en Hungría, citando al príncipe como segundo responsable de la demanda de divorcio, sino que se negó a pagar la elevada factura de la clínica y de las complicadas operaciones de cirugía estética que tuvieron que practicarle a su exesposa. No tardó mucho en volverse a casar, ni cuatro años. Al cabo de pocos meses ya tenía novia, y este matrimonio le duró, como todos, un par de años. Se casó por cuarta vez en 1943, cuatro años antes de morir, cuando tenía sesenta y nueve.

Las heridas físicas de Maud eran muy graves, pero las morales aún lo eran más. Quizá por eso, y también por la angustia que le causaban las deudas que tenía, presentó una denuncia en su país de origen, que también era el país de origen del barón, Hungría. Sorprendentemente, la denuncia no iba dirigida contra él, sino contra los herederos del príncipe, porque ella consideraba que también debía haber cobrado una parte de su herencia por daños y perjuicios físicos, y una indemnización por la desaparición de las joyas. De alguna manera, pues, lo culpaba del estado en que la había dejado. Además, en la denuncia declaraba que había dejado las joyas a una persona de confianza del Ampurdán, sin dar ningún nombre, que nadie las había robado. No sabía que ya se había encontrado el maletín donde las llevaba, vacío, tirado en medio de un campo. La denuncia no prosperó por las incoherencias que contenía. En este asunto nada quedaba claro y cada día se publicaban nuevos disparates. ¿Cuáles? Un periódico estadounidense o australiano, ahora no me acuerdo, publicó que el accidente había ocurrido en Valbona, Teruel; o un libro sobre la

familia Thyssen afirma que los herederos del príncipe indemnizaron a Maud y que el barón pagó los honorarios de los abogados y todas las deudas de su exmujer. Vete a saber. Ese libro, que leí hace poco, también dice que, finalmente, acordaron una pensión de mil trescientos *reich marks* mensuales y un convenio alimenticio de seiscientos mil pagados de una sola vez. Esto, fíjate, sí que me lo creo.

Dos años después del divorcio y cuando el barón ya se había vuelto a casar, Maud estuvo a punto de perder la pensión porque un detective privado, que aquel había contratado, le dijo que ella incumplía lo que había acordado referente al uso del apellido y del título. Utilizó el nombre de baronesa Thyssen-Bornemisza en dos tiendas de Zúrich y en el salón de belleza de un hotel. Un periódico también suizo publicó su nombre en la lista de extranjeros que residían en el hotel Palace de Saint Moritz. Así que ya ves, en definitiva, un poco mezquino. Mucho después, a principios de los años sesenta y en medio de las peleas de los hijos del barón, que no estaban de acuerdo con el testamento que favorecía claramente y de manera inexplicable a su hijo Heini, Maud vio la ocasión para renegociar su pensión. Envío un telegrama a Heini en el que le reprochaba que no se pusiera al teléfono y le decía que, mientras él nadaba en la abundancia, ella no tenía ni para comer, ni teléfono, ni agua ni dinero. En honor a la verdad, muerto su padre, él continuó enviándole la pensión acordada, pero al parecer ella no sabía muy bien cómo administrarse. El hecho es que así es como acabó la que un día había sido considerada la mujer más guapa y elegante de París. Murió en 1971, a los sesenta y dos años.

9

EL PARÉNTESIS DE LAS GUERRAS

«Para la mayoría de los hombres,
la guerra es el fin de la soledad.
Para mí, es la soledad infinita».

ALBERT CAMUS

La Guerra Civil abrió un paréntesis en nuestras vidas y en esta historia. Yo era muy jovencito, pero tengo recuerdos muy vivos. Uno de los que me han quedado, fijate cómo funciona la memoria, es el de un niño que vino a la escuela refugiado de Barcelona. ¡Nos reíamos de él porque llevaba bata! Nosotros nunca habíamos visto nada parecido. No sufrió mucho nuestras burlas porque era muy espabilado. Nos sacó motes a todos. A una niña que era muy tímida y que se llama de apellido Casadevall la llamaba *Calces-avall*.[*] Muy pronto nos hicimos amigos. ¿Qué hacían unos refugiados en un pueblo tan pequeño? Pues mira, en aquella época Albons tenía unos seiscientos y pico habitantes y acogió al menos a cincuenta refugiados.

Durante la guerra la escuela de Albons atendía a unos setenta y cinco niños y niñas y tenía dos maestros: un hombre y una mujer. En aquellos tiempos Cataluña tenía uno de los sistemas educativos más avanzados de Europa, pero muchos niños y niñas faltaban a la escuela para hacer cola en el servicio de racionamiento o en la iglesia, que se transformó en una especie de mercado. En el altar se vendían fruslerías y las payesas se sentaban en los bancos y vendían lo que tenían. Yo también iba a vender. En casa teníamos un caqui y yo

vendía los frutos. Con lo que ganaba compraba plátanos, que me gustaban más. Los caquis los tenía aburridos. Pero normalmente yo no vendía, me ponía en la cola mientras mi madre hacía otras cosas. Iba a las siete de la mañana y ya había gente esperando. Faltaba de todo y la gente compraba y vendía lo que tenía.

Todos los hombres se habían ido a la guerra, incluso adolescentes de quince y dieciséis años. Estos niños soldados tenían un nombre, la quinta del biberón, y tuvieron que movilizarlos porque ya no quedaba gente para ir a luchar. Yo me libré por poco. Tenía doce años cuando empezó y quince cuando terminó. En el pueblo no recuerdo más que mujeres, ancianos y niños. ¿Cómo la viví yo? Pues mira, sufriendo, con una mezcla de euforia por disfrutar de algo parecido a unas vacaciones permanentes y de miedo, que me contagiaban los que eran mayores que yo. La imagen que se me ha quedado grabada es la de mi madre obligándome a meterme bajo la mesa de la cocina con un lápiz en la boca cuando, de repente, el rugido de los motores de los aviones se imponía al runrún cotidiano del pueblo, por temor a que comenzasen los bombardeos. Ahora es algo que me hace sonreír. Si nos hubiese caído una bomba encima, habría servido de poco, pero a ella le parecía el lugar más seguro del mundo. Cuando los ataques a Palamós se intensificaron y la aviación pasaba continuamente sobre nosotros, salíamos de las casas e íbamos a tumbarnos boca abajo al campo que teníamos enfrente, siempre con el lápiz en el bolsillo. Nos parecía que era más seguro y que en caso de una gran sacudida no nos morderíamos la lengua. Me acuerdo de que mi abuela se erguía un poco para ver llegar los aviones, brillantes como la plata, y todo el mundo la reprendía. ¡Abuela, al suelo, que nos van a matar a todos!

En Albons no tuvimos bombardeos, pero oíamos los aviones cuando despegaban de un campo de aviación improvisado en Celrà y se dirigían hacia La Bisbal o Palamós. Allí sí que sufrieron. Mucha gente se iba a dormir a las casas en el campo porque parecían más seguras. Todos mis amigos iban, pero yo siempre me resistí. Pensaba que si nos tenían que matar, que nos matasen a todos. No quería llegar a casa y encontrármelos a todos muertos. Prefería morir con ellos.

Por una parte, me parece que en los pueblos vivimos la guerra mejor que

en Barcelona, que fue muy castigada y donde faltaba de todo, pero, por otra, el anonimato era imposible y las venganzas muy fáciles: familias separadas por motivos ideológicos, amenazas entre vecinos que hasta entonces habían convivido en paz, barbaridades y saqueos de todo pelaje, muy especialmente de iglesias y arte religioso. Un día escuché una conversación entre milicianos que decían que «lo más importante es que el sagrario, el altar y la cruz queden hechos añicos». También destruyeron las campanas, bien porque se veían como un símbolo del poder religioso, del enemigo, bien porque se podían fundir. En Albons no se salvaron ni campanario ni campanas. Mira, recuerdo que mi padre contaba que se encontró con un viejo anarquista destruyendo los restos de una pequeña iglesia que había sido bombardeada. Cuando le preguntó qué estaba haciendo, le respondió que la estaba arrasando para que no volviesen. Mi padre, que era de izquierdas y librepensador —vaya, que no podía ver a los curas ni soportaba las estructuras eclesiásticas—, acompañaba a un maestro de La Bisbal, muy valiente, a salvar arte religioso. Hicieron un gran trabajo, pero tuvieron muchos enfrentamientos con los comités, que los amenazaban de muerte.

Hemos dejado nuestra historia a finales de 1935 y la retomaremos en el año 1942, pero entre medias, durante esos años, Cataluña sufrió esa terrible Guerra Civil y un par de revoluciones intestinas, y el mundo vivió la Segunda Guerra Mundial. ¿Estás seguro de que quieres que siga hablando de la guerra? Córdame cuando quieras, ya sabes que me pongo a parlotear... Guapa, ¿nos traes un par de carajillos? ¿No sabes qué es? Claro, perdona. Mira por dónde, esta es una de las cosas que vas a aprender hoy. ¿Coñac o anís? Déjame a mí. Coñac, guapa. Sí, ya lo sé, el café tendría que servir para aclararnos las ideas y para ir terminando, pero ya verás, con un poco de coñac vamos a ir como una moto.

Desde 1917 España iba muy mal, no lograba salir adelante. Lo mismo que Cataluña, y aunque nosotros aún no conseguíamos entenderlo, tampoco Europa iba por buen camino. Inquietud, malestar, rechazo a la España oficial, monárquica, conservadora, centralista y burocrática. Al mismo tiempo aparece la intransigencia religiosa, el renacimiento del militarismo, la negación de la diferencia y el intento de construir en Cataluña un nuevo país, republicano,

progresista, alejado de estos problemas, que en gran parte le eran ajenos. Mientras tanto, en Europa comenzaba el enfrentamiento entre autoritarismo y democracia, entre respeto por la propiedad privada y colectivización de los medios de producción y de transporte... ¡Qué te voy a contar! Todo aquello fue la semilla de la tragedia que de manera diferente tanto tú como yo vivimos y que en ambos casos adoptó una violencia sin límites. Una violencia que aquí, en el momento de la transición a la democracia, todos quisimos olvidar para intentar empezar de nuevo. Y ahora puedo decirte que creo que nos equivocamos. No en los inicios de esa transición, que quizá sí necesitaba un cierto olvido. Hablo de unos años después, cuando las instituciones democráticas ya funcionaban y el país había adquirido una cierta normalidad. Porque se puede perdonar, pero no se puede olvidar. Eso nunca. Mira, ahora, a principios de los años noventa, nos encontramos con situaciones que nos recuerdan aquella época que olvidamos demasiado fácilmente, y hoy en España aún hay quien piensa que estos problemas solamente se pueden resolver mediante represión o, peor aún, a cañonazos.

La política española de los primeros cincuenta años del siglo XX seguramente habría sido diferente si Europa no hubiese influido tanto en nuestras vidas y en nuestras decisiones. Yo todavía recuerdo lo que se hablaba en casa sobre las discusiones violentas, sin prestar atención a los matices, entre las derechas favorables a Alemania durante la Primera Guerra Mundial y las izquierdas, favorables a los aliados. De pequeño lo había oído muchas veces. Yo no estaba cuando pasó, por supuesto, nací seis o siete años más tarde, pero te lo cuento para que veas cómo influyó, incluso en el día a día de unos pobres campesinos. Bueno, campesinos, en nuestro caso, no tan pobres, gracias a Dios, pero interesados y preocupados por lo que ocurría en el mundo. Este abismo otorgó patente de corso a la acción directa de pistoleros bajo el paraguas de empresarios, poderes fácticos y dictadores, y a pistoleros al amparo del obrerismo, del anarquismo más radical o de individuos desesperados; divisiones entre las izquierdas, violencia contra una Iglesia que tampoco era comparable a la intransigencia de la española y todo lo que tú quieras. ¿Quiénes eran los pistoleros? Gente desarraigada y desesperada que había emigrado a las ciudades, víctima de patronos con pocos escrúpulos y

presa fácil de la demagogia, que hizo derivar parte del sindicalismo hacia el pistolero. De hecho, el origen de este pistolero se ha estudiado poco y es un tanto oscuro. Hay quien dice que las primeras bandas las organizaron espías alemanes, para detener la producción de material de guerra en las fábricas catalanas que trabajaban para los aliados durante la Primera Guerra Mundial. También hubo misteriosas complicidades entre la policía y algunos anarcosindicalistas, denunciadas por dirigentes de buena fe que los tildaban de ambiciosos, descerebrados, granujas, asesinos y vividores. Resulta muy difícil esclarecer las relaciones entre policía, patronos, anarquistas y sindicalistas puros y los pistoleros contratados por cada grupo. Ya te puedes imaginar el clima de la época, una auténtica orgía de crímenes. Un verdadero martirio para Cataluña, con epicentro o escenario de lujo en Barcelona. Había reivindicaciones sociales y políticas justas, pero algunos dirigentes sindicales no eran lo que se dice un ejemplo de eficacia. Otros, quizá los más clarividentes, fueron asesinados.

El clima se enrareció aún más a principios de los años treinta, y de nuevo encontramos influencias foráneas. El acceso de Hitler al poder en el año 1933 y la guerra colonial de Mussolini contra Etiopía son dos ejemplos de ello. La Guerra Civil española comienza en el momento en que se proclama el Imperio italiano y Alemania se militariza, y no es la única, a marchas forzadas. A partir de aquí, entre 1936 y 1939 Europa y España viven situaciones similares, la misma guerra civil e ideológica. ¿Lo ves?, entre estos años tu historia y la mía confluyen. Sin el complicado contexto europeo, la Guerra Civil habría durado mucho menos. Las potencias europeas seguramente habrían intervenido, pero sucedió lo contrario, y nuestra guerra fue un ensayo de la de Europa. Rusia, Alemania e Italia instigándola por un lado, y Francia e Inglaterra con Estados Unidos en la distancia, inmóviles, sin saber qué tenían que hacer; sembraron una semilla más hacia la Segunda Guerra Mundial. La otra se había sembrado en cuanto acabó la Gran Guerra en 1918, en Versalles.

Ahora que te he contado cómo vivimos nosotros la guerra, también tendría que contarte cómo la vivieron nuestros protagonistas. Trataré de ser breve. Comencemos por Sert. Durante la República fue agregado cultural de la embajada española en París, se ofreció para proteger las obras del Museo del

Prado durante la guerra y, después de un largo periplo, las puso bajo la tutela de la Sociedad de Naciones de Ginebra. Se alejó pronto de los ideales republicanos, dicen que a causa de la destrucción de la catedral de Vic, y en consecuencia de sus murales, que había tardado casi treinta años en terminar, y de la muerte a manos de radicales de algún amigo y de muchos conocidos. A mediados de 1937 atravesó la línea del frente y se presentó en Burgos para ponerse al servicio de los militares franquistas insurrectos. De entrada lo acusaron de rojo y separatista, fijate tú cómo son las cosas, y hasta se dijo que lo habían condenado a muerte y que lo habían indultado. Pero esto lo desmintió más tarde. En ese mismo año, en la Exposición Universal de París, trabajó para el Pabellón Pontificio sobre el tema «Los mártires españoles», los del bando nacional, por supuesto, hecho que contribuyó a reforzar su imagen franquista. Después, durante la ocupación alemana de Francia, continuó trabajando como pintor sin tomar partido, pero terminó con el mismo cargo de agregado cultural de la embajada española, en este caso no republicana sino franquista, y en el régimen de Vichy, probablemente por influencia de su amigo Gaston Bergery, el exministro y diputado cercano a los socialistas que había asistido al entierro del príncipe, ¿te acuerdas? En aquel momento Bergery era gran defensor y amigo del mariscal Pétain.

En 1942 lo invitaron a exponer en la gran exposición de arte español en Berlín, pero no participó. Himmler, en su viaje a Barcelona en el año 1940, admiró su obra en la catedral de Vic, que rehizo, y sus murales en el ayuntamiento de Barcelona. Dijo que conectaba sobremanera con el modo de pensar nazi. ¿Qué me parece? Mira, yo ya no juzgo, no soy nadie para hacerlo. Que cada cual cargue con el peso de su conciencia. Eso sí, te tengo que decir que hizo lo imposible para que los alemanes liberasen a su amigo Max Jacob, el escritor, poeta y pintor francés. Cuando prácticamente lo había conseguido, se murió, incapaz de seguir soportando las condiciones del campo de concentración de Drancy, a las afueras de París. Demasiado tarde. Por otro lado, también te digo que el régimen franquista no terminaba de fiarse de él y nunca lo favoreció.

Un grupo reducido de intelectuales catalanes se exiliaron a principios de la guerra, por miedo o por incomodidad con la revolución, y se inhibieron del

conflicto, pero sin sumarse al franquismo, como hizo Sert. Dalí fue uno de ellos, y no regresó hasta el año 1949. Franco lo utilizó entonces como elemento de propaganda y él le siguió más o menos el juego. Decía que era monárquico pero también anarquista y jesuítico. Se le ha criticado mucho, pero habría que ver hasta dónde llegaba la comedia para protegerse y volver a su añorado Portlligat, y hasta dónde la convicción. Yo soy incapaz de decirlo. Mientras estaba vivo intenté preguntárselo muchas veces, pero nunca obtuve respuesta. ¿Qué me parece a mí? Que era un gran cómico y que se protegió, como siempre hizo en todos los aspectos de su vida. Pero vete a saber. Había expresado en repetidas ocasiones su entusiasmo por la República y sus simpatías por los anarquistas, pero al mismo tiempo admiraba a Hitler, como tantos otros. En torno a la cuestión nazi hay mucho cinismo e hipocresía, como en torno a muchas otras cuestiones, positivas o negativas. Ahora sabemos que a finales de 1942 los gobernantes de todo el mundo ya no eran completamente ajenos a la terrible represión, a los campos de concentración y exterminio, a la solución final... Pero continuaban tratando a Hitler con la consideración de un jefe de Estado, y cuando caían en sus manos porque ocupaba su país, se sorprendían de que todas esas maldades se les aplicasen a ellos. Sin ir más lejos, mira la deriva de Estados Unidos. Buscando información sobre la baronesa Thyssen, encontré un documento del juez del distrito de Delaware que certificaba que Matilda Louise Prize, baronesa Bornemisza, no tenía ni rastro de sangre judía en sus venas, hecho que demuestra la aceptación por parte de la justicia estadounidense de la política nazi de la pureza racial. Lo que no puedo decirte es quién solicitó el documento, si ella misma o las autoridades alemanas.

No te olvides de que el padre de Dalí, anarquista y republicano, se volvió franquista, dicen que indignado por las torturas que sufrió su hija Anna Maria en manos de los comités revolucionarios. Quizá este hecho también lo condicionó. En una carta a Buñuel, le dice que el ensayo revolucionario ha sido tan desastroso que todo el mundo prefiere a Franco, y también que catalanistas de toda la vida, republicanos federales, intelectuales acérrimos, le escriben entusiasmados por el nuevo régimen.

En el año 1935, poco después del accidente del príncipe Mdivani, Dalí ya

había hecho un dibujo, que más tarde se convertiría en cuadro, que llamó *Premonición de la Guerra Civil*, en el que se ve un monstruo que se autodestruye, que se desmiembra. Otra pintura para mí terrorífica es *El rostro de la guerra*, de 1940. Mientras que el primero me gusta, este último me parece casi cómico.

Ya hacía casi dos años que estábamos en guerra cuando en abril de 1938 las fuerzas franquistas, que se habían rebelado contra la legalidad republicana, lanzaron una potente ofensiva contra Cataluña. Se temía lo peor. En aquella situación de derrota de toda esperanza, y que empeoraba continuamente, eran muchas las voces catalanas que reclamaban que las autoridades republicanas iniciasen los preparativos de cara a un más que probable exilio masivo; pero el presidente del gobierno español, Negrín, del PSOE, se negaba en redondo a aceptar esta posibilidad y defendía la resistencia a ultranza. El cónsul republicano en Perpiñán advirtió a las autoridades francesas de que si Franco ganaba la guerra, llegaría una gran oleada de refugiados. ¿Sabes?, incluso propuso crear una zona neutral para acogerlos, correspondiente más o menos a la demarcación de Girona. Mira, nosotros nos habríamos encontrado en medio. El plan era un acuerdo entre Londres, París y el gobierno rebelde de Burgos, al cual se le reconocería su triunfo militar. En esa zona serían reconocidos los derechos de asilo, y Francia e Inglaterra garantizarían la protección de los refugiados y el orden. Vamos, toda la demarcación de Girona se convertiría en un inmenso campo de refugiados. Franco no lo aceptó, porque para él esos dos países ya eran el enemigo...

Ante el ejército republicano que se replegaba hacia la frontera había una impresionante masa de población civil que huía. Por caminos y carreteras catalanas se veían carros llenos de muebles, colchones, conejos y gallinas. Cada carro era una familia al completo que escapaba, y había columnas enteras por toda Cataluña. El miedo a las represalias de los franquistas, al saqueo y a las listas negras que circulaban por cada pueblo con el nombre de las personas a ejecutar incrementó aquel éxodo humano. Muchos no habían tenido ningún tipo de responsabilidad política, como suele pasar en esta clase de emigración, tan solo miedo, mucho miedo, y su único deseo era hallar refugio al otro lado de la frontera, en la Cataluña Norte. Pero al llegar allí se

encontraron con que esta estaba cerrada. A pesar de las gestiones del gobierno de la República y del de la Generalitat, que solicitaban que las autoridades francesas acogiesen un número negociado de refugiados, la respuesta de París, capital del país de la libertad, la igualdad y la fraternidad, fue enviar un dispositivo de cincuenta mil hombres al que llamó *Plan de barrage*. Pero la gran masa de población civil que desesperadamente se acumulaba en la frontera para forzarla crecía y crecía, y detrás llegaba el ejército republicano en retirada, que se dirigía al mismo lugar y con idéntico propósito.

Finalmente los franceses abrieron la frontera a la población civil y a los soldados heridos. Era el 27 de enero. Lo recuerdo tan bien porque Barcelona había caído el 26 y las tropas franquistas estaban cada día más cerca. ¿Sabes?, también se produjo el éxodo de las Brigadas Internacionales, los últimos brigadistas, aquellos que se habían resistido a marcharse por decisión del gobierno republicano en septiembre de 1938. En casa estuvieron durmiendo dos brigadistas alemanes y la esposa de uno de ellos. Era una chica madrileña preciosa. La llamaban Flor de Peral. ¿Qué te parece, la florecilla del campo? Se acababa de casar pese al gran disgusto de su familia, no porque no les gustase el chico, que era médico y parecía muy espabilado. Les preocupaba la situación y la incertidumbre de ese viaje de retirada. Lo que tal vez nunca supieron es que estaba embarazada. Me acuerdo de cuando pasó el camión a recogerlos. Los milicianos, con pañuelos rojos al cuello, estaban muy alterados y la subieron de un tirón. Mi madre soltó un grito de pavor. Se temía lo peor. El otro, un estudiante universitario, jovencísimo, estaba enfermo, y mi madre cuidó de él. Nos prometieron que cuando llegasen a un lugar seguro, cuando fuera, nos escribirían. Nunca lo hicieron. Siempre pensamos que no habían tenido tiempo de llegar a la frontera y que los habían fusilado en cualquier cuneta. Piensa que en los últimos días las orillas de los caminos y carreteras estaban llenas de soldados desnudos, cosidos a tiros. La gente de una masía cercana a la carretera veía, por una ventanita, la hilera de soldados republicanos a punto de ser fusilados. Los franquistas les hacían gritar: «¡Viva Franco!», ellos decían: «¡Viva la República!», y un estruendo de disparos los hacía callar para siempre.

Ante la gestión de lo imposible, las autoridades francesas permitieron la

apertura de la frontera al ejército republicano a partir del 5 de febrero, cuando las tropas franquistas ya habían tomado Girona, después de bombardearla sin descanso durante casi diez días. Los que entraron cerca del litoral fueron desarmados e internados en campos de concentración improvisados en la playa, donde permanecieron sin ninguna protección en pleno invierno, junto con gran parte de los civiles, la mayoría mujeres y niños, que habían cruzado unos días antes. En el castillo de Cotlliure se internaron republicanos y miembros de las Brigadas Internacionales, considerados peligrosos. Los refugiados se habían convertido en prisioneros que vivían en un clima de violencia gratuita y terror, y en régimen de total aislamiento. Al trascender esta situación a la opinión pública, las autoridades francesas no tuvieron más remedio que poner orden. Los que entraron por la Cerdanya vivieron una situación mucho peor, ya que en aquella época del año las temperaturas generalmente se sitúan entre los nueve y los trece grados bajo cero.

A las tierras de la Cataluña Norte no solamente había llegado población civil y militar, sino que además habían entrado miles de cabezas de ganado que en la retirada habían acompañado al ejército. Acompañar es un decir, porque eran animales confiscados, supongo que porque los soldados tenían miedo de pasar hambre. En casa matamos al cerdo para que no pudieran llevárselo. Los soldados republicanos se las sabían todas. Un día vinieron a casa a buscar sal porque habían cazado conejos y se los estaban preparando a la parrilla. Pues, como te decía, además de civiles y ejércitos cruzaron la frontera casi cien mil bóvidos, corderos, caballos y mulas. Una parte de estos animales se sacrificó y se destinó a la alimentación de los refugiados, y la otra se vendió a los campesinos de la zona. Disentería, nieve, frío, depresión y humillación, tierra, piojos y hambre. Es la imagen que ha quedado para siempre en la memoria de aquellos que fueron a parar a los campos de concentración franceses.

¿Cuánta gente huyó? Es casi imposible saberlo con exactitud. Vaya, no he visto nunca una cifra con la que todo el mundo esté de acuerdo. La magnitud y el caos que originó lo dificultan extraordinariamente; además, hay que tener en cuenta que Cataluña, que el año 1936 tenía censados 2.917.851 habitantes, a causa de la evolución de la guerra se había convertido en una tierra de acogida

que a principios de mayo de 1937 daba cobijo a doscientos mil personas, y que en agosto de 1938, según fuentes del gobierno catalán, habían ascendido hasta 1.012.544. El baile de cifras que existe en torno al número de personas que entraron en territorio del Estado francés al producirse la caída de Cataluña se mueve alrededor de medio millón de personas, entre las cuales figuran seis mil combatientes internacionales. Lo que sí te puedo decir es que se trata del exilio de todo un pueblo, hombres, mujeres, criaturas, viejos... Obreros, campesinos, profesores, militares, intelectuales, menestrales, artistas, profesionales... Y camiones llenos de cuerpos heridos y amontonados de cualquier manera.

A aquellos que nos quedamos nos obligaron a colgar un cartel en la puerta que decía: «Esta casa está ocupada por su dueño. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!». Después he leído en libros de historia escritos por los vencedores que la población estaba tan contenta que los recibía con pancartas de bienvenida en las casas. ¡Qué desfachatez!

Simultáneamente a la entrada controlada de la población por diferentes enclaves fronterizos, se produjo otra, que no lo estaba, a través de los Pirineos o por mar. Se trataba de personas legalmente no admitidas, desertores del ejército y delincuentes comunes que, para subsistir, a menudo acudían a pedir comida a las casas de campo aisladas, y si no se la daban, la obtenían por la fuerza. Estos incidentes, sobredimensionados por la prensa de extrema derecha y de derechas, contribuyeron a crear una fuerte psicosis de inseguridad que generó el rechazo de amplios estratos de la población francesa hacia los exiliados republicanos, a los que veían como auténticos delincuentes.

Por otro lado, durante las primeras semanas del exilio, la Generalitat — que poco antes había visto cómo los carabineros del presidente Negrín se apoderaban por la fuerza de sus fondos— estaba incapacitada absolutamente para prestar ayuda a los catalanes refugiados. Esta hubo que agradecerla sobre todo a los subsidios facilitados por los diversos comités internacionales, entre ellos el comité cuáquero, dirigido por un catalán, Josep Maria Trias Peitx, uno de los fundadores de Unió Democràtica, amigo de la familia, que se implicó en la reunificación familiar y en la búsqueda de puestos de trabajo para poder

sacar a la gente de los campos, una tarea que nadie le reconoció jamás. Las malas lenguas dicen que es porque tuvo la osadía de casarse con una periodista francesa, madre soltera. Las modestas aportaciones de los catalanes de América permitieron poner en marcha en Perpiñán unos servicios de asistencia que tenían la sede en el Casal Català. Asimismo, fue posible la creación en París, en marzo de 1939, de la Fundació Ramon Llull, dedicada al mantenimiento de la cultura catalana, a la ayuda a grupos culturales formados dentro de los campos de concentración y a facilitar subsidios temporales a artistas e intelectuales.

Por motivos económicos, de orden público, políticos y de toda índole el gobierno francés decidió expulsar de su territorio a los refugiados republicanos. Así, los presionó para que volviesen al Estado español, pero esta medida, a pesar de que dio resultados positivos —tres cuartas partes decidieron repatriarse— se reveló totalmente insuficiente. También apeló, sin éxito, a la solidaridad de los países de su entorno para que acogiesen contingentes. Un rápido vistazo sobre el paisaje de aquellas horas nos muestra que Estados Unidos —patria de la democracia liberal—, de acuerdo con lo que establecía su legislación, tan solo podía admitir un máximo de doscientos cincuenta y dos refugiados, Gran Bretaña aceptó alrededor de trescientos catalanes, la mayoría de los cuales eran intelectuales, Suiza, el bucólico país alpino, acogió a una docena de personalidades, y la URSS —patria del proletariado universal—, seis mil. La única respuesta importante a la petición francesa llegó de algunas repúblicas latinoamericanas, que muy pronto se convirtieron en la gran esperanza. Las expediciones a México arrancaron en abril de 1939, pero a mediados de septiembre se anunció que se suspendían a causa de las dificultades para encontrar barcos al iniciarse la Segunda Guerra Mundial.

En vista de que los exiliados republicanos no podían permanecer indefinidamente en los campos, París optó por ir liberándolos para que ocupasen los puestos de trabajo que los franceses movilizados dejaban vacantes. Trabajaron en la industria, como campesinos, pastores o carboneros. Una de las salidas fáciles fue incorporarse a las fuerzas armadas. Así, vemos que en las postrimerías de 1939, en los propios campos, comenzaron a

formarse los regimientos de marcha de voluntarios extranjeros, a los cuales se alistaron unas siete mil personas. Contaban con un régimen militar y el contrato que firmaban tenía vigencia durante la duración de la guerra. Fueron destinados mayoritariamente a los frentes de Alsacia y a la inútil Línea Maginot, donde no pudieron repeler el ataque de la poderosa máquina de guerra alemana. Muchos murieron en combate o fueron hechos prisioneros por los nazis, que los trasladaron a los campos de la muerte.

Aquella fue una época muy dolorosa en Cataluña. Época de oscuridad, represión, injusticia y hambre. Mucha hambre. Más en las ciudades que en el campo. Una época que sobrepasó la guerra y se alargó a la posguerra, hasta los años cincuenta. Alguien, no recuerdo quién, describió aquellos años grises como unos tiempos cargados de penurias con trasfondo de himno nacional, «Cara al sol», cartilla de racionamiento, mercado negro y bacilo de Koch. Sí, tuvimos una auténtica epidemia de tuberculosis y ningún recurso para afrontarla. Sus víctimas iban muriendo en silencio, como daños colaterales de una guerra que hacía mucho que había terminado. Quien disponía de dinero o influencia para comprar estreptomina de estraperlo podía albergar esperanza. Pero entre los vencidos era casi imposible de conseguir. Mucha gente, especialmente los jóvenes, padecieron la enfermedad. Algunos se salvaron. Muchos otros, no.

Por cierto, hablando de himnos, ahora me acuerdo de que Dalí, entrados los años sesenta, le dijo a Franco que cada día se ponía el himno nacional antes de irse a dormir y la prensa franquista se hizo eco de ello. ¿Tú te lo crees? Yo no. A mí me parece que claramente le tomaba el pelo y que el Generalísimo mordió el anzuelo.

La represión fue durísima, especialmente aquí. Todos éramos sospechosos de ser «rojos separatistas». Yo fui vejado en la escuela por hablar catalán con mis amigos. «¡Habla en la lengua del imperio!», y golpe con la regla en la punta de los dedos.

Dalí, que pasó la guerra en París, escribe: «El final de los negrines y las pasionarias me ha producido cierto asco. ¡Qué les costaba hacerse matar! O hacer las paces dos meses antes de la toma de Tarragona. Todo esto es la apoteosis de la mediocridad. Esto no perdona nunca.

¿Qué significa? Que la gente lo interprete como quiera».

A finales de agosto de 1939, él y Gala fueron a pasar unos días al Gran Hotel de Font-Romeu, parece que a reflexionar acerca de dónde irían a parar. Pero allí se enteraron de la invasión de Polonia y de la declaración de guerra de Gran Bretaña y Francia al Tercer Reich. Regresaron precipitadamente a París, preocupados por la suerte de sus cuadros, que habían depositado en Tailleur et Fils de la Rue du Cherche-Midi. Al ver que estaban bien, los dejaron allí y se marcharon a Arcachon, donde alquilaron un chalé, Villa Flambergé, en el número 131 del bulevar de la Plage. Cuando en una ocasión le pregunté por qué había elegido Arcachon, me respondió que porque tenía magníficas ostras y estaba cerca de la frontera, por si tenía que marcharse precipitadamente. Cerca es un decir, porque de Arcachon a Hendaya hay unos doscientos catorce kilómetros, y en el año 1939 no había autopistas. En Arcachon reconstruyó su círculo de Mas Juny y de París, y recibía visitas frecuentes de Coco Chanel y compañía. Gala viajaba a menudo a París para controlar los cuadros y trasladó algunos a Burdeos.

El 14 de junio de 1940 los alemanes entran en París y provocan un éxodo masivo hacia el sur. A Dalí, Hitler ya no le parece tan excitante, o como llegó a escribir, ya no estaba «obsesionado con su espalda regordeta, sobre todo cuando lo veía aparecer con el uniforme y el cinturón de cuero que le apretaba las carnes y le producía una deliciosa sacudida gustativa de origen bucal que lo conducía a un éxtasis wagneriano...». Me parece que más o menos decía eso, y añadía que con frecuencia soñaba con Hitler como si fuese una mujer. Por otro lado, parece que Lenin también le excitaba. En definitiva, es en aquel momento cuando la pareja decide viajar a Nueva York. Gala se va a Lisboa — donde también estaba Sert— para hacer los preparativos y él a Figueres, para ver a su familia. Visita Portlligat y luego se va a Madrid, donde se reúne con Dionisio Ridruejo. ¿Quién es? Un dirigente falangista que más tarde se enfrentó al franquismo porque consideraba que el dictador se comportaba como un gobernante revanchista que pretendía destruir a los adversarios, y lo acusó de dirigir un régimen político impopular, que no hacía más que administrar el hambre, cedía ante las presiones eclesiásticas, sostenía una justicia arbitraria y se mantenía gracias a un ejército opresor. Finalmente fue

encarcelado dos veces y se exilió en París un tiempo.

Lisboa en aquellos momentos representaba el último símbolo de la esperanza y era una de las pocas puertas de salida de la Europa ocupada. Se había convertido en una ciudad caótica, repleta de refugiados ilustres, entre ellos Dalí. El pintor nunca había querido cruzar el Atlántico porque se mareaba con solo ver un barco. ¡Con lo mucho que le gustaba el mar! Pero el temor a la guerra lo ayudó a superar el mareo de golpe.

A primeros de agosto de 1940 Dalí y Gala se embarcan en Lisboa a bordo del *Excambrión*. No regresaron hasta nueve años después. Desembarcaron en América como unos reyes condenados al exilio. Su último marchante me contaba que en aquella época los conocidos lo evitaban porque Gala, muy especialmente, quería proteger tanto al pintor que llegaba a tener comportamientos muy extraños. Solicitaba que cerrasen habitaciones y alas enteras de las casas donde estaban invitados unos días para que Dalí pudiese trabajar sin que lo importunasen, trataba a los criados como esclavos, exigía comer cordero y gambas frescas en todas las comidas porque decía que eran los platos favoritos de su esposo. Un día coincidieron en Virginia con Anaïs Nin, ¿sabes quién es? Su padre era catalán. Pues, como te decía, un día Anaïs, mujer rebelde que no aceptaba ningún tipo de imposición, decidió preparar una paella y Dalí cayó rendido a sus pies, ¡por fin libre de cordero y gambas! Pero sin duda la situación más peliaguda llegaba cuando olvidaba los pinceles en Nueva York y Gala exigía que se los fueran a comprar de pelo de lobo.

La ofensiva alemana contra el frente occidental (Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia) iniciada el 10 de mayo de 1940 constituyó un éxito total. Con el hundimiento de los ejércitos franceses, muchos oficiales que comandaban compañías enteras desaparecieron y las abandonaron a su suerte, y con el subsiguiente caos se dispersaron. El resultado fue que muchos de los miembros de estas unidades acabaron como prisioneros y se les recluyó en campos provisionales. Yo he conocido a algunos que estuvieron y lograron sobrevivir.

No sé si sabes que inmediatamente fueron clasificados por países y razas, y luego los enviaron a los campos de la muerte, donde, con el paso del tiempo, coincidieron con los que llegaron procedentes de las razias que realizaba la

Gestapo contra las organizaciones de la resistencia o los elementos que consideraban peligrosos. El día 6 de agosto de 1940 llegaba a la estación de ferrocarril de Mauthausen el primer convoy de republicanos, mientras que el último lo hizo el 20 de diciembre de 1941. A Mauthausen, campo de los irrecuperables, fueron a parar la mayoría de los catalanes y españoles.

Como debes de saber mejor que yo, en Mauthausen, con objeto de identificar a los presos rápidamente, les cosían en la parte superior izquierda de la camisa y en la pernera derecha de los pantalones un triángulo de color invertido y el número de matrícula. Pero ¿sabías que el color variaba según el grupo al cual estaban adscritos? ¿Ves? ¡Siempre se aprende algo! El de los republicanos de los pueblos de España era azul con una ese mayúscula blanca (*Spanier*). Los deportados fueron utilizados para todo tipo de actividades: secado de marismas, construcción de carreteras, trabajos en fábricas, extracción de piedras. El ritmo y la dureza del trabajo, las heridas no curadas, la exposición a la lluvia y a las bajas temperaturas, las palizas arbitrarias, las enfermedades físicas y mentales o la alimentación insuficiente eliminaban rápidamente a los hombres de más edad y a los más débiles. Los prisioneros de los campos, que gracias al oficio que se les había asignado disfrutaban de buena salud, a medida que pasaba el tiempo fueron creando organismos clandestinos de resistencia, más o menos precarios, para dirigir la insurrección contra los nazis en caso de presentarse una circunstancia favorable. Perdona, cuando me embalo pierdo el control. Te estoy contando tu propia historia. Si insistes continúo, pero no quiero ponerme pesado. De acuerdo, has venido a aprender.

Mauthausen fue liberado a principios de mayo de 1945, si mal no recuerdo, por las tropas estadounidenses. El comité internacional formado por los internos fue incapaz de mantener el orden ante el inmenso caos que se produjo inmediatamente después de la liberación. En Mauthausen entraron siete mil ciento ochenta y nueve republicanos españoles, de los cuales sobrevivieron dos mil ciento ochenta y cuatro. De entre los que murieron en ese campo, cerca de mil ochocientos eran catalanes. En el Estado español la revelación de que en los campos de exterminio nazis habían muerto miles de republicanos se abrió paso muy lentamente. Y, después, la forzada desmemoria

que impuso la Transición es en buena medida responsable del olvido. Yo lo llamo «el olvido organizado». Sea como fuere, la derrota nazi hizo brotar la esperanza de una intervención de los aliados y de la restitución de las instituciones democráticas. Pero nadie en Europa se acordó de nosotros.

¿Si se hablaba de las joyas desaparecidas en aquellos momentos? No, el silencio era absoluto, nadie decía nada. ¡Teníamos otras preocupaciones! Y perdona que te hable de la guerra y de los campos de exterminio, ya he visto que te incomodaba. Antes de volver a las joyas, y ahora que ya hace unas cuantas horas que estamos de cháchara, me gustaría preguntarte otra vez por qué has venido realmente. Sí, ya lo sé, ya me lo has dicho, para descubrir qué buscaba la Gestapo con tanto interés. ¿Solo eso? No me lo acabo de creer. Yo ya he hablado demasiado. Ahora te toca a ti.

10

EL ÚLTIMO VIAJE

«Aquel genocidio planeado, llevado a cabo hasta el final, reprimido y no obstante tan evidente, cuelga de nuestro cuello —el de los alemanes de aquel entonces y el de los que nacieron después— como rueda de molino».

GÜNTER GRASS

Pues mira por dónde, Joan, como para el príncipe Mdivani, en Albons ha terminado mi último viaje. Como muy bien has dicho cuando la directora del hotel nos ha presentado, aunque en aquel momento te he dicho que me había importunado, lo que buscaba cuando decidí venir es lo que tiene menos importancia. De hecho, no buscaba nada, o quizá buscaba el modo de salir de un engaño que se me hizo patente en el momento de la muerte de mi esposa.

En 1935 yo tenía quince años y vivía en Berlín. Era de las Juventudes Hitlerianas (JH), como el sesenta por ciento de los jóvenes alemanes. Como cinco millones y medio de jóvenes alemanes. No me hice de las JH porque pensase que era el camino más fácil, o porque todos los jóvenes de mi edad también fueran miembros. Me adherí porque creía en su mensaje. Creía en el Führer. Es la primera vez que me permito pensarlo así y decirlo en voz alta, sin angustia ni sentimiento de culpabilidad. Creí en el Führer durante mucho tiempo. Pensaba que solo él podía salvar mi desgraciado y complicado país. Lo creía yo, con quince años, en Berlín, y lo creía la mayoría de alemanes que

lo votaron y lo siguieron. Me embriagué con su mensaje, como todo el mundo, pese a que muy pocos se han atrevido a aceptarlo. Me alimentaba de los editoriales de Goebbels en *Das Reich*, defendía la moralización de la vida pública, denunciaba la corrupción de los políticos y la acumulación del poder económico en manos de una élite judía que consideraba que defendía tendencias que rozaban el racismo, provocado por su convencimiento de pertenecer al pueblo elegido. Luego, cuando comenzó la más espantosa represión que nadie haya podido imaginar jamás, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Fui un cobarde. Un cobarde por no haber querido creerla, por haber querido ignorarla. Cuando hablabas de los campos, no era incomodidad lo que sentía, era vergüenza.

Pero a mis quince años cantar el «*Wo wir stehen, steht die Treue*», que significa «donde estamos nosotros hay libertad», el «*Lever doad as slav*», «antes muerto que esclavo», la música de Händel y la presentación de cuchillos eran mis rituales.

Mi padre nunca lo aceptó. Él era un intelectual puro. Nunca había sido militante del Partido Comunista ni del Socialdemócrata. Era independiente, pero profundamente progresista, y protagonista de los años gloriosos del Berlín heredero de Federico Guillermo, duque de Prusia, padre físico y espiritual de la ciudad, quien durante su reinado invitó a artistas e intelectuales a instalarse en ella y, de este modo, sentó las bases de la futura metrópoli cultural. ¿Cómo se explica la deriva terrorífica de esta sociedad?

A menudo le acompañaba al Romanisches Café, en el número 238 de Kurfürstendamm, arteria de la ciudad, lugar de reunión de periodistas e intelectuales. Allí oí hablar por primera vez del miedo a la guerra, inevitable para muchos de los amigos de mi padre. Se trataba de escoger entre dos épocas: la de la República de Weimar o la del nacionalsocialismo. La primera, con el apoyo de la élite intelectual; la segunda, con el de la clase media, empleados, comerciantes y funcionarios.

Entusiasta de Wagner, abanderado de la juventud modernista europea, mi padre me llevaba cada año a Bayreuth y me contaba, con pasión, las teorías wagnerianas sobre la función del amor como medio de redención por encima de convencionalismos, religión o costumbres. Fue él quien me introdujo en la

red de ilusiones musicales tejida en *Tristán e Isolda*, *El holandés errante* o en *La prohibición de amar*. Si hubiese tenido una hermana, se habría llamado Cósima, como la esposa de Wagner, hija de Liszt y amor platónico de Nietzsche. Fue precisamente mi padre quien me introdujo en la lectura del filósofo, pero yo, adolescente, no lo entendí del todo, y como tantos otros lo usé para justificar mis ideas. De la filosofía nietzscheana, optimista y enérgica, tan solo me interesaba su crítica al determinismo pesimista de la democracia moderna, la exaltación del superhombre y el espíritu de aventura que, según me parecía, se desprendía de algunas de sus afirmaciones. Me gustaban mucho las palabras que escribió en *Así habló Zaratustra*: «Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por eso quiere a la mujer, el más peligroso de los juegos». O las de *El viajero y su sombra*: «¿Cómo puede uno llegar a ser pensador si se pasa la mitad de la jornada sin pasión?». Nietzsche, Schopenhauer y Wagner fueron, a su pesar, la esperanza de la Alemania vencida y humillada de los años veinte.

Ahora somos fuertes, triunfadores, poderosos, decíamos. Conquistaremos la Europa en decadencia, ¡para siempre! Un pueblo sin honor es un pueblo sin pan. ¡Comienza una nueva era! Yo también me embriagué con este discurso. Con quince años, necesitaba tener fe. Había leído que nuestra personalidad es una creación del pensamiento de los demás. Teníamos que demostrar que éramos fuertes y poderosos, que no éramos corruptos como la mayoría de los parlamentarios de la oposición, que no éramos usureros ni especuladores como nos decían que eran los judíos, que estábamos preparados para ofrecer a Europa la alternativa que necesitaba.

Años más tarde, cuando comprendí que tras este discurso se ocultaba una definición de persona que no iba mucho más allá de la carne, la sangre y el humo de las cenizas de los crematorios, enloquecí. Quería separarme de mí mismo, ser otro, no haber existido, borrar todo lo que me causaba ese dolor intolerable, que solo los que lo hemos sufrido conocemos. Dolor de impotencia ante lo inevitable, lo inexcusable, los hechos irrevocables.

Decir ahora que el pueblo veía a los nazis con miedo forma parte de la autodisculpa colectiva, necesaria, seguramente, para sobrevivir. En aquel entonces, ni siquiera bien entrada la guerra, ni yo ni prácticamente nadie

teníamos perspectiva suficiente para juzgar sus crímenes.

Sí, liberado de inseguridades y fragilidades, puedo decir que en aquella época de adolescencia admiraba al Führer porque lo tenía por un hombre íntegro. Había renunciado a su sueldo de ministro y a los derechos de autor de *Mein Kampf*, publicado en 1925. Había renunciado al matrimonio, decía, para servir plenamente a Alemania. Hombre del pueblo, se había presentado a sí mismo como la encarnación de la voluntad popular.

Después del Tratado de Versalles, Alemania se sentía herida y engañada, como tú mismo has dicho. Había aceptado el armisticio confiando en los catorce puntos del presidente estadounidense Woodrow Wilson, que hablaban de una paz sin vencedores ni vencidos. Aceptó el desarme como condición previa para que el resto de países limitasen el suyo. Ninguna otra nación se desarmó tanto. Aceptó pagar las reparaciones y las deudas de guerra. Las grandes cantidades que tuvo que desembolsar se hicieron efectivas gracias a los empréstitos americanos y a la inflación. Ese fue el origen del *dumping* y de la crisis de 1929.

Paro, desengaño, corrupción y violencia. En la Alemania de los años treinta, nazis y comunistas luchaban encarnizadamente para ganar o conservar áreas de influencia entre la clase obrera. Los pequeñoburgueses, los comerciantes y los funcionarios, la «sana clase media», ya apoyaban al Partido Nazi, que se esforzaba por elaborar un programa con gran fuerza propagandística, un programa sin compromisos pero capaz de expresar el desencanto general. Una especie de cajón desastre para descontentos, en el que cada cual podía encontrar la frase que más le gustase. Al principio, incluso los judíos concedieron importantes subvenciones al Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP). En 1932 el programa nazi fue el más votado. Con casi catorce millones de votos, prácticamente obtuvo el doble que el Partido Socialdemócrata, el SPD, que consiguió siete millones novecientos mil, y casi el triple que el Partido Comunista el KPD, que *solo* logró cinco millones trescientos mil. Hitler no daba miedo, porque nadie se creía el fin del mundo que anunciaba. En todo caso lo interpretábamos como una metáfora. Del mismo modo que, años más tarde, tampoco nadie podía dar crédito a los procesos de Moscú ni a los

crímenes confesos de Zinóviev, Bujarin o Radek. Como tampoco ahora acabamos de comprender en todo su significado la caída del Este y el desequilibrio que esta caída provocará a largo plazo.

Durante la primera fase del régimen, el sentimiento era de euforia general. Teníamos la impresión de que se habían acabado las privaciones y el sufrimiento. La seguridad en las calles y la ausencia de crímenes se interpretaban como consecuencias del bienestar anunciado por el Partido Nazi, como un resultado lógico de la creación de puestos de trabajo, tan anunciada y que tanta falta nos hacía. No podíamos interpretarlas como un espejismo provocado por el miedo, por la represión. Las guerras no comienzan por casualidad. A menudo están provocadas por el deseo de notoriedad o afán de poder de gobiernos y pueblos, y sus causas más profundas hunden sus raíces en trasfondos históricos muy complejos. Tampoco la Segunda Guerra Mundial fue el resultado de decisiones precipitadas. Su material inflamable hacía mucho tiempo que se iba acumulando. Tú lo has explicado muy bien. La verdad es que Europa se sentía desorientada, nadie estaba contento y se cocinaba a fuego lento una mezcla de rencor, ignorancia y cansancio que esta Europa inmersa en una gran pobreza espiritual fue incapaz de reconstruir a tiempo. ¿Sabes que Hitler fue candidato al Premio Nobel de la Paz en 1939? ¿Quién lo presentó? Un parlamentario sueco del que ahora no recuerdo el nombre. De hecho se trataba de una nominación crítica, irónica, por llamarla de algún modo. El parlamentario era pacifista y se proponía denunciar la ceguera de Europa. Pero también presentaron a Mussolini y Stalin, este último en dos ocasiones, en los años 1945 y 1948, y esta vez sin ningún tipo de ironía, por sus esfuerzos en terminar la guerra... Una locura, vamos. Suerte de la capacidad de resistencia de una minoría heroica que poco a poco ayudó a dar la vuelta a la situación.

El hecho es que en este periodo de tiempo cambiaron fundamentalmente las condiciones de vida de Occidente. La ciencia y la tecnología habían ampliado el escenario geográfico de la historia, pero a un tiempo quedaba empequeñecido por la rapidez de los nuevos sistemas de locomoción y por los avances de los medios de comunicación. Todo esto coincidió con el aumento de la población. El número de habitantes de Occidente se había mantenido

desde principios del siglo XIX por debajo de los ciento cincuenta millones. En 1910 solo Europa tenía más de cuatrocientos millones. Estados Unidos había doblado su población en cien años y Japón aumentaba a razón de siete a nueve millones cada década. La Europa del arranque de siglo no había sido capaz de seguir el ritmo de estos cambios, y la Primera Guerra Mundial no había solucionado el problema; sencillamente lo había aplazado.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, ni yo ni millones de alemanes teníamos consciencia del carácter verdadero del nazismo. Tan solo compartíamos la desesperación de nuestra generación ante una Europa inexistente, de unos valores corruptos y de una Alemania humillada por la mentira y el incumplimiento de los pactos establecidos. El fin del mundo es una historia sin fin, y el hombre solamente puede imaginar finales del mundo falsos, o casi finales del mundo. Nadie podía imaginar que el 30 de enero de 1933 comenzase en Berlín un fin del mundo, que acabaría doce años más tarde, también en Berlín, con setenta mil toneladas de bombas, setenta y cinco millones de metros cuadrados de cascotes, millones de judíos, gitanos, diferentes, aniquilados, y millones de alemanes, como yo, condenados a deambular entre los escombros de nuestra memoria. Al final todo colapsará en medio del caos, el horror, la locura y la muerte.

El día que, consciente del holocausto, crucé la línea de Weimar y me entregué a las tropas estadounidenses, olvidé mi país, mis orígenes, mi nombre, y con ellos los veinticinco primeros años de mi vida. Desde aquel momento, mi única bandera fue la blanca. La de la rendición para algunos. Para mí, la de la razón, la del diálogo y la de los que se niegan a matar. Mis padres habían muerto bajo las primeras bombas británicas, y el resto de la familia tenía menos importancia que los vínculos que a partir de aquel momento, adulto, iría estableciendo. Tenía que construirme un futuro y, al mismo tiempo, inventarme un pasado que borrara definitivamente el mío. Siempre, a partir de entonces, evité hablar sobre mis orígenes alemanes. Siempre, hasta hoy, contigo. Me olvidé de Nietzsche y Eschenbach, Goethe y Wagner, y me construí un origen luxemburgués. ¿Por qué Luxemburgo? Ahora lo verás, pero déjame terminar, no quiero perder el hilo. Todo esto que te estoy contando como si nada es la primera vez que lo verbalizo. ¿Parece

mentira? Pues mira, a menudo hay que vivir las cosas para llegar a entenderlas, y yo, ni habiéndolas vivido, las he entendido. Hasta ahora. ¿Ves por qué he venido? Necesitaba cerrar el círculo de mi vida. ¡Vaya ojo tuvo la directora del hotel cuando pensó que tú podrías ayudarme! Cuando me habló de esta comida me pareció excesivo, pero enseguida añadió: «Joan no habla si no come». Me dijo que compartir mesa es para ti una manera de hacer amigos. En todo caso os doy las gracias por confiar en mí. Ya sé que todo esto puede parecer extraño, que la mayoría ha elegido el olvido, pero la muerte de mi esposa supuso un punto de inflexión que socavó los cimientos de mi vida. Ahora estoy yo solo, y me dispongo a vivir el tiempo que me queda en paz, y comienzo a vislumbrar que es posible. Vamos, quiero pensar que esta conversación es más fundamental para mí que el alcohol que me has hecho beber. No sé, pero me parece que eres muy hábil y que no has parado hasta que he empezado a hablarte de mí.

Cuando me entregué a las tropas estadounidenses esperaba un castigo. El hecho de haber permanecido ciego ante los atroces crímenes cometidos no era ninguna disculpa. Llegué a América como prisionero de guerra, pero muy pronto ese país me dio la oportunidad de rehacer mi vida. Era un soldado raso, sin ninguna responsabilidad, y además me había entregado voluntariamente y había manifestado la intención de renegar de mis orígenes por convicción. Me sentía traicionado, porque yo había creído en el cambio. Pero nunca había podido imaginar los crímenes, a los criminales. El holocausto.

Me sentía avergonzado, culpable y responsable. Me perdonaron demasiado rápido. No tuve tiempo de asumir el pasado, de entenderlo o de purgarlo. Encontré un empleo de noche en un bar que me permitía estudiar de día, y estuve tan ocupado que no me permití ni un momento para pensar en el pasado. América era el futuro, y la euforia del sueño americano posterior a la guerra me vino muy bien para mirar hacia delante y olvidar lo que había sido hasta aquel momento.

Y conocí a la que sería mi esposa, Karin. Primero pensé que era americana. Cuando hablaba tenía el acento musical del Este y me gustaba imaginar que era bostoniana. Era de Luxemburgo.

¿Por qué Luxemburgo? Aquí tienes una parte de la respuesta a tu pregunta. Luxemburgo, por contraste. Luxemburgo no tiene ninguna carga histórica, es fruto de la casualidad, testigo del pasado convulso de la Europa de las guerras interminables. Y Luxemburgo es efímero. La leyenda dice que la historia y el futuro de Luxemburgo están ligados a Melusina, la esposa del conde Sigfrido, fundador de la ciudad, que se casó con ella ignorando que era una sirena. Cuando lo descubrió, la recluyó en las galerías de la Corniche, que en tiempos difíciles han acogido a ejército y pueblo. Melusina teje. Un punto cada año. Cuando acabe la labor, Luxemburgo desaparecerá si antes nadie ha sido capaz de robarle la llave de oro que lleva en la boca cuando, cada siete años, regresa en forma de serpiente.

Pero Luxemburgo era sobre todo mi mujer, Karin. La conocí en Estados Unidos en 1947. Ambos éramos estudiantes de la American University, al noroeste de Washington D. C., en medio de los bosques majestuosos que hay entre Massachusetts Avenue y Nebraska Avenue, cerca de la frontera con Maryland. Ella estudiaba literatura norteamericana y yo, crítica literaria, mientras aún dudaba entre dedicarme al periodismo o ser agente literario. Por aquel entonces yo vivía en la International Student House, en el número 1.825 de la calle R, en el noroeste. Era una zona tranquila, donde parecía imposible la evidencia de que Washington fuese una ciudad de mayoría negra, porque raramente se cruzaba uno con gente de color. Karin vivía acogida en la casa de una pareja de cuáqueros en River Road, no muy lejos de la universidad. John era de Filadelfia y Klara de Baltimore. Pintor y bailarina, llevaban una vida bohemia sin mucho sentido, decían, en aquella América eufórica de la posguerra. A nuestro alrededor crecían las casitas para la clase media, llenas de electrodomésticos y de sueños de progreso. La suya, en cambio, era una casa de aire europeo, más cercano a las viviendas de obra y madera de Normandía que a los chalés del Nuevo Mundo, con porche y columpio. Estaba rodeada de arcos blancos, su obsesión, porque en otoño las hojas doradas invadían el jardín, los tejados y todo lo que pudiesen cubrir. Dentro estaba repleta de cuadros y libros, distribuidos en un desorden armónico. Habían pasado grandes veladas de invierno frente a la chimenea hablando de literatura, música y arte, y, pese a mis intentos por evitarlo, de la guerra.

Desconocían mis orígenes y me consideraban demasiado joven para haber participado en el conflicto, cosa que nunca contradije.

En aquella época trataba de mantener serias dudas sobre mi identidad. Evitaba decir que era alemán porque acto seguido sentía caer sobre mis hombros todo el peso de la culpa por los crímenes cometidos al amparo de ese adjetivo. Dejaba que los demás intentasen adivinar mi origen, y yo me limitaba a afirmar. ¿Checo? Sí. ¿Yugoslavo? Quizá. ¿De qué parte de Rusia? Quién sabe... Realizaba los cursos para adquirir la nacionalidad estadounidense, que nunca solicité. Eran breves seminarios en los que te enseñaban historia, estructuras políticas, civismo y lengua, y finalmente tenías que demostrar que conocías suficientemente el país para convertirte en uno de sus ciudadanos. Una de las cosas que más le costaba a la gente era renunciar a la nacionalidad de origen. Para mí era el máximo objetivo, librarme de ese peso insostenible. Poder decir: «Soy de aquí. ¿Y ese acento? Es que soy de Nueva Jersey». Pero John y Klara siempre creyeron que era luxemburgués.

A menudo nos contaban el papel de los cuáqueros durante la guerra y sus esfuerzos por convencer a los alemanes de que los dejaran asistir a los pasajeros desfilados de los trenes de la muerte en las estaciones donde se detenían. Mientras les daban agua, intentaban memorizar tantos mensajes, nombres y direcciones como podían, para después comunicarse con las familias de los prisioneros y dar noticia de cómo estaban, hacia dónde iban o, sencillamente, transmitirles palabras afectuosas de despedida.

Coincidiendo con nuestro regreso a Europa el verano del año 1950, nuestros amigos dieron un giro definitivo a sus vidas. Con un grupo de cuáqueros abandonaron Estados Unidos para siempre, cansados de la propensión belicista de su país, tanto para participar en guerras como para crearlas o recrearlas. Primero dejaron de pagar impuestos, porque consideraban que no era justo financiar a los ejércitos, que los rechazaban. Fueron encarcelados, pero mientras tanto sus familiares y amigos buscaron un lugar para empezar de nuevo con sus vidas, un lugar alejado de las guerras y de los abusos del capitalismo y del consumo. Y encontraron Monteverde. Costa Rica era un país sin ejército que se había declarado pacifista y ecologista. Compraron mil quinientas hectáreas de bosque tropical, el Bosque

Nuboso, la tierra del quetzal, el pájaro sagrado de los mayas, y lo construyeron todo desde cero: casas, muebles, escuelas, hospital y una fábrica de quesos, que les permitió trabajar y vivir. La comunidad cuáquera de Monteverde tiene ahora quince mil hectáreas y ha sido un ejemplo para el resto de parques naturales y de zonas protegidas de Costa Rica que luego han ido surgiendo de la mano del Estado.

Nos carteábamos con regularidad. Todavía recuerdo su dirección, que llenaba mi imaginación de sueños tropicales. Hasta el momento de la muerte de él, tenían una galería de arte debajo de su casa, en el Sendero Bajo del Tigre. Ayudaban a artistas indígenas y criaban mariposas y colibríes. Era un viaje pendiente que nunca llegamos a hacer. Seguramente la nota de despedida de ella cuando nos comunicó el fallecimiento de su compañero nos alejó definitivamente de cualquier idea de ir a visitarla. Nunca más tuvimos noticias de Klara, pero, conociéndola, no debió de tardar mucho en acompañarlo. No estaban acostumbrados a las separaciones.

Como te decía, cuando Karin y yo nos casamos, en 1950, decidimos volver a Europa y escogimos su país, Luxemburgo, para vivir el resto de nuestra vida. ¿Por qué decidimos regresar? Aún hoy no me lo explico. Supongo que para ella la idea de Europa no era tan traumática ni tan ardua como lo era para mí. «Vayas donde vayas, no encontrarás reposo —me decía a menudo Karin—. Tienes que asumir el engaño en que creíste y que defendiste. Tú no participaste directamente, y cuando se te hizo evidente, renunciaste a todo, a tu pasado, a ti mismo». ¿Ves? Ella se habría alegrado mucho con la decisión de venir. Sufrió mucho los abismos de mi voluntad, que con frecuencia me hacían caer repentinamente en la oscuridad más absoluta.

La vida en común no fue fácil. O tal vez vivíamos una felicidad que no nos hacía felices. Solamente lo éramos en el Caribe, tierra de nadie, donde ambos nos sentíamos libres y relajados. Cada año íbamos a pasar tres meses a Saba, una isla de cuento de hadas, de trece kilómetros cuadrados y con poco más de mil habitantes. Primero nos alojábamos en Scout Palace, pensión barata y alegre, antigua residencia de los invitados del gobernador, pero luego alquilábamos una casa rural. Saba es el escondite perfecto. Colón la vio de lejos en 1493, pero los primeros colonos holandeses no llegaron hasta el año

1640. La capital, Bottom, está situada en la cima de una montaña. Los nativos, gente recia, descendientes de los temibles indios caribes, construyeron una escalera de novecientos peldaños para llegar desde Fort Bay, flanqueada de helechos, begonias, mangos, palmeras, orquídeas y caobas.

No tuvimos hijos, y detrás de este hecho escondíamos una serie de acusaciones mutuas de esterilidad o de obsesión por el trabajo que tampoco nunca aclaramos del todo. Solamente las olvidábamos en Saba.

La encontré yo mismo. En casa. Aún llevaba el bolso colgado del brazo. Tenía la tensión demasiado alta y quería ignorarlo. El derrame cerebral fue fulminante.

Trabajaba en la universidad y estaba más activa que nunca. Tenía casi setenta años y estaba terminando de escribir un libro sobre Ezra Pound. Ahora pienso que su obsesión por el poeta, durante toda su vida, quizá fuera un intento de entender las raíces del nacionalsocialismo y a mí mismo. Cuántas veces la había oído contar la trayectoria tan ambigua como desconcertante de Pound, que en 1908, a los veintitrés años, abandonó Estados Unidos y no regresó hasta años más tarde como prisionero de guerra. Enseguida lo internaron en el hospital psiquiátrico de Saint Elizabeth, a las afueras de Washington, en el mismo momento en que nosotros estábamos allí de visita aprovechando un congreso de literatura comparada en el que Karin tenía un papel importante. Mi trayectoria era similar. Pero él, al menos, aceptó rápidamente su pasado y eligió su querida Italia para exiliarse y morir. Lo consideraron incapacitado para responder a la acusación de traición. Decidieron que la propaganda de ideología fascista, que tan activamente difundía por la radio italiana durante su estancia en ese país que hizo suyo, era fruto de su locura. ¿Era propaganda fascista o era lo que los jóvenes italianos desesperados por la apatía política y social de su entorno y asediados por la corrupción generalizada querían oír? En esas circunstancias, un discurso de Mussolini, editor de *Il Popolo* en Milán y socialista en el sentido primigenio de la palabra, era increíblemente peligroso y enardecedor. La apatía y la intolerancia son malas compañeras, ¡ha quedado más que demostrado a lo largo de la convulsa historia de la humanidad! Ezra Pound decía que Mussolini sabía escuchar, o al menos sabía fingirlo, porque en definitiva era

un adicto a sus propias ideas. ¿Lo ves? Hay momentos en la historia en que si los valores esenciales se tambalean, el populismo puede confundir y causar estragos. Ezra acabó aceptando que lo tomaran por loco, calladamente, mientras a lo largo de cincuenta años iba dejando su pensamiento, testamento y particular concepción del mundo en sus *Cantos*, mezcla de las influencias de sus traducciones de la literatura medieval inglesa, del teatro Nô japonés, de la filosofía confuciana, de la poesía del antiguo Egipto y de los trovadores provenzales.

Mi mujer repetía y repetía que un fascista no podía ser en modo alguno protector y admirador de Joyce y de Eliot, pero aún recuerdo cómo miraba a Pound el primer día que lo fuimos a ver a Saint Elizabeth, en uno de los muchos viajes que hicimos a Estados Unidos siguiendo la peculiar obsesión de Karin. Una mirada interrogante, que a lo largo de los años se me hizo muy familiar. Aquel día encontramos a Pound, ojos claros y mirada intensa tras unas gafas de montura negra, escuchando atentamente a Thomas Stearns Eliot, figura delgada con rostro infantil y triste a pesar de su media sonrisa casi permanente. Hablaban de mística oriental con tanta pasión que, más allá de lo que decían, era fascinante escuchar la cadencia de sus palabras. Pound pasó tres años en Saint Elizabeth. Luego se fue a Italia y murió en Venecia en 1972.

Los últimos días de su vida, Karin estaba escribiendo sobre la etapa de Pound cercana a grupos de izquierda. No era marxista, porque decía que los problemas económicos y sociales de los años treinta eran muy distintos de los que definió Marx. Tampoco simpatizaba con los partidos, porque afirmaba que ese tipo de estructuras conduce irremisiblemente a la corrupción. Comenzó a creer en las reformas económicas de Hitler y Mussolini, que tanto gustaron a los americanos en un primer momento, y defendió por todos los medios que Stalin, Mussolini y Roosevelt podían compartir ideas económicas. Creía en los proyectos de bienestar social del Duce y denunciaba la xenofobia de la clase media estadounidense contra los judíos. Yo nunca quise participar en estas discusiones, y nunca más quise acompañarla a visitar al poeta. No estaba preparado para afrontar mi pasado, tal como sospecho que ella deseaba que hiciera. Todavía no.

Teníamos los billetes para irnos a Saba. Queríamos comprar una de esas

casas blancas con tejado rojo, rodeadas de bromelias, hibiscos, orquídeas y pinos noruegos, y dejar la vieja Europa para siempre. ¿Por qué nos cansábamos tan deprisa de los sitios? Hombre, no exageres. De Estados Unidos nos marchamos porque habíamos terminado nuestros estudios, nos casamos, Karin quería volver a Europa, y a mí Luxemburgo no me molestaba. ¡Y nos quedamos cuarenta años! Ella quería poner fin a su trabajo en la universidad y dedicarse plenamente a escribir. Yo también. Ya teníamos edad para jubilarnos, ¿no te parece?

Mientras fui agente y crítico literario no podía escribir, vivía en las historias de los demás. Ya era hora de afrontar las mías. Fue al ir a devolver los billetes a la agencia, poco después de la muerte de Karin, cuando de repente vi la palabra «Albons» y en mi cabeza se encendió una especie de fogonazo. ¡Albons!

La propaganda hablaba de una oferta de Iberia con una estancia en el hotel Albons, en el marco de un programa de viajes de calidad dirigidos a la tercera edad. Nunca habría venido, pero, desde el momento en que leí la palabra «Albons», fueron brotando de mi memoria recuerdos confusos mezclados con preguntas para las que nunca había encontrado respuesta, o, para no mentir, que nunca me había permitido plantear. Las fechas coincidían con la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Barcelona, y no me lo pensé dos veces.

Y aquí estoy. De hecho, no me ha resultado difícil dar con alguien que se acordara de mi visita al pueblo como chófer de la Gestapo, en el año 1942. La directora del hotel, que era forastera, enseguida me habló de ti, y me dijo que alguna vez te había oído contar esa intervención tan anómala de la policía secreta alemana en territorio catalán, relacionada con un accidente y con la desaparición de unas joyas. También me dijo que eres un hombre de gran cultura, una agradable sorpresa escondida en este rincón del Ampurdán.

11

LA GESTAPO EN ALBONS

«Quand c'est fini, ça commence».

PAUL ÉLUARD

Pues sí, Joan, a pesar de los miedos y la confusión, he regresado al castillo de la Bellaguarda, donde comenzaron y acabaron mis dudas. ¿No has estado nunca? La fortaleza es un recinto inexpugnable, situado en una colina entre el collado de Panissars y el de Pertús, protegido por un inmenso foso excavado en la roca. Construido en el siglo XVII sobre un castillo medieval según los principios del célebre Sébastien Vauban, el ingeniero militar que se hizo famoso porque no construía murallas altas sino unas protecciones más bajas con muros inclinados y baluartes, unas estructuras pentagonales que se adosaban a los muros y que permitían una mejor defensa. La primera muralla cuenta con cinco baluartes: el de Panissars, de España, del Precipicio, del Pertús y de San Andrés. Entre los dos últimos se encuentra el acceso principal, con la entrada —la gran puerta de Francia— protegida por el puente levadizo, situado a una altura considerable sobre el foso. También está la puerta de España, situada —y protegida con el correspondiente puente levadizo— entre el baluarte de España y el del Precipicio. Sí, ya me imagino que sabes dónde es. Debe de estar a unos treinta kilómetros de Albons, ¿no? Puede que cuarenta. Al otro lado de la frontera. No, no sabía que en el año 1939 se había usado como hospital improvisado de la retirada republicana. En

1942 nosotros estábamos allí. Era una prisión de la Gestapo. No, yo era un soldado raso y, como ya te he contado, hacía de conductor de los altos mandos. En aquellos momentos debíamos de ser unos ocho mil soldados destacados en esa zona.

Hace cincuenta años no comprendía del todo por qué lo habían construido prácticamente sobre la línea fronteriza, pero ahora, buscando información, he descubierto que en realidad ese castillo de origen medieval era catalán y que fue entregado a Francia en virtud del Tratado de los Pirineos en el año 1659 y ocupado por las tropas castellanas del duque de San Germán unos años después, en plena decadencia de Cataluña como nación.

En 1942 convivíamos en el castillo las SS, la Gestapo y, sobre todo, el ejército. Ni la Gestapo ni nosotros podíamos ver a las SS. Los odiábamos. Eran arrogantes y tenían un aspecto tétrico. Sus gestas macabras comenzaban a correr como la pólvora y los dos rayos gemelos que lucían en sus uniformes me parecían terroríficos. La gente del castillo tenía buen aspecto, todos estaban bien alimentados y vestidos. En cambio la del país se encontraba desesperada, cansada y fatigada por la preocupación, el miedo y la miseria. Los mercados estaban vacíos y el sistema de transporte, completamente desmantelado. Las cárceles se encontraban llenas de fantasmas torturados y los hospitales y los trenes, a rebosar de heridos y deportados. Ciudades quemadas, regiones destruidas y miles de prisioneros trasladados de un lado a otro sin piedad. El humo de los crematorios aneblaba ya Europa y los habitantes de los territorios ocupados luchaban contra sus propias contradicciones, en lugar de hacerlo contra el enemigo.

Nosotros, los soldados, éramos afortunados, habíamos abandonado la primera línea y llevábamos una vida tranquila en el castillo, pese a que la mayoría sufríamos el efecto de las drogas que nos habían dado cuando estábamos en el frente para que permaneciésemos en alerta y agresivos durante el combate. Depresiones, mal humor y un cansancio sin límite fue lo que obtuvimos en contrapartida. Un cansancio que me ha durado hasta ahora. Yo no me puedo quejar, conducía y solía cruzar la frontera por La Jonquera para llevar a los mandos a Figueres a pegarse sus buenas comilonas.

Me gustaría que entendieses, Joan, qué se siente cuando uno ha nacido en

el lugar equivocado y en la época equivocada, y ha vivido en el silencio y el olvido toda su vida. Ya no se trata de averiguar el porqué del horror del holocausto, sino de aprender a vivir con él y afrontar el enorme sentimiento de culpa que me provoca. ¿Soy víctima o verdugo, o las dos cosas a la vez? Ahora que ya no temo hacer frente a la realidad, superar el olvido, me doy cuenta de que dependo de la memoria. Mi mujer decía que la madurez bien asumida debía comportar una auténtica compasión por el mundo y por la gente. ¿De qué y de quién puedo compadecerme yo? En todo caso, nunca de los asesinos.

¿Entiendes por qué he vuelto? Deseaba entender por qué, lejos de cualquier legalidad, en 1942 tuve que llevar a la Gestapo a Albons, al margen de las autoridades civiles y militares locales; por qué reunieron a todo el pueblo en la plaza y los hicieron pasar por un largo interrogatorio sobre la desaparición de unas joyas tanto tiempo atrás y después de unos años trágicos y agitados. ¿De quién eran las joyas? ¿Qué relación tenían con Alemania? ¿Cómo habían ido a parar a Albons? Hacía tiempo que cargaba con todas estas preguntas sin respuesta. Mejor dicho, ni siquiera me las había formulado conscientemente, bastante trabajo tenía con mis miedos e inseguridades, y con los problemas que esos miedos e inseguridades me creaban con mi mujer.

Mientras ella vivía, a veces añoraba la soledad, la libertad de estar solo conmigo mismo, sin esforzarme por ocultar u olvidar. Pero desde el momento en que la encontré en el suelo, sin vida, he sabido realmente qué es la soledad y he empezado a añorarla a ella. Es curioso que haya tenido que morir para sentirme capaz de afrontar el pasado y buscar respuestas a las preguntas que se quedaron mudas hace cincuenta años.

Vaya, Fred, ahora entiendo tus preguntas y tu interés por el accidente y por las joyas. Te agradezco que finalmente te hayas decidido a hablarme de tu vida. A mí me ha ido bien escucharla para comprender lo que buscabas, y me parece que a ti te ha ido bien hablar de ello. Tenías que encontrar a alguien como yo para hacerlo, sin ningún vínculo histórico o emocional. Gracias por confiar en mí. Porque, efectivamente, durante estos años ha pasado por aquí un desfile de

gente que ha venido, ha hecho cuatro preguntas y ha pensado que había solucionado el misterio de las joyas. Porque, no te equivoques, en el centro de esta historia no está el príncipe Mdivani ni los barones Thyssen, ni los desmadres de Mas Juny. Está la desaparición de una fortuna en joyas. Hay quien ha acusado directamente al pueblo, otros han implicado a autoridades de aquella época y otros han venido a ver si podían sacar algo a los actuales barones Thyssen. Por eso todo el mundo te rehuirá para no hablar de ello. Es una historia desagradable para nosotros, que en algunos momentos nos ha causado gran angustia. Antes de la guerra, como ya te he contado, la policía nacional, la policía española ya reunió a todos los vecinos del pueblo y los interrogó sin muchos miramientos, y los trató de campesinos incultos, ¡como si ellos fuesen yo qué sé qué! Y luego, la Gestapo. ¿Por qué no lo he mencionado antes? Hombre, ¡hace ya horas que estamos enlazando una historia con otra! Y ayer, que yo sepa, no te conocía. ¡Quién lo diría!

Cuando vino la Gestapo al pueblo, la gente estaba aterrorizada. Nos encontrábamos en plena dictadura y la represión acababa de empezar. Todavía había maquis en las Alberas. ¿Ves aquellas montañas de allí, hacia la tramuntana, al norte, entre el Ampurdán y el Rosellón? Maquis que cruzaban de un lado a otro haciendo de leñadores y, al mismo tiempo, salvando judíos de toda Europa y plantando cara al ejército franquista y a la Guardia Civil. Todos teníamos la esperanza de que una victoria aliada terminara con el régimen franquista español. Muchos catalanes lucharon en la resistencia francesa y trabajaron como espías para los ingleses. Pero, como ya te he dicho y te he repetido, cuando llegó la victoria, nadie se acordó de nosotros. En esas circunstancias, tienes que entender que la presencia de la policía alemana en el pueblo causaba pavor. Tengo aquello muy presente. Eráis dos oficiales y cuatro soldados. Ibais en dos coches, que si no recuerdo mal eran los Kübelwagen, la versión militar del escarabajo. Pocos os vieron llegar. El sol se estaba poniendo, hacía frío y los campos y las calles se habían quedado vacíos. De repente oímos la corneta del pregonero, que nos convocaba inmediatamente en la plaza. Los fantasmas de la guerra reaparecieron porque quien más quien menos tenía algo que temer. Aquel era un momento gris y difícil desde cualquier punto de vista. La frontera estaba a un tiro de piedra y

la tentación del estraperlo, en un país donde faltaba de todo, era muy grande. Y los que tenían algún tipo de escrúpulo limpiaban su conciencia ayudando a los maquis catalanes, miembros de la resistencia francesa y muy intensamente a los judíos, que huían del terror nazi. ¿No sabes qué es el estraperlo? Hombre, ahora sería demasiado largo de contar y nos iríamos por las ramas. ¿Si digo «contrabando» me entiendes?

La mayoría de nosotros nos imaginamos que el bando a destiempo tenía alguna relación con la frontera y la intensa actividad de todo tipo que escondía. Reunión de todo el pueblo en la plaza, niños y abuelos incluidos. «Los que no se presenten serán detenidos», recitaba el pregonero. Era la primera vez que pasaba. Con gran recelo salimos de casa y, al llegar ante la iglesia, os vimos. Vuestros uniformes, diseñados y fabricados por Hugo Boss, contrastaban con la ropa de trabajo del pueblo. ¿No lo sabías? ¡Venga, hombre, venga! Sí, ¡Hugo Boss comenzó diseñando alta costura nazi!

El pregonero y el alcalde estaban colocando una mesa y dos sillas entre la puerta del castillo y la de la iglesia, ¿te acuerdas? Los oficiales tomaron asiento y sacaron de una bolsa un montón de carpetas y un mapa, que desplegaron y miraron con atención. La gente fue llegando y, al ver la escena, las caras de frío y de curiosidad fueron adquiriendo un gesto hermético difícil de describir. La imagen que se me ha quedado grabada, cómo te lo diría, es la de un cuadro de tonalidades grises y ocres, con unas figuras fantasmagóricas, de todos los tamaños, con cara pero sin rostro. ¿Qué quiero decir? Pues eso, figuras con cara pero sin ojos, boca, nariz, orejas... ¿Me entiendes? No sé cómo lo viviste tú, pero yo cuando pienso en ello está todo oscuro, incluso la segunda vez que vinisteis, que fue en pleno día.

La Gestapo, ¡la Gestapo en Albons! Tres sílabas que nos hacían temblar, ¡sinónimo de terror y de arbitrariedad! ¿Habíamos entrado en guerra finalmente? Sabíamos que los alemanes estaban en la frontera, pero no teníamos noticia de ocupación alguna. No tenía ningún sentido. Habíais venido solos, no os acompañaba ninguna autoridad española. Durante años no comprendí esta incursión, hasta que leí unas declaraciones de Himmler en las que decía que mientras la Gestapo actuase según los deseos de los líderes, sus acciones, fueran las que fuesen, eran legales. De cualquier manera,

proyectabais omnipotencia. El aire se podía cortar y en el ambiente se respiraba una tensión estremecedora. Ahora, visto en perspectiva, hasta resulta cómico pensar en aquel momento siniestro en la plaza, con el castillo medio en ruinas, la iglesia sin campanario y gallinas y patos picoteando entre las piernas de los vecinos allí reunidos, mudos a causa del miedo. Perdona, eso ocurrió durante la segunda vez que vinisteis, que fue a plena luz del día. La primera, los animales estaban ya en el corral y el silencio lo inundaba todo. La verdad es que a la pesadumbre de la guerra ya nos habíamos acostumbrado, porque acabó formando parte de nuestra vida cotidiana. Los últimos días de la guerra, encontrarnos cadáveres en las cunetas formaba parte del infortunio del momento. Nos habíamos habituado a mirar al suelo o a no pisar la hierba porque sabíamos que podíamos toparnos con granadas, pero que viniera la Gestapo y que nos tratase a todos como culpables fue un golpe muy duro para el pueblo.

Yo en aquellos momentos estaba en blanco y aún no había comenzado con las cavilaciones que me provocaban la angustia y, por qué no decirlo, el miedo, que me persiguió durante meses. Los soldados, que supongo que habíais ido a comprobar que todo el mundo estaba allí, os situasteis detrás de los oficiales, y entonces empezó todo. La espera fue tensa. Sí, ya sé que tú solamente viniste como chófer, ni me acuerdo de ti. No sé por qué te cuento una cosa que tú también has vivido. ¿Quieres que continúe? ¡Si eres tú quien me lo tendría que contar a mí! Uno de los oficiales se puso en pie. Era alto, más que tú, pelo oscuro y unos ojos que no sabría decirte de qué color eran, pero que miraban intensamente. Sus maneras eran un poco más delicadas que las del que permaneció sentado revolviendo papeles y tomando notas con cara de pocos amigos. Él era quien hacía las preguntas, el otro traducía en un castellano casi perfecto. Las primeras preguntas nos causaron confusión porque no sabíamos dónde querían ir a parar. Por otro lado, muchos de nosotros estábamos preocupados por la reacción de los vecinos, de todas las edades y condiciones y con maneras de pensar muy distintas. Una sospecha, un deseo de venganza, una duda envenenada por la envidia podían significar la vida o la muerte. No olvides que estábamos en plena posguerra y el clima de opresión era asfixiante. ¿Por qué la Gestapo preguntaba tanto por la época de

antes de la guerra, por las condiciones de vida del pueblo, por cómo vivió el conflicto, por los comunistas...? Sin expresarlo con la voz ni con la mirada, todos, salvo los críos, teníamos a Clara en mente, y ella, llegados a este punto, fue a la única a quien se le dibujó una leve expresión de firmeza en aquel rostro tan inexpresivo, como todos los demás. Judíos, no habían hablado de los judíos, y ese silencio nos hizo pensar que era precisamente eso lo que los había llevado hasta aquí. Habían descubierto a Clara. Sí, ahora te lo cuento.

Todos sabíamos que Clara colaboraba con las resistencias, la catalana y la francesa. No sabíamos exactamente qué hacía, pero desaparecía unos días y cuando regresaba siempre traía chocolate, café, tabaco. Pocas cantidades, que repartía. ¿Por qué? Supongo que si la detenían querría hacerse pasar por contrabandista, que era menos peligroso, pero no tenía afán de comerciar, repartía su coartada y todos disfrutábamos un poco de ella. Nadie hacía preguntas, ni los de derechas ni los de izquierdas. Todo el mundo la quería. Era una belleza morena, simpática y buena persona. Perdió a su marido en el frente del Ebro. Hacía pocos meses que se habían casado. Siempre dijo que nunca más se volvería a casar, pero un día todo el mundo descubrió que estaba embarazada. Digo descubrir porque ella no lo anunció, pero tampoco lo ocultó. No sabemos quién fue el padre, pero observando al chico, ahora un hombre de cincuenta años, yo diría que es hijo de un tal Daniel, un judío que recogió en el bosque con un pie roto y una herida en la pierna. Ella volvía de uno de sus viajes a la frontera y él era un judío francés que huía del holocausto. Había usado una red belga para evadirse. Había que ir con cuidado porque entre los que ayudaban a pasar la frontera se camuflaba algún criminal sin escrúpulos que robaba a sus clientes —que solían pagar con joyas— y a menudo los denunciaba. Los Pirineos se habían convertido en las montañas de la libertad, pero también en una puerta hacia la frustración o la muerte. Parece que el número de muertos y de detenidos es superior al de huidos.

Daniel esperaba junto a otras personas, en una masía de la red de apoyo, a que las condiciones atmosféricas fueran favorables para pasar, es decir, mal tiempo, porque si llovía o soplaba fuerte la tramuntana, la vigilancia se relajaba mucho, cuando corrió la voz de que una patrulla francesa se acercaba.

Sin pensárselo dos veces, se adentró en el bosque y no dejó de andar hasta un par de horas más tarde, cuando se cayó, se hirió la pierna y un dolor agudo y profundo le perforó el pie izquierdo. No sabía muy bien dónde estaba ni tenía tiempo de reflexionar acerca de su situación cuando vio una cabaña de cazadores, construida en piedra, al lado de una fuente. Pasó tres días y dos noches comiendo almendras e higos, que cogía del árbol más cercano, e intentando inmovilizarse el pie con ramas de avellano y jirones de la camiseta. Era finales de primavera y, a pesar de que la noche era un poco fría, se podía soportar. Se aplicaba corteza de pino en la herida y procuraba moverse lo mínimo para reducir el dolor del pie. El cuarto día, de madrugada, oyó crujir la hojarasca. ¿Un jabalí? No, eran pasos. Una chica con un cesto. Se arriesgó y la llamó. No sabía castellano y aún menos sabía que el castellano no era la lengua de aquella tierra. La chica se asustó, pero inmediatamente comprendió que quien la llamaba era un fugitivo y que estaba herido. No me extenderé más. Solo te diré que, como pudo, lo llevó hasta una masía de la montaña, cerca de las Olivas. Le dio flor de saúco —aspirina natural—, le curó la herida y me vino a buscar para que la ayudase con la pomada de mi padre. Clara sabía que podía confiar plenamente en mí. Yo era muy joven, un crío, pero era muy sensato. ¡Demasiado!

Entre Clara y Daniel nació un amor inesperado, una pasión imposible. Ella, como ya te he dicho, no tenía intención de enamorarse y él tenía una esposa esperándolo en Lisboa. De manera natural, ella se perdió en el fondo de sus ojos claros, sin ningún objetivo ni esperanza. Él la acogió sin reservas, pero convencido de sus límites. Era un amor sin futuro, y así me lo contaba ella, no sé si por saber mi opinión o por reafirmar la suya. Pero ¿qué podía saber yo de amores! En el pueblo tampoco se sabía nada concreto sobre el padre de la criatura, pero siempre hay alguien que pone en marcha la fantasía y acierta. Se comentaba, se hablaba, pero nadie sabía nada con certeza.

Aquel día en la plaza, sin embargo, los que teníamos la certeza y el orgullo de haber ayudado a un judío éramos Clara y yo. Nunca dudé de la protección y de la discreción de Clara, pero en cambio tuve mucho miedo de que ella se denunciara a sí misma. Mientras yo rumiaba estos pensamientos confusos, el alcalde, franquista, por cierto, quiso hacer de portavoz del pueblo y el oficial

sentado lo mandó callar con palabras ininteligibles para todos nosotros, pero con un gesto muy explícito que atemorizó incluso al intérprete, que se olvidó de traducir. ¿No te acuerdas? Claro, ¡tú no te jugabas nada! A nosotros nos iba la vida, o al menos eso pensábamos.

¿Por qué querían saber a qué nos dedicábamos antes de la guerra? Quién había cambiado de oficio, si alguien había comprado propiedades o invertido en algún negocio... Después de dar muchas vueltas a lo mismo y de obtener como respuesta un silencio espeso y sólido, el oficial perdió los papeles y comenzó a insultarnos, a decirnos que no sabíamos nada de nada, que éramos unos inútiles, que seguramente habíamos vendido las joyas a precio de baratija... Recuerdas los gritos pero no entendiste a qué se refería cuando dijo lo de las joyas, ¡venga, hombre! Si yo te creo cuando dices que has estado décadas sin querer asumir tu pasado, pero no me digas que no te extrañó lo que viste y escuchaste. Sí, las joyas. No buscaban judíos fugitivos ni pasadores, buscaban las joyas Thyssen perdidas en el accidente del príncipe Mdivani. Al menos ahora sabíamos lo que querían. El silencio fue absoluto. Miraban constantemente el mapa. Buscaron a los Boter y les preguntaron directamente dónde habían escondido las joyas. Ellos respondieron que no sabían de qué les hablaban. También preguntaron por el propietario del campo donde se encontró el maletín vacío. Era un señor de Barcelona que jamás iba por el pueblo y la familia que lo cultivaba dijo que no sabía nada. La actitud de los oficiales era amenazadora. Sus preguntas eran breves pero cada vez más precisas. ¿Quién había sido testigo directo del accidente? Clara, con su hijo en brazos, se disponía a hablar, pero la maestra le apretó el brazo de manera discreta. Yo las tenía delante. No nos dejaban hablar entre nosotros y la tensión de la situación era tan grande que ni los niños se atrevían a preguntar qué pasaba, seguramente porque sabían leer la preocupación de los adultos. ¿Qué quería decir Clara? ¡Vete a saber! Conociéndola, nada agradable. Tenía un punto de irresponsabilidad responsable. ¿No lo entiendes? Ya sé que da risa, pero no sé decirlo de otra manera. En todo caso, lo que quiero decir es que era capaz de culparse de todo para salvar al pueblo, sin pensar en las consecuencias, ya no para ella, sino para su hijo, al que acariciaba serenamente en sus brazos. Mira, es una cosa que nunca le pregunté,

y ahora ya es demasiado tarde. Murió no hace mucho. Siempre fuimos buenos amigos. A menudo me la llevaba a comer por el Ampurdán. Ella tenía coche y yo no sé conducir. ¿Por qué sonríes? Nunca he lamentado no tener carné. Siempre he encontrado personas que me han llevado adonde quería ir. ¿Sabes?, cada vez me pasa con más frecuencia que me doy cuenta de las cosas que no he dicho a gente que me ha importado y que ya no está. Debe de ser cosa de la edad. Los años lo ablandan a uno.

Cuando el traductor nos dijo que fuéramos razonables, que nos hacían preguntas pero que ellos lo sabían todo, e insinuó que entre nosotros había un delator, no nos entró miedo. No fue ninguna acción heroica ni preparada. Nos encontramos en esa situación por sorpresa, pero supimos reaccionar de manera colectiva, como si lo hubiésemos ensayado desde hacía mucho tiempo. Nos humillaron y eso nos cohesionó. El silencio y las evasivas nos dieron una fuerza extraordinaria. No había marcha atrás. Callar era la única respuesta posible.

Finalmente, recibisteis una señal para volver a los coches y el oficial que hablaba solamente en alemán dijo unas palabras claramente indignadas y amenazadoras que el intérprete ni siquiera intentó disimular. Os marchabais, pero volveríais, y entonces no tendríais tanta paciencia.

Habíamos vencido. Volveríais, eso lo dejasteis muy claro, pero de momento nosotros no habíamos dicho nada. La Gestapo pensó que reuniéndonos en la plaza y tan solo con su presencia intimidante nos desmoronaríamos. Estabais seguros de que nos acusaríamos unos a otros, pero no fue así. Más bien fuisteis vosotros los que perdisteis la compostura. No te ofendas, quiero decir los oficiales, por supuesto. Por eso os retirasteis.

Los que escuchábamos la BBC y Radio Moscú ya habíamos oído rumores sobre los campos de concentración y ya veíamos Alemania como una inmensa sala de tortura. No me digas que vosotros no sabíais nada. Quizá no queríais saber nada, pero estoy seguro de que a pesar de vuestra resistencia os llegaba la información del gran desastre. Una cosa así no se puede esconder y comienza a saberse antes de que lleguen las declaraciones oficiales.

Como te puedes imaginar, los verdaderos problemas comenzaron en casa, al volver del interrogatorio. Todos, jóvenes y viejos, sufríamos una gran

ansiedad. ¿Cuándo regresarían? ¿A qué hora? ¿Qué teníamos que decir? ¿Era mejor callar? Si hablábamos, sería difícil no contradecirnos. ¿No habría fisuras? No olvides que tan solo habían pasado tres años desde el fin de la carnicería que vivimos, en que muchos inocentes murieron solamente porque alguien no los podía ver.

Un mediodía de febrero volvisteis. ¿Tú no? No lo recuerdo. El hecho es que la Gestapo apareció una segunda vez a plena luz del día. Debieron de pensar que todo el mundo estaba en su casa, comiendo, y así era. Aquello fue muy diferente, pero yo diría que más tenso. Hicieron llamar al alcalde, a los maestros, al juez de paz y al cura. También preguntaron por el médico, pero no vivía en el pueblo, pasaba por aquí un par de veces por semana, y si había una urgencia acudíamos a Verges o a Torroella. Se reunieron en el ayuntamiento. El alcalde hizo que llevaran unas botellas de garnacha y unos frutos secos, pero pidieron embutidos y un vino más adecuado para combinar con la charcutería. Las calles estaban desiertas y dentro de las casas la tensión no se podía soportar. Lo que realmente preocupaba, y mucho, era a quién había enviado la Gestapo. Estábamos en plena posguerra y, como te he dicho y te he repetido, aquella era una época rebotante de detenciones, torturas y muertes. Todo el mundo sabía que el barón Thyssen había financiado a los nazis y nadie dudaba de que era él quien los había enviado a atemorizarnos. Sí, para atemorizarnos, porque pese al valor que tenían las joyas, eran una anécdota para su bolsillo. No te puedo negar que muchos de nosotros celebrábamos su desaparición. Las tuviera quien las tuviese, ¡que las disfrutara! Cualquier cosa antes que estar en sus manos y que sirviesen para subvencionar más crímenes.

Al parecer en la segunda visita de la Gestapo al pueblo incluso se habló de recompensa. Digo al parecer porque yo no estaba. Pero en esta ocasión tampoco nadie dijo nada. Lo más sorprendente es que, una vez más, nadie planificó el silencio, se produjo de manera espontánea. ¿*Omertà*? Pues sí. Nunca hasta hoy me lo había planteado de esa manera, pero seguramente tienes razón. Y por los mismos motivos que originaron la *omertà* en Sicilia contra las autoridades españolas. Con el ocupante y, por extensión, con la autoridad, ningún tipo de colaboración. ¿Sabes?, en Sicilia si condenan a alguien por un crimen que no ha cometido tiene que cumplir la condena con humildad, sin

informar sobre el verdadero criminal, aunque lo conozca, incluso si no tiene nada que ver con la mafia.

Pues mira, Joan, con esto que me estás contando, que ahora revivo y recuerdo, adquiere significado lo que hasta ahora era una nebulosa. ¿Lo ves? El pueblo de Albons aguantó más que muchos alemanes. ¿Por inconsciencia? Yo diría que por desconocimiento del peligro real. La Gestapo trabajaba sobre denuncias anónimas, a menudo falsas. Pero, como en el caso de la *omertà*, en muchos interrogatorios la gente se limitaba a aceptar las acusaciones para no empeorar aún más la situación. Un compañero del ejército me contó una historia que sucedió en su familia. A sus abuelos les informaron oficialmente de la muerte de su hijo, oficial de un submarino que había desaparecido y con él todos sus ocupantes. El día del funeral, alguien que había escuchado la BBC reparó en que el hijo muerto figuraba entre los prisioneros del submarino capturado por los ingleses e informó a sus padres. ¿Qué debían hacer? No podían cancelar el funeral porque eso habría significado escuchar y creer lo que decía una emisora prohibida, lo que implicaba ir a un campo de concentración. Finalmente decidieron celebrar el funeral con todos los honores para el fallecido y, al terminar, se marcharon a casa con los asistentes y lo festejaron con un buen champán. Perdona, te he cortado. Continúa.

Ya acabo. Luego supe que el terror nazi era selectivo. Judíos, comunistas, gitanos, testigos de Jehová... eran su objetivo. Que los delitos comunes les interesaban menos. Pero ¿por qué se tomaron tantas molestias con este robo? No, no volvieron. A aquellas alturas ya sabíamos que sus maquinaciones para doblegar la voluntad de aquellos que se les resistían no tenían límite, pero en nuestro caso albergaban muchas sospechas y ninguna prueba, y seguramente no quisieron perder más el tiempo.

Con los años he tenido muchas dudas sobre quién envió realmente a la policía alemana al pueblo. Como ya te he dicho, cada vez estoy más convencido de que no fue ningún miembro de la familia Thyssen, porque

bastantes problemas tenían. El hermano mayor Thyssen, Fritz, que tanto había destacado al principio de la guerra como amigo de Hitler y Goering, como ya te he comentado, acabó con los bienes confiscados por el Estado e internado en un campo, con su esposa. Sus grandes anhelos de poder político y su enorme capacidad económica no gustaron a sus socios, que decidieron deshacerse de él. Más tarde consiguió salir del campo y emigró a Argentina. En 1948 lo declararon «delincuente nazi secundario» y como castigo lo condenaron a pagar una multa correspondiente al quince por ciento de sus bienes alemanes. En cuanto a su hermano Heinrich, nuestro marido engañado, tan colaborador de los nazis como él, o aún más, pero sin ningún afán político, jugaba con su confusa identidad de barón húngaro con residencia en Holanda, escondido en Suiza, y olvidaba muy fácilmente que era alemán y que durante diez años sus fábricas, minas y bancos habían trabajado para Hitler, para el Tercer Reich y para el fortalecimiento de la maquinaria de guerra nazi. En 1940 ya había regalado tres submarinos al ejército alemán, pero aquello fue tan solo el principio. Al final acabó regalando setenta y uno.

Por otro lado, el barón era muy generoso con sus conquistas y aún más con sus esposas, a las que cubría de joyas. ¿Qué sentido tenía que siete años después del accidente molestase a las SS por dos o tres millones de francos, él, que quería pasar desapercibido y que había optado por un perfil bajo?

Otro detalle a considerar, para comprender el comportamiento de los Thyssen y para descartar que fuese el barón quien envió a las SS a Albons, lo encontré en un libro sobre esta saga que cuenta la huida de Cuba a Florida, después de la revolución, de Stephan, hijo de Heinrich. Sin motivo alguno, al menos aparente, olvidó en el hotel su Rolls-Royce, todos sus objetos personales y, entre ellos, cuadros de gran valor y miles de dólares en joyas. ¿Quién es capaz de cometer tal locura? Alguien a quien le sobra el dinero, que no da ningún valor a las cosas y que sin ningún tipo de problema, al menor obstáculo, las abandona como si se tratasen de un trasto viejo que lo único que hace es estorbar. ¿No te lo crees? Pues así fue. Nadie lo ha desmentido. Pero ¿por qué lo hizo? Vete a saber. A lo mejor el tal Stephan tuvo que huir a toda prisa. No lo sé.

La más respetada por el gobierno nazi era Margit, hija del barón y hermana

de Heini y de Stephan. Se dice que en los últimos días de la guerra dio una fiesta en el castillo familiar de Rohoncz con oficiales de las SS, líderes de la Gestapo, dirigentes de las juventudes hitlerianas y colaboradores nazis locales. Durante la fiesta masacraron a doscientos judíos. Parece que ella misma mató a unos cuantos, pero yo no sé nada. ¿Tú crees que esta señora estaba preocupada por las joyas de las mujeres de su padre? ¿No ves por qué no? Pues a mí me parece que tenía otras cosas en la cabeza, y dinero precisamente no le faltaba.

Y aquí no termina todo. Yo tengo mi propia teoría sobre las visitas de la Gestapo a Albons. ¿En serio quieres oírla? Tienes razón, has venido a eso. Pues mira, tiene relación con el viaje que Himmler hizo a Barcelona el 23 de marzo de 1940.

¿Quién es esa mujer a la que acabas de saludar? Pensaba que solo conocías a la directora del hotel y a mí. Perdona la indiscreción... Vaya, ¿otra que busca su identidad o que quiere resolver algún enigma? ¿Marta Roure? No me dice nada. ¿Periodista? ¿Dónde escribe? Dejémoslo, ahora no nos conviene perder el tiempo. Cuando terminemos, si aún está aquí, la invitaremos a un café y que nos cuente sus indagaciones si le apetece...

12

HIMMLER EN CATALUÑA

«La creencia en algún tipo de maldad
sobrenatural no es necesaria.
Los hombres por sí solos ya son capaces
de cualquier maldad».

JOSEPH CONRAD

No sé si sabes que Himmler, en un momento dado, ofreció mil *reich marks* al mes al arqueólogo Otto Rahn para que contase en un libro todo lo que sabía. ¿No? ¿Qué clase de alemán eres? Sé más cosas yo de tu país que tú. Ay, perdona, ¡tú has querido olvidar y yo insisto para que recuerdes! De acuerdo, estás aquí por algo, pues adelante.

Rahn estudiaba a los cátaros, los cristianos que también eran conocidos como albigenses o, como les gustaba llamarse a sí mismos, buenos hombres o buenos cristianos, por cierto, muy interesantes, que vivieron a principios del año 1000 en Occitania, en el actual sur de Francia. Tal vez ya conoces la historia. ¿Te habló de ella la tal Marta Roure ayer después de cenar? Pues mira, a mí siempre me ha interesado mucho. Las creencias gnósticas de los cátaros tuvieron una influencia considerable entre los siglos X y XII y, además de Occitania, se extendieron por Cataluña, a ambos lados de los Pirineos, Asia Menor, con los seguidores de Mani, los Balcanes, con los bogomilos, el norte de Italia, Champagne, en Francia, y Renania, en Alemania. A diferencia de otros grupos considerados heréticos por la Inquisición, que también

criticaban a la Iglesia católica por haber abandonado los ideales de pobreza evangélica, los cátaros se caracterizaban no por ser grupos de laicos predicando sin permiso de la Iglesia, sino por haber edificado una Iglesia propia, con un sacramento, el Consolamentum; una metafísica, el dualismo; una moral de salvación, unos fieles y unos clérigos, que la Inquisición llamaba «perfectos», cuya función era la predicación itinerante y el ejemplo de la pobreza entre los fieles. Establecieron una Iglesia propia pero sin estructuras de poder, por considerarlas innecesarias e inductoras de la corrupción. La respuesta de la Iglesia católica fue contundente: el papa Inocencio III organizó la primera cruzada contra cristianos en tierras católicas, dirigida por Simón de Montfort, y zanjó el asunto con una matanza general, incluidos mujeres y niños. Cuenta la leyenda que los propios cátaros entraban cantando en la hoguera que debía hacerlos desaparecer para siempre. Una auténtica masacre. ¿Sabes qué dicen?, que de la hoguera de Montsegur, una vez todos quemados, salió una paloma con un ala rota, pero que aún podía volar. ¿Símbolo o también premonición?

¿Por qué Otto Rahn estaba tan interesado en los cátaros? Porque estaba obsesionado con encontrar el Santo Grial, el cáliz que según unos es el que utilizó José de Arimatea para recoger la sangre de Jesucristo en el momento de la crucifixión y, según otros, el que se usó en la última cena. Según la tradición, el rey catalán Martín I el Humano era su depositario. Pero, más allá del cáliz, lo que interesaba a Rahn y después a Himmler es lo que decían los evangelios apócrifos de Nicodemo: quien encuentre el cáliz conseguirá la inmortalidad. El viaje de búsqueda del Grial era y es una prueba de conocimiento de uno mismo que pocos superan. Un poco como tu viaje a Albons. ¿A que no me equivoco? Claro que te recuerda a algo, ¡a *Indiana Jones en busca del arca perdida!* Fue Rahn quien inspiró la película.

¿De dónde viene el nombre de Santo Grial? Se dice que es una corrupción de Sangre Real, que hace referencia a la posible descendencia de Jesús con María Magdalena. Yo creía que vosotros los alemanes sabíais más que nosotros de estas cuestiones esotéricas ligadas al cáliz.

Rahn orientó sus primeras pesquisas a Montsegur, hacia 1931, porque la tradición oral hablaba de tres caballeros cátaros que, descolgándose por los

precipicios de la montaña, habrían escondido algo. Parece que utilizaba el libreto de *Parsifal*, la ópera de Wagner, como guía. ¿De qué va? ¿Eso tendrías que saberlo! ¿No solías ir a Bayreuth con tu padre? Habla de la vida del caballero Parsifal en la corte del rey Arturo y de su búsqueda del Santo Grial. Ya veo que o se te ha olvidado todo o no sabes nada. Debe de ser la edad, que no perdona. Yo, en cambio, no me puedo quejar, ¡a menudo me da por pensar que con un poco menos de memoria sería más feliz!

Las visitas de Rahn a Occitania no dieron ningún fruto y entonces pensó en Montserrat. ¿Por qué? Por diversos motivos. Primero porque el poema, como le gustaba a Wagner llamar a sus libretos, empieza con unas palabras que dicen: «En el cielo hay un castillo y su nombre es Montsalvat». Y este Montsalvat, ¿por qué no podría ser Montserrat? En su libreto, Wagner habla del lugar de la acción en el territorio custodio del Grial y de su castillo, Montsalvat, y lo sitúa en un extraño paisaje al norte de la España gótica.

Por otro lado, la primera representación de *Parsifal* tuvo lugar en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona la noche del 31 de diciembre del año 1913. Otra señal para el esotérico Rahn. Wagner estrenó *Parsifal* en Bayreuth en 1882 y concedió a la ciudad la exclusiva de la ópera durante treinta años. En el año 1903 la Metropolitan Opera de Nueva York se saltó la restricción, pero, al margen de este hecho anecdótico, la primera representación, digamos, legal, se celebró en Barcelona.

Himmler estaba entusiasmado con estas historias y por ello encargó a Rahn el libro, que acabó titulándose *Cruzada contra el Grial*. Hizo imprimir cinco mil ejemplares, que repartió entre la élite nazi. Más tarde, Rahn escribió otro, *La corte de Lucifer*, que Himmler llevaba en la maleta cuando visitó Montserrat. En uno de los últimos capítulos, «Puigcerdà, en Cataluña», habla claramente del hecho de que el Grial está en Montserrat. Rahn conocía muchos datos del enclave, por ejemplo el «Virolai», escrito por mosén Cinto Verdaguer, y consideraba que la estrofa que dice «Mística fuente de agua de la vida, manad desde el cielo en el corazón de mi país» era una referencia evidente al cáliz. En el libro también establece un paralelismo entre san Ignacio de Loyola —quien al parecer escribió sus *Ejercicios espirituales* en una cueva de Manresa, a los pies de Montserrat—, los cátaros y el Santo

Grial. Antes que Rahn, Von Humboldt o Goethe ya habían visitado la montaña y quedado fascinados por su fuerte corriente telúrica y por la energía que desprendía. Y mucho antes los ejércitos napoleónicos al parecer también buscaron allí algo y, al no dar con ello, quemaron el monasterio y, con él, documentos de gran valor.

Himmler estaba tan convencido de que encontraría el cáliz que ya había preparado un castillo en Westfalia para depositarlo. Él, que no tomaba ninguna decisión sin consultar antes con astrólogos, magos o echadores de cartas, tenía la plena seguridad de hallar el Grial. Quizá porque alguno de estos personajes se lo había predicho. Quién sabe.

El final de Otto Rahn es un misterio. ¿Lo conoces? ¡No sé para qué te lo pregunto! Condenado a ejercer de guardián en el campo de concentración de Dachau por homosexual y borracho, la historia oficial dice que se suicidó arrojándose por una montaña, pero hay otras hipótesis, como un cambio de nombre. Los viejos de Montsegur aseguran que lo vieron, muchos años después, paseando por el castillo. Y no una sola vez. Muchas veces. También hay quien dice que tenía sangre judía y que trabajaba para el servicio de inteligencia británico. O que era masón, o cátaro. Ya ves, hay versiones para todos los gustos. ¿Te gustan los cómics? A mí mucho. A veces, bromeando, cuentan más que los libros de historia. Hay uno, *Martin Mystère*, en el que Rahn simula su muerte y entra en el servicio secreto estadounidense. ¡Vete a saber!

Así pues, Himmler, el mismo que había montado una granja de pollos con el dinero de su mujer y que después de un estrepitoso fracaso se dedicó al cultivo de plantas medicinales, se convirtió en un hombre fuerte, duro e inmensamente pedante, y estaba convencido de que si encontraba el Grial ayudaría a Alemania a ganar la guerra y que, de paso, él ganaría la inmortalidad. Mientras se paseaba por Barcelona, que lo recibió como un jefe de Estado, llena de banderitas nazis y españolas, visitaba el Pueblo Español, donde centenares de niños y jóvenes escenificaron un espectáculo de «coros y danzas», como se decía entonces, y viajaba a Montserrat para descubrir el secreto de la montaña mágica, Hitler se entrevistaba con Franco para tratar de convencerlo de que entrase en la Segunda Guerra Mundial. El dictador decidió

mantenerse neutral y Hitler acabó tildándolo de cobarde. También se dice que las demandas de Franco eran tan excesivas y graves que Hitler renunció. ¿Cuáles? Pues mira, quería el Marruecos francés, el Rosellón, Gibraltar... ¿Qué te parece? Mira por dónde, ¡Franco consideraba que la Cataluña Norte no se podía separar del Principado!

El 23 de octubre de 1940, a primera hora de la tarde, después de almorzar en el Ritz y de salir al balcón acompañado del capitán general de Cataluña, Luis Orgaz, para saludar a la gente que lo aclamaba en la calle, Himmler se dirigió a Montserrat acompañado de unas setenta personas, entre ellas el alcalde de Barcelona, un grupo de falangistas, un buen número de miembros de las SS de melena rubia, el director del periódico de las SS y el general Karl Wolf. Sabes a quién me refiero, ¿no? El jefe del Estado Mayor, el que introdujo a Rahn en las SS y uno de los principales impulsores del esoterismo nazi. Llevaba el anillo ideado por el propio Himmler, que acreditaba el rango de los iniciados.

Hacía tan solo ocho días que habían fusilado a Companys, el presidente de Cataluña, en Montjuïc. ¿Que por qué te lo digo? Porque quien organizó la visita fue el conde de Mayalde, José Finat i Escrivà de Romaní, uno de los personajes que había gestionado la detención del presidente en Francia y por entonces director general de Seguridad de Franco.

Cuando la caravana de coches oficiales llegó a Montserrat, el abad, Antoni Maria Marcet, se negó a recibirlos, y su coadjutor, Aureli Maria Escarré, también. Con la excusa de que no hablaban alemán, pidieron al joven monje Andreu Ripoll, que lo hablaba perfectamente, que se encargara él. Cuando salió a recibir a la comitiva, con Himmler al frente, el monje no levantó el brazo, sino que le estrechó la mano. En el monasterio se respiraba una enorme tensión. Tenían la sensación de que ante cualquier metedura de pata harían que los colgaran a todos. ¿A quién se le había ocurrido hacer salir a aquel muchacho insensato recién sacado del nido? Himmler visitó las dependencias y se entretuvo un buen rato en la biblioteca, donde pidió todos los documentos que tenían sobre los cátaros, *Parsifal* y el Santo Grial. Le dijeron que todo había ardidado durante la agresión napoleónica, pero Himmler no se lo acabó de creer. «¿Que no tienen nada? ¡En Alemania todo el mundo sabe que el Santo

Grial está en Montserrat!», respondió enfurecido. Finalmente, también expresó su sorpresa al no hallar obras nazis, y prometió que les enviaría los libros de Rosenberg, el autor de la teoría racial, perseguidor cruel de los judíos, que osaba negar las raíces hebreas del cristianismo y que finalmente fue juzgado y condenado a muerte en los juicios de Núremberg por crímenes contra la humanidad.

Himmler tan solo quería visitar la biblioteca y la montaña, no le interesaba en absoluto el monasterio. Ante la extrañeza de los monjes, el general Wolf se vio obligado a decir: «Perdonen, pero a su excelencia no le interesa el monasterio, sino la naturaleza».

A pesar de la tensión y el miedo que inundaban el ambiente, el joven monje Ripoll tuvo una acalorada discusión con Himmler sobre los orígenes de Jesucristo mientras subían en el teleférico a Sant Jeroni. Himmler insistía en que era ario y el monje se lo discutió vehementemente. Al final el padre Ripoll demostró una gran dosis de firmeza: no comprometió a nadie, pero tampoco se dejó atemorizar por los esperpénticos visitantes.

La anécdota curiosa del viaje, aunque no contrastada, es que parece que en Barcelona alguien se atrevió a robarle la cartera al Reichsführer SS. Era una cartera negra en la que guardaba planos de las cuevas subterráneas, supuestamente montserratinas, donde estaba escondido el Santo Grial. La policía española la buscó desesperadamente, pero nunca la encontraron. Algunas crónicas de la época cuentan que fue un camarero del Ritz, del servicio secreto británico, quien la robó y la entregó a sus superiores. Otros dicen que lo del servicio secreto británico es una cortina de humo de la policía española, porque como se trataba del mejor servicio secreto del mundo, los dejaba menos en ridículo. ¡Mira que recibir la orden de custodiar a Himmler y dejar que le robasen la cartera...!

En Barcelona, Himmler también visitó a Pierre Lautier, un anticuario francés de historia oscura que tenía una tienda en la Diagonal, 521-523, entonces avenida del Generalísimo Franco, con su socio, Erich Schiffner, nacido en Viena en 1920, miembro de la Gestapo y que residía en la ciudad como «estudiante». Al mencionarles el robo de la cartera, muy posiblemente ellos le contaron la historia del robo en Albons.

¿Has oído hablar del enigmático vuelo del Junker personal de Hitler a Barcelona a finales de abril de 1945? Yo me lo he encontrado por casualidad revolviendo papeles para tratar de entender todo este asunto. Ese avión aterrizó en Barcelona con cincuenta personas a bordo, desembarcaron el pasaje y el piloto, y la tripulación regresó a Alemania. ¿Qué pasó con el avión? Pues mira, que quemaron las naves. Lo dejaron como regalo para el general Franco. ¿Que dónde lo he encontrado? ¿Es que no te lo crees? En un interrogatorio de la CIA al jefe de la Gestapo, Müller, transcrito al pie de la letra por un sobrino mío, hijo de una prima. Fue él quien lo encontró, no yo. Estaba en Washington, en los archivos nacionales, trabajando en su tesis. Él es historiador de verdad, pero a menudo me consulta dudas, ¡a mí, que no tengo estudios superiores! Me tradujo el documento porque, como ya te puedes imaginar, yo no hablo inglés. Con el francés aún me puedo defender, pero de inglés, nada de nada. Espera, que lo más importante de esta cuestión aún no te lo he contado. ¿Sabes quién iba en el avión, según ese documento y según Müller, claro? Él mismo, Hitler, Eva Braun, Goebbels y su esposa, seis niños, cinco SS y ahora no me acuerdo de quién más, pero los que cuentan ya te los he dicho. ¿No te lo crees? Tú eres un pelín incrédulo... Verás, un momento, deja que mire en la carpeta amarilla, la de los documentos oficiales. Aquí lo tienes: *Gestapo Chief. The CIA and the 1948 interrogation of Heinrich Müller*. ¡Hombre de poca fe! Hay quien lo da por muerto con la derrota, pero el propio Eichmann, secuestrado por Israel en su exilio dorado de Argentina, dijo durante su juicio en Jerusalén a principios de los años sesenta que Müller había sobrevivido a la guerra. El tal Müller, criminal nazi, jefe de la policía más inhumana, perversa y asesina jamás imaginada, parece que acabó trabajando para la CIA y para la inteligencia suiza. ¡En todas partes cuecen habas! ¿Qué pienso yo? Que todo es posible. Todo el mundo sabe que la España de Franco fue un trampolín de salvación para muchos judíos, pero también para muchos nazis. Estoy seguro de que hubo muchos Müller a los que Franco ayudó.

Sí, el vuelo tuvo lugar la última semana de abril de 1945. ¿Cuál es la fecha oficial del suicidio de Hitler? Tienes razón, el primero de mayo de 1945. Todo está por demostrar, pero todo es posible.

¡O sea que mi teoría es que quien envió a la Gestapo a Albons fue el propio Himmler! Vete a saber qué fue lo que le pasó por la cabeza y qué vínculos estableció entre Montserrat, el Santo Grial y las joyas desaparecidas en Albons. No te olvides de que el collar de esmeraldas de la zarina había hecho correr ríos de tinta, porque se decía que escondía al menos una piedra preciosa del cáliz sagrado. También se cuenta que envió a la Gestapo a la Cerdanya en busca de una de las trece calaveras de cristal del Imperio maya. Había localizado doce y solo le faltaba una. ¿Por qué? Porque se dice que quien logre reunir las trece calaveras alcanzará la inmortalidad.

¿Lo ves? Los catalanes somos muy cabezotas, y si no queremos hablar, no hablamos, aunque las circunstancias sean las más desfavorables, porque cuando los de las SS, el cuerpo negro, visitaron Montserrat, aún no se había planificado la solución final de la cuestión judía, como la llamabais vosotros —ay, perdona, como la llamaban los nazis—, pero cuando la Gestapo se presentó en Albons, los campos de exterminio ya estaban en funcionamiento y con ellos el genocidio sistemático que pondría fin a la vida de seis millones y pico de judíos, personas de izquierdas, gitanos o trabajadores forzosos, muchos de ellos por su manera de pensar y de entender el mundo. Y el arquitecto de esa tragedia fue Himmler.

13

LA ILUSIÓN DE LA APARIENCIA

«¿Quién mató al comendador?
Fuenteovejuna, señor.
¿Quién es Fuenteovejuna?
Todo el pueblo, a una».

LOPE DE VEGA

¿Cómo terminó el asunto de las joyas? Pues no hubo manera de aclararlo. De la investigación no supimos nada más en Albons y la policía nunca tuvo ni la más mínima pista de dónde habían ido a parar. Eso sí, durante años todo el mundo se fijaba en cualquiera que, de repente, se construyera una casa nueva, se comprara un coche o hiciera gala de una economía boyante. Hasta que llegó la guerra y la gente tuvo otras preocupaciones. La visita de la Gestapo al pueblo reabrió un tema que todos querían olvidar. Generó muchas tensiones, que de algún modo aún perviven. No es un asunto que nos guste, y procuramos no hablar de ello. Aunque, claro, todos tenemos nuestras teorías, pero no insistas porque como no son más que teorías, no creo que haga falta comentarlas. ¡A enemigo que huye, puente de plata!

Pues ¿sabes qué te digo, Joan?, que después de escucharte, para mí todo esto ha dejado de tener importancia y llego a la misma conclusión que vosotros. Si las joyas realmente desaparecieron, ¡tanto mejor! Así no fueron a parar a manos nazis y Himmler no consiguió ninguno de sus objetos talismán que tanto

deseaba y por los que revolvió media Europa. ¡Qué importa, a estas alturas, dónde fueron a parar las joyas!

Por otro lado, hablando contigo he ido descubriendo el sentido de mi viaje. ¿Sabes? Me he dado cuenta de que todo ser humano conoce la respuesta a sus preguntas. La pregunta en sí, desde el momento en que uno es capaz de formularla, ya contiene la respuesta. El viaje fue una de las primeras consecuencias de la pérdida del paraíso en busca de otro que lo reemplazara. Saba fue para nosotros una imitación del paraíso. Mi mujer tenía razón. No eran los lugares lo que me incomodaba, ni las personas; eran mis propios recuerdos, yo mismo. No fui un compañero fácil. Bueno, en la vida cotidiana me parece que sí, pero no en cuestiones de fondo, porque hasta hoy he arrastrado una piedra de molino en forma de un pasado que siempre me había negado a aceptar. Con el paso del tiempo fui aprendiendo a asumir mis derrotas y a construirme nuevos caminos. Me obsesioné con vivir el presente porque el futuro era incierto y solía difuminarse en la penumbra de mis pensamientos confusos. Y borré el pasado de mi memoria.

Por razones que te he contado pero que nunca habría previsto, he venido a Albons con la excusa de descubrir qué había venido a buscar la primera vez acompañado de la Gestapo y me he liberado de un peso insostenible, de una felicidad que no me hacía feliz, pese a que la última parte de mi vida, aparentemente, tenía todos los ingredientes para que lo fuera. Pero resulta que los descubrimientos son mucho más importantes que las pérdidas o las liberaciones. He encontrado los amores prohibidos de un príncipe y una baronesa; los últimos días felices de una clase social privilegiada en la Europa de entreguerras; los problemas de una sociedad rural que no encajaba del todo el retroceso de una reforma agraria que había ocupado sus sueños los últimos años, que se implicó en una guerra sangrienta y la perdió. He perdido unas joyas, he encontrado un amigo y, sobre todo, he asumido un pasado incómodo, y seguramente también me he asumido a mí mismo.

Mira, Joan, yo sé que tú sabes dónde fueron a parar las joyas, pero a mí me da igual. Lo que para mí es importante es que tú has ganado la batalla de la historia callando, una vez más. Que Albons ganó la batalla a la Gestapo y a la policía española en una época extremadamente complicada. ¿Y qué batalla he

ganado yo? La certeza de que en Albons no acaba mi último viaje. En todo caso, acaba el último viaje de un tal Fred Langenstein, escondido detrás de la ambigüedad de su nombre y la ilusión de su apariencia, construida año tras año. He estado demasiado tiempo llevándole la contraria a mi corazón. En Albons comienza, quizá, el último viaje de Johann Gottfried Langenstein, alemán.

ALGUNAS EXPLICACIONES A MODO DE EPÍLOGO

Soy ampurdanesa y siempre he estado muy vinculada a mis raíces, salvo en una época de mi vida, mientras era estudiante en París, en la que abandoné temporalmente el Ampurdán por Menorca. A principios de los años ochenta, sin embargo, decidí volver al Ampurdán.

La casa de mis antepasados desde hace cinco generaciones está en La Bisbal. Un bisabuelo mío había nacido en Madremanya, siendo muy pequeño se fue a vivir a Sarrià, hoy parte de la ciudad de Girona, y, aún una criatura, al morir su padre se trasladó con su madre a La Bisbal. Al quedar viuda, mi tatarabuela vendió el horno de cal que su marido compartía con un socio y con el dinero en metálico se fue con su hijo a la capital del Bajo Ampurdán a comprar la casa que ahora es mía. Su gran preocupación era evitar que Savalls los asaltara en La Pera, y por suerte no ocurrió. El general Francesc Savalls era un carlista, un militar sin miedo, sanguinario y sin escrúpulos. En La Bisbal cuando alguien gritaba «¡Que viene Savalls!», la gente metía en casa a los niños. Mi madre cuenta que un día dijo que lo que le producía más placer era ponerle la escopeta en la boca a una criatura.

El abuelo Pepet se casó con la abuela Dolors y tuvieron a la abuela Siseta. La abuela se casó con el abuelo Ventura, profesor de idiomas, director de *L'Avenç de l'Empordà* e intelectual local muy apreciado. Yo, en La Bisbal, siempre seré la nieta del señor Bonaventura, un hecho que me llena de orgullo. Muerto el abuelo —demasiado joven—, mi abuela regresó a casa de sus padres, donde vivió temporadas con los míos y con nosotros, mi hermano y yo.

Al volver de Menorca teníamos que buscar un lugar para vivir porque en

casa todavía residían mis padres y mi abuela. Cultivábamos el sueño neorrural y la idea de hacernos una casa en medio del campo, y encontramos el lugar adecuado en Albons, en la montaña. Compramos un terreno de secano, en la zona, vino un zahorí a buscar agua, construimos un pozo y una casita rodeada de mucho terreno. Empezamos con cuarenta y cinco metros cuadrados y acabamos casi con trescientos. Conseguíamos la luz con un generador y éramos autosuficientes. Teníamos animales de todo tipo (nunca nos comimos ninguno) y logramos convertir un campo prácticamente yermo en una gran zona verde con un huerto enorme, donde cultivamos incluso algodón. Teníamos olivos, toda clase de frutales, almendros, mimosas, un tilo, una jacaranda, una palmera, un ciprés y dos eucaliptos. Un amigo del pueblo nos puso el sobrenombre de «colonos». Cuando comunicamos a la familia que nos trasladaríamos a Albons, el tío de mi marido exclamó: «¡Mdivani!». Y ahí comenzaron treinta años de preguntas, investigación, sorpresas y emociones.

La primera persona que conocimos en Albons fue Siset Costa, toda una institución. Campesino con estudios, había abandonado el trabajo en el campo y vivía de una fórmula magistral para curar el dolor. Vivía, en el más amplio sentido de la palabra. Vendía la pomada milagrosa, pero lo más importante para él es que le permitió conocer a la gente más sorprendente. Trataba con todo tipo de personas, también políticos y artistas, conocía a todo el mundo y todo el mundo lo conocía a él. Disfrutaba de la buena conversación y de la buena mesa, y tenía una gran vida social.

Una de las primeras cosas que hice cuando lo conocí fue preguntarle por el príncipe Mdivani, de quien por entonces solo sabía que había tenido un accidente en la entrada del pueblo y que había muerto. El tío Frederic fue muy prudente y nunca me habló de las joyas, y menos aún de los amantes.

Siset fue fundamental como guía. Él era un niño en el momento del accidente, pero recordaba perfectamente que *La Vanguardia*, *Mundo Gráfico* y otras publicaciones de la época habían dado al suceso una amplia cobertura. Pasé muchas horas en la biblioteca Figueres y en la hemeroteca de *La Vanguardia*, donde encontré fotografías y mucha información. Todo estaba claro, excepto el tema de las joyas, y cada vez que preguntaba a Siset dónde habían ido a parar, cambiaba de tema. La investigación policial termina con el

inicio de la guerra, y luego no hay ninguna información, salvo algún artículo de vez en cuando que narra los hechos tal como los cuenta *La Vanguardia*, es decir, incompletos, a causa del corte brutal que significó el conflicto.

Con los años, nuestra amistad creció y maduró, y un día, en una habitación del hospital de Bellvitge, recién operado de la cadera, Siset no pudo aguantar más el secreto y me dijo dónde estaban las joyas. Pero me puso una condición: que si alguna vez publicaba esta historia, no lo contaría.

Dónde están las joyas no tiene ninguna importancia. El tema ha prescrito y hoy en día no afecta apenas a la historia que les he contado. Pueden estar enterradas en la montaña, quién sabe si en el campo que un día fue nuestro, porque el accidente ocurrió a pocos metros de allí. Pueden estar fundidas o vendidas en el mercado negro, en el caso de que, como un periódico de la época insinuó, las autoridades que acudieron a dar fe del accidente las hicieran desaparecer. O, sencillamente, puede que se hubiesen quedado en el pueblo a la espera de tiempos mejores para venderlas.

El caso es que después de la guerra los pueblos vecinos estaban atentos a cualquier mejora en Albons, a una sospechosa bonanza. Y Albons mejoró, pero eso no significa nada. Para mí, el hecho más importante de esta historia es que la Gestapo reunió a todo el pueblo en la plaza dos o tres veces (hay versiones contradictorias y no he podido aclararlo), y todos guardaron silencio, demostrando una fuerza admirable y una actitud muy valiente en un país vencido y humillado que malvivía bajo una dictadura fascista y en una Europa en pleno nazismo que ya empezaba a ahogarse por el humo de los crematorios.

Las joyas existen y circulan por el mercado. Y no solo las joyas. Años después del encuentro entre Joan y Fred, o Johann Gottfried, ahora ya no sé cómo debería llamarlo, salieron a la luz objetos relacionados con esta historia. El 29 de abril de 2014 se vendió en el portal de subastas eBay el Rolls-Royce Phantom II Drophead Coupé que Barbara Hutton había regalado al príncipe Mdivani. Después del accidente, el coche fue a parar a Thrupp & Maberly, empresa londinense especializada en carrocerías que había personalizado Rolls para celebridades caprichosas, como los marajás de la India colonial. La primera carrocería que construyó fue para un Victoria

eléctrico de María Cristina, la reina regente de España, en 1896. En aquella época los Rolls se vendían como los mejores coches del mundo: el espíritu del éxtasis, la mejor calidad de construcción, la técnica más refinada, los acabados más glamurosos y una mecánica de una seguridad que no admitía ningún tipo de duda.

Thrupp & Maberly vendió el coche restaurado a un coleccionista estadounidense, que a su vez lo subastó en eBay el año 2012 y acabó vendiéndolo dos años después por un millón trescientos mil dólares. Aquí están los detalles: <http://www.ebay.com/itm/351035089139>.

Hace veinte años apareció en internet un collar de jade, el collar Mdivani. Me puse en contacto con una tal Nina Mdivani, residente en Toronto y pariente del príncipe. Di con ella navegando por la red. «¿Desde dónde me llama?», me preguntó. «Desde Albons, y desde donde estoy, sentada bajo un tilo, veo perfectamente el lugar del accidente». Me dijo que su familia nunca había tenido joyas de ningún tipo, pero que, en cambio, conservaba muchas fotografías. Que fuera a visitarla cuando quisiera. Aquella misma noche se mató en París la princesa Diana de Gales. Recientemente, la casa de subastas Sotheby's de Hong Kong vendió el collar Hutton Mdivani por veinte millones de dólares. Supongo que se trata del mismo. El precio de salida fue de diez millones. ¿Quién lo compró? Cartier, el mismo que lo fabricó en 1933 y que había vendido al príncipe como regalo de bodas, a pesar de pagarlo con el dinero de su futura esposa.

En internet se encuentran diversas joyas construidas con esmeraldas que anuncian como propiedad de la zarina Alexandra. Concretamente, hay una página web con el sugerente nombre de RomanovRussia que vende todo tipo de joyas de la época. ¿Alguna de estas esmeraldas tiene relación con el collar desaparecido en Albons y que al parecer Himmler también buscaba? Eso nunca lo sabremos.

Pero, como decía, lo importante de esta historia es la fuerza de un pueblo sin miedo que se atreve a plantar cara al peor enemigo y, quizá, por qué no, evita que el barón Thyssen compre un submarino más para Hitler.

AGRADECIMIENTOS

Con inquietud por haberme olvidado de alguien, no quiero dejar de agradecer la ayuda de todas aquellas personas que durante estos años han tenido la amabilidad y la paciencia de contestar a mis preguntas.

Al primero que quiero recordar es a Frederic Camp, que en paz descansa, tío de mi marido, que cuando le dijimos que habíamos comprado una casa en Albons exclamó: «¡Mdivani!», y a partir de ahí comencé a interesarme por esta historia.

A Siset Costa, que vivió en paz y descansa en paz, estoy segura. Él fue mi guía en la investigación de detalles durante muchos años y, de alguna manera, aunque echándole mucha imaginación, me ha inspirado a Joan, el historiador local. Todas aquellas personas que lo conocieron, que fueron muchas y muy dispares, estoy segura de que lo habrán reconocido.

A mi hija Ona, que fue quien leyó la primera versión de la historia, que no tiene mucho que ver con el resultado final. Por entonces ella era una adolescente que soñaba con ser directora de cine y me dijo que esta sería la primera película que dirigiría. Hizo comentarios muy interesantes desde su mirada joven que ha acabado de redondear ahora, veinte años después.

A mi hijo Fric, escritor de ficción, uno de los primeros en leer esta versión, quien me hizo comentarios y sugerencias muy interesantes que me han facilitado mucho la corrección final.

A mi madre, que vivió la guerra cuando era pequeña y ha inspirado muchas anécdotas.

A Isabel Picallo, quien con paciencia, elegancia y delicadeza me hizo

comentarios de mucha utilidad.

A Sira Coll. Ella fue quien me animó a desenterrar esta historia. De otro modo se habría quedado en el fondo de un cajón, como muchas otras. La última vez que visité a un editor con diferentes manuscritos de ficción me dijo que me centrara en el ensayo, donde ya tenía un nombre, y que, pese a que se había divertido mucho, no veía claro que me conviniese mezclar ambos estilos. Por cierto, le presenté tantas propuestas que me comparó con mi admirado Pessoa, quien, según me contó, acudía a ver a los editores con un baúl.

A Claudi Cuchillo, Premio Borni 2015, a quien di a leer el original antes de que ganase otra vez el premio gracias a mis pifias. ¡Y encontró algunas!

A Jaume Vila, historiador, que aceptó echar un vistazo a los datos históricos e hizo mucho más que eso.

A Ignasi Riembau y a su madre, Inmaculada Rosich, *Nenita*, que me prestaron papeles muy valiosos del príncipe Mdivani, entre ellos su testamento. El padre de Nenita, el señor Jaume Rosich, fue su último abogado.

No quisiera olvidarme de mi editor, Pepe López Jara, siempre tan culto, amable y positivo. Gracias a él he terminado el libro. Ni tampoco querría dejar de agradecer su confianza a Marcela Serras, Gloria Gasch y Belén Bermejo. Sin olvidar a Joaquín Álvarez de Toledo, que con su amable insistencia derrumbó mis barreras.

Y, finalmente, a todos aquellos que quiero y que de algún modo me han inspirado y acompañado en este largo viaje.

¡Gracias!

NOTAS

[*] Canción tradicional catalana: «En el coche hay una niña que agita los cascabeles. Treinta, cuarenta, la almendra amarga, hueso maduro, ¡vete tú!».

[*] Juego de palabras intraducible: en catalán, *Calces-avall* significa «bragas abajo».

Un secreto en el Ampurdán
Imma Tubella

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a C>EDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Un secret de l'Empordà*

© Imágenes de portada y contraportada, © Leonardo Flores y © Rolf Mahrenholz/ullstein bild vía Getty Images y © Topical Press Agency/Getty Images, año 2016

© Imma Tubella, 2016

© de la traducción, Olga García Arrabal, 2016

© Espasa Libros, S. L. U., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-670-4858-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com